

LA
RUTA
DE LOS
REYES

El anillo
del hechicero II

Morgan Rice

NOVOLA



Annotation

celos, la violencia y la traición se apoderan de la situación y los McClud tratan de aprovecharla para hacerse con el reino. Al mismo tiempo, Thor intenta saber más sobre su origen y esos extraños poderes que tantos contratiempos le han ocasionado. Sus descubrimientos pueden ayudarlo a acabar con la sinrazón que gobierna el reino, así como servirle para otro de sus fines más anhelados: recuperar el amor de la hija del rey, Gwendolyn. Pero el tiempo juega en su contra: junto con sus hermanos de armas, Thor tiene que partir rumbo a la Isla de la Niebla a través del Cañón, de las Tierras Agrestes y del Mar Tartuvio. ¿Logrará regresar? ¿Sobrevivirá el Reino Occidental del Anillo a su ausencia?

La ruta de los reyes continúa el relato épico de La senda de los héroes, donde la intriga, el amor, la fantasía y la increíble historia de un destino único atrapará a los lectores de todas las edades.

Sinopsis

celos, la violencia y la traición se apoderan de la situación y los McClud tratan de aprovecharla para hacerse con el reino. Al mismo tiempo, Thor intenta saber más sobre su origen y esos extraños poderes que tantos contratiempos le han ocasionado. Sus descubrimientos pueden ayudarlo a acabar con la sinrazón que gobierna el reino, así como servirle para otro de sus fines más anhelados: recuperar el amor de la hija del rey, Gwendolyn. Pero el tiempo juega en su contra: junto con sus hermanos de armas, Thor tiene que partir rumbo a la Isla de la Niebla a través del Cañón, de las Tierras Agrestes y del Mar Tartuvio. ¿Logrará regresar? ¿Sobrevivirá el Reino Occidental del Anillo a su ausencia?

La ruta de los reyes continúa el relato épico de La senda de los héroes, donde la intriga, el amor, la fantasía y la increíble historia de un destino único atrapará a los lectores de todas las edades.

MORGAN RICE

La Ruta De Los Reyes
El anillo del hechicero N°2

La Esfera de los Libros

Título Original: *A March of Kings*
©2013, Rice, Morgan
©2014, La esfera de los libros
ISBN: 9788490600030
Generado con: QualityEbook v0.84

¿Es un puñal lo que veo ante mí, con el mango hacia mi mano?
Ven, que te agarre. No te tengo, y, sin embargo, te veo siempre.

WILLIAM SHAKESPEARE
Macbeth

Capítulo uno

Después de la fiesta, MacGil llegó tambaleante a sus aposentos. Había bebido demasiado y todo le daba vueltas. Ni siquiera recordaba el nombre de su acompañante, una mujer medio desvestida que se agarraba a él riendo. Los pajes cerraron la puerta de los aposentos reales y desaparecieron discretamente.

MacGil no sabía dónde estaba su reina, pero no le importaba, porque ya casi nunca compartían el lecho. La reina solía retirarse a sus aposentos, en especial cuando los banquetes se alargaban demasiado. Estaba al corriente de las aventuras de su marido y no le concedía importancia. ¿Acaso el rey no podía hacer lo que quisiera? Por otra parte, los MacGil siempre habían reinado con sensatez.

Al llegar a la cama, el monarca se sintió demasiado mareado para otra cosa que no fuera dormir y apartó a la mujer de su lado. No estaba de humor.

—¡Vete! —dijo, dándole un empujón.

La puerta se abrió y entraron los pajes, cogieron a la mujer de los brazos y se la llevaron. Las protestas de la mujer quedaron acalladas en cuanto se cerró la puerta.

MacGil se sentó en el borde de la cama, con la cabeza apoyada en las manos. Tenía un dolor de cabeza tremendo, algo raro antes de la resaca. Todo había cambiado en cuestión de segundos. La fiesta iba estupendamente, y justo cuando se disponía a dar buena cuenta de un plato de carne y una copa de vino, apareció el tal Thor y lo estropeó todo; primero contó su estúpido sueño, y luego le arrebató la copa de las manos. Para colmo, apareció el perro, lamió vino derramado y cayó muerto.

MacGil no había tenido un momento de tranquilidad desde entonces. Pensar que habían intentado matarlo fue un auténtico mazazo. Alguien había conseguido burlar no solo a sus guardias, sino también a sus catavenenos. Se estremeció al pensar que había estado a punto de morir envenenado.

De nuevo se preguntó si había hecho bien enviando a Thor al calabozo. ¿Cómo había sabido el chico que la copa estaba envenenada? Habría puesto el veneno, habría participado de alguna forma... Por otra parte, el chico tenía misteriosos poderes. Era posible que dijera la verdad y lo hubiera visto todo en un sueño. ¿Y si había enviado al calabozo al único que le era leal?

Atormentado por esa idea, MacGil se frotó la arrugada frente, pero estaba demasiado ebrio para pensar. Además, aunque era de noche hacía mucho calor.

Se incorporó para despojarse de la túnica y de la camisa. En ropa interior, se secó el sudor de la frente y de la barba, se quitó las pesadas botas, una detrás de otra, y movió los dedos con alivio. Hizo unas respiraciones profundas para calmarse. Le molestaba la tripa, que parecía haberse hinchado. Se acostó en la cama con la cabeza sobre la almohada y suspiró mirando al techo. Ojalá la habitación dejara de moverse.

De nuevo se preguntó quién pretendía matarlo. A Thor lo quería como a su propio hijo, y en el fondo no creía que fuera culpable. ¿Quién sería su enemigo? Se preguntó cuál era el motivo, y si volvería a intentarlo. No se sentía seguro. Puede que Argon tuviera razón.

Se sentía demasiado espeso y confuso; le pesaban los párpados. Tendría que esperar a la mañana para reunir a sus consejeros y pedirles que iniciaran una investigación. La pregunta que le rondaba la cabeza no era quién deseaba su muerte, sino quién *no* la deseaba. El rey sabía que tenía enemigos en la corte. Generales ávidos de poder, consejeros que maniobraban entre las sombras, nobles y señores que ambicionaban la corona, espías, antiguos rivales, asesinos a sueldo de los McCloud... incluso de las Tierras Agrestes. El peligro podía estar más cerca todavía.

Los párpados le pesaban tanto que se le cerraban los ojos, pero detectó algo que le obligó a mantenerlos abiertos: un movimiento. Enfocó la vista pensando que serían sus pajes, pero no estaban. El rey parpadeó, un poco confuso. Sus pajes nunca le dejaban a solas; ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que había estado solo en su habitación. Y no recordaba haberles dicho que se fueran. Lo más extraño era que la puerta estaba abierta.

Oyó un ruido proveniente del otro extremo de la habitación y le pareció ver a un hombre alto y delgado que salía de entre las sombras y se acercaba sigilosamente, pegado a la pared. Llevaba una capa oscura y se cubría el rostro con una capucha. MacGil parpadeó. ¿Estaría teniendo visiones? Por un momento pensó que no era más que un juego de luces y sombras. Pero la sombra seguía acercándose. No se distinguía bien en la penumbra. Movido por su instinto guerrero, se incorporó y se llevó la mano al cinto, buscando una espada, un puñal. Pero se había desvestido y no tenía las armas a mano. Estaba en la cama, totalmente desarmado.

La figura se movía con la rapidez de una serpiente. MacGil pudo verle la cara un instante, pero estaba demasiado borracho para fijar la vista, todo le daba vueltas. Le pareció que era el rostro de su hijo. El rostro de Gareth. Se preguntó qué le había llevado a presentarse tan tarde, sin anunciarse, y se estremeció de miedo.

—¿Eres tú, hijo? —preguntó.

Al vislumbrar un brillo asesino en esos ojos, el rey hizo ademán de erguirse, pero el visitante fue más rápido. Antes de que MacGil tuviera tiempo de levantar la mano, una hoja de metal destelló a la luz de las antorchas y se le clavó en el corazón.

El grito del rey hendió el aire. No se sorprendió, lo había oído muchas veces en las batallas: era el grito de un guerrero mortalmente herido. El frío metal se hundió entre sus costillas, produciéndole un dolor tan intenso como no había imaginado. Su respiración se hizo trabajosa, ahogada, y notó en la boca el sabor salado de la sangre. Con esfuerzo, miró el rostro tras la capucha y se quedó sorprendido: no era su hijo. Era un hombre al que conocía y que se parecía a Gareth. Pero por más que se estrujaba el cerebro no conseguía ponerle nombre.

Un reflejo de viejo guerrero permitió a MacGil levantar la mano y detener a su atacante. Era una fuerza que surgía de su interior, el poso de sus ancestros, la testaruda voluntad de no rendirse nunca que le había llevado a ser rey. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, dio un empujón a su atacante, que soltó un grito y salió disparado al otro lado de la habitación. Era más delgado y endeble de lo que parecía.

MacGil consiguió ponerse de pie, y con un supremo esfuerzo, se arrancó la daga del pecho y la arrojó lejos. La daga rebotó en el suelo de piedra con un ruido metálico y se estampó contra la pared.

Al hombre se le había caído la capucha sobre los hombros y miraba aterrorizado al rey que se acercaba. Rápidamente, se puso de pie, recogió la daga y salió corriendo. MacGil intentó ir tras él, pero un dolor intenso le traspasaba el pecho. Se sentía débil. De pie en la habitación, contempló la sangre que le mojaba las manos y cayó de rodillas. Empezaba a tener frío. Tenía que pedir ayuda.

—Guardias —llamó con voz débil.

Inspiró profundamente y se esforzó desesperadamente por recuperar su voz profunda, la voz de un rey.

—¡GUARDIAS!

Esta vez oyó pasos que se acercaban corriendo desde un distante pasillo. Una puerta se abrió a lo lejos, y los pasos sonaron más cerca. De nuevo se sintió mareado, pero en esta ocasión no era a causa de la bebida.

Lo último que vio fue el suelo de piedra, que se acercaba cada vez más a su rostro.

Capítulo dos

THOR tiró con todas sus fuerzas de la aldaba de hierro. La inmensa puerta se abrió lentamente con un chirrido de madera vieja. Al entrar en los aposentos del rey se le erizó el vello de los brazos; la oscuridad flotaba en el aire como una neblina y se oía el crepitar de las antorchas en las paredes. Había un hombre tendido en el suelo. Thor avanzó. Tenía el presentimiento de que era MacGil, y de que había sido asesinado. Había llegado demasiado tarde. Se preguntó dónde estaban los guardias, por qué nadie había acudido en ayuda del monarca.

Cuando llegó junto al cuerpo tendido en el suelo le temblaban las rodillas. Se arrodilló, lo cogió del hombro y le dio la vuelta. El cuerpo estaba frío. MacGil, su rey, yacía en el suelo con los ojos abiertos y un puñal clavado en el pecho. Estaba tan rígido como una espada clavada en la piedra.

El paje del monarca miraba a Thor fijamente. Tenía en la mano la misma copa de oro macizo, con rubíes y zafiros engastados, que Thor había visto en el banquete. Sin dejar de mirarle, el paje inclinó la copa y vertió el vino lentamente sobre el cadáver del rey, salpicando a Thor.

Al oír un chillido, Thor volvió la cabeza y vio que su halcón, *Estopheles*, se había posado en el hombro del rey y bebía las gotas de vino que le mojaban el rostro.

Argon llegó muy serio, con la reluciente corona en una mano y el bastón en la otra. Con gesto solemne, el druida le colocó a Thor la pesada corona en la cabeza. La corona le apretaba en las sienes.

—Ahora eres el rey —proclamó Argon.

Thor miró al druida con expresión de asombro y parpadeó. Cuando abrió los ojos de nuevo, vio a los miembros de la Legión y a los de la Plata, reunidos en una sala. Centenares de guerreros se inclinaron ante él.

—¡Nuestro rey! —dijeron a coro.

Thor se despertó sobresaltado. Jadeando, se incorporó y miró a su alrededor. Estaba en un lugar oscuro y húmedo, sentado en el suelo de piedra y con la espalda apoyada en la pared. Entrecerró los ojos y distinguió unos barrotes de hierro más allá, y la luz trémula de una antorcha. Entonces recordó: estaba en el calabozo. Lo habían arrastrado allí tras el banquete. Recordó que el guardia le había dado un puñetazo en la cara, y supuso que

había perdido el conocimiento, no sabía por cuánto tiempo. Se sentó en el suelo y respiró profundamente para sobreponerse a la pesadilla. Había sido un sueño muy intenso. Esperaba que no fuera cierto, que el rey no hubiera muerto. Había visto perfectamente la daga clavada en su pecho. ¿Eran imaginaciones suyas o habría algo de verdad?

Alguien le dio con el pie en la suela del zapato, y una voz desconocida le habló.

—Ya era hora de que te despertaras. Llevo horas esperando.

Distinguió en la penumbra a un chico de su edad, delgado y de baja estatura, con las mejillas picadas de viruela. En sus ojos verdes brillaba una mirada inteligente.

—Me llamo Merek —dijo el chico—. Soy tu compañero de celda. ¿Por qué te han encerrado?

Thor irguió la espalda, se apoyó en la pared y se peinó con los dedos la maraña de pelo, intentando recordar.

—Dicen que has intentado matar al rey —dijo Merek.

—Ha querido matar al rey, y lo haremos papilla si algún día sale de esta celda —amenazó una voz.

La amenaza fue saludada con un coro de golpeteos de las tazas contra los barrotes. Thor volvió la cabeza y vio un pasillo lleno de celdas. A la trémula luz de las antorchas, los prisioneros que sacaban la cabeza por entre los barrotes tenían un aspecto grotesco y amenazador. La mayoría eran barbudos, y estaban desdentados y pálidos, como si llevaran mucho tiempo entre rejas. Era una visión tan terrorífica que Thor apartó la mirada. No podía creer que estuviera en el calabozo. ¿Lo habrían encerrado para siempre?

—No les hagas caso —dijo Merek—. En la celda solo estamos tú y yo. Ellos no pueden entrar. Y no me importaría que hubieras envenenado al rey. Yo habría hecho lo mismo.

—Pero yo no envenené al rey —dijo Thor indignado—. No he envenenado a nadie. Al revés, intentaba salvarlo. Lo único que hice fue tirarle la copa al suelo.

—¿Y cómo sabías que la copa estaba envenenada? —gritó desde el pasillo alguien que les había oído—. Supongo que ha sido por arte de magia.

De las celdas a lo largo del pasillo brotó un coro de risotadas.

—¡Es un adivino! —gritó uno en tono burlón.

Los demás rieron.

—¡No, solo fue un golpe de suerte! —dijo otro, provocando más risas.

Thor frunció el ceño. Estaba molesto con las acusaciones, y le habría gustado aclararlo todo, pero sabía que sería inútil discutir. Además, no tenía por qué defenderse de esa pandilla de delincuentes. Vio sin embargo que Merek le miraba de otra forma, como intentando decidir si creerle o no.

—Te creo —murmuró al fin su compañero de celda.

—¿En serio?

Merek se encogió de hombros.

—Después de todo, si pretendías envenenar al rey no habrías sido tan tonto de avisarle, ¿no?

El chico se retiró al otro extremo de la celda y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, mirando a Thor.

—Y tú —preguntó Thor con curiosidad—, ¿por qué estás aquí?

—Soy un ladrón —dijo el chico, con cierto orgullo.

Thor se quedó asombrado. No conocía a ningún ladrón. A él nunca se le había ocurrido robar, y no entendía que los demás lo hicieran.

—¿Por qué robas?

Merek se encogió de hombros.

—Mi familia no tiene para comer. Yo no tengo estudios ni formación. Lo único que sé hacer es robar. Robo principalmente comida, nada importante, para ayudarles a ir tirando. Llevo años haciéndolo, pero el otro día me detuvieron. En realidad es la tercera vez que me detienen por robar. La tercera vez es la peor.

—¿Por qué? —preguntó Thor.

Merek se quedó en silencio y movió la cabeza a un lado y a otro. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—La ley del rey es muy estricta. No hay excepciones. La tercera vez que te descubren te cortan la mano.

Thor miró alarmado las manos de Merek. No le faltaba ninguna.

—No han venido a buscarme —dijo Merek—, pero pronto vendrán. — Apartó la mirada como si le diera vergüenza hablar del tema.

Thor estaba horrorizado. Apoyó la cabeza entre las manos y se esforzó por ordenar sus pensamientos. Todo había sucedido tan deprisa que apenas había podido asimilarlo. Le dolía la cabeza. Por una parte se sentía exultante, porque los hechos le habían dado la razón. Había visto el futuro, había visto cómo envenenaban a MacGil y lo había impedido. Después de todo, tal vez era posible cambiar el destino. Estaba orgulloso de haberle salvado la vida a su rey. Por otro lado, lo habían metido en el calabozo y no podía defenderse.

Todos sus sueños y esperanzas se habían ido a pique, y ni siquiera podría unirse a la Legión. Tendría suerte si pasaba en el calabozo el resto de sus días. Lo que más le dolía era que MacGil, que se había portado con él como un auténtico padre, creyera que había intentado matarlo; tal vez incluso Reese, su mejor amigo, lo creía... o, todavía peor, Gwendolyn.

Su vida pareció torcerse cuando Gwen dio crédito a la patraña de los burdeles. Él solo había querido hacer las cosas bien, y todo le había salido mal. Ahora no sabía cuál sería su suerte, pero no le importaba. Solo quería limpiar su nombre; que la gente supiera que no había intentado matar al rey, que tenía auténticos poderes y podía ver el futuro. Y lo primero que debía hacer era salir de allí.

Estaba pensando en esto cuando unos pesados pasos se acercaron por el pasillo. Se oyó un tintineo de llaves y apareció el corpulento carcelero que había arrastrado a Thor al calabozo y le había dado un puñetazo en la cara. Nada más verlo, Thor sintió el dolor en la mejilla. Aquel hombre le enfurecía.

—Vaya, pero si es el pequeñajo que intentó matar al rey —dijo el hombre en tono malhumorado.

Dio varias vueltas con la llave en la cerradura y abrió la puerta. Llevaba unos grilletes en la mano y una pequeña hacha colgando de la cintura.

—Recibirás tu merecido —le dijo a Thor. Luego se volvió hacia Merek—. Ahora te toca a ti, ladronzuelo. Es la tercera vez que te cogen —añadió con una sonrisa maliciosa—. No hay excepciones.

Agarró rápidamente a Merek, le dobló un brazo a la espalda, le colocó un grillete y encadenó el otro extremo en un gancho de la pared. Merek gritó y se debatió para intentar soltarse, pero fue en vano. El guardia lo agarró por detrás y le colocó el brazo libre sobre una repisa de piedra.

—Así aprenderás a no robar —dijo con una mueca odiosa.

Cogió el hacha y la levantó bien alta, sobre la cabeza, mientras esbozaba una horrenda sonrisa que dejaba ver su fea dentadura.

—¡NO! —gritó Merek.

Thor contemplaba horrorizado cómo la hoja del hacha descendía sobre la muñeca del pobre chico. Se iba a quedar manco solo por haber robado algo de comida para alimentar a su familia. Thor no podía permitir semejante injusticia. Una oleada de calor le subió desde la planta de los pies hasta las palmas de las manos. No entendía lo que le pasaba, pero el tiempo se enlenteció y él se movió mucho más rápido, como si cada segundo se hubiera alargado. En su mano se formó una pelota amarilla de energía, que lanzó

contra el guardia. Con inmensa sorpresa, vio que la pelota atravesaba la oscura celda y le golpeaba en la cabeza al guardia, haciéndole soltar el hacha. La pelota rebotó, atravesó la celda, dio contra la pared y cayó al suelo. El hacha se había detenido a unos milímetros de la muñeca de Merek. El chico miraba a Thor mudo de asombro.

El guardia se volvió entonces contra Thor, pero este todavía se sentía lleno de poder. Dio un salto en el aire y golpeó con los dos pies al guardia en el pecho, lanzándolo al otro lado de la celda. El fornido individuo voló por los aires y se dio un golpe tan fuerte que se oyó un crujido y cayó al suelo inconsciente.

Merek seguía inmóvil, atónito. Pero Thor sabía exactamente qué hacer: cogió el hacha y partió la cadena de los grilletes, haciendo brotar una chispa del hierro. Merek miró la cadena que colgaba de su muñeca y comprendió que estaba libre. Miró a Thor con la boca abierta.

—No sé cómo darte las gracias —dijo—. No sé cómo lo has hecho, ni quién eres, o qué eres, pero me has salvado la vida. Te debo una. Y juro que estas cosas me las tomo muy en serio.

—No me debes nada —dijo Thor.

—No es cierto. —Se acercó a Thor y le dio un apretón en el brazo—. Ahora eres mi hermano. Algún día te devolveré el favor.

Dicho esto, dio media vuelta y salió como una exhalación por la puerta abierta, mientras se oía gritar a los prisioneros.

Thor echó un vistazo al guardia tendido en el suelo y comprendió que tenía que huir cuanto antes; los gritos de los presos eran cada vez más ensordecedores. Salió de la celda, miró a un lado y a otro y decidió correr en dirección opuesta a Merek. Al fin y al cabo, no podían perseguirlos a los dos al mismo tiempo.

Capítulo tres

ERA de noche, pero el caótico entramado de callejuelas de la Corte del Rey era un hervidero de gente. A Thor le sorprendió que hubiera más gentío y agitación que durante el día. Muchos portaban antorchas cuya luz arrojaba siniestras sombras sobre sus rostros, mientras las campanas del castillo doblaban sin parar. Eran tañidos lentos, con intervalos de un minuto entre uno y otro. Thor conocía lo que significaba: muerte. Solo había una persona por quien las campanas podían sonar así: el rey.

Esto le inquietó. Recordó el puñal que había visto en sueños y se preguntó si sería cierto que habían asesinado al rey. Tenía que asegurarse, de modo que detuvo a un chico que corría frenéticamente en la dirección opuesta.

—¿A dónde vas? —le preguntó—. ¿Por qué hay tanta agitación en las calles?

—¿No te has enterado? Nuestro rey agoniza. Le han apuñalado, y la gente se está arremolinando frente a la Puerta del Rey para conocer las últimas noticias. Si es cierto lo que dicen, es una noticia terrible. ¿Te imaginas lo que puede pasar en un país sin un rey?

Luego el chico se zafó de Thor y se perdió en la noche.

Thor no sabía qué hacer. Le parecía increíble que sus sueños y sus premoniciones se cumplieran punto por punto. Había vislumbrado el futuro. En dos ocasiones. Esto le asustaba. Sus poderes resultaban más amplios de lo que había imaginado, y al parecer se fortalecían de día en día. ¿A dónde le llevarían? Había escapado del calabozo, y ahora no sabía a dónde ir. Los guardias y toda la Corte del Rey no tardarían en buscarle, y el hecho de haberse escapado le haría parecer más culpable que nunca. Por otro lado, a MacGil le habían apuñalado mientras Thor estaba en el calabozo. ¿No le libraría esto de culpa, o solo le señalaría como parte de una conspiración?

Comprendió que no podía correr riesgos. No era un buen momento para el pensamiento racional; a su alrededor, todo el mundo estaba ávido de sangre. Si le encontraban, se convertiría en el chivo expiatorio. Necesitaba refugiarse en un lugar seguro hasta que la tormenta amainara y su nombre estuviera libre de culpa. Lo mejor sería marcharse lejos, refugiarse en su pueblo, tal vez, o más lejos todavía.

Pero Thor no era de los que toman el camino fácil. Decidió que debía

quedarse, demostrar su inocencia y volver a su puesto en la Legión. No era un cobarde, no pensaba huir. Sobre todo quería ver a MacGil, si es que seguía con vida. Necesitaba ver al rey. Se sentía culpable por no haber podido impedir que lo atacaran. ¿Por qué se le condenaba a ver con antelación la muerte del rey si no podía impedirlo? ¿Y por qué lo había visto morir envenenado si en realidad lo habían apuñalado?

De repente comprendió a quién podía acudir. Reese no lo entregaría a las autoridades, incluso le ofrecería refugio. Reese le creería, sabía que Thor apreciaba de verdad al rey. Si había alguien que pudiera limpiar el nombre de Thor, era Reese. Tenía que encontrarle.

Decidido a dar con su amigo, Thor se internó por las callejuelas en dirección al castillo. La habitación de su amigo se encontraba en el ala este, cerca de la muralla de la ciudad. Confiaba en dar con él para que le ayudara a entrar en el castillo, porque si se quedaba en las calles, seguro que alguien lo reconocería tarde o temprano, y una muchedumbre enfurecida no tardaría en hacerle pedazos.

Pese a que era verano, la noche era fresca y las calles estaban resbaladizas, llenas de barro. Thor tenía que ir con cuidado para no caerse. Al llegar a la muralla continuó corriendo bajo la atenta vigilancia de los soldados, dispuestos cada pocos metros.

Afortunadamente, los guardias que lo encerraron en el calabozo se olvidaron de quitarle su vieja honda. Cuando estuvo cerca de la ventana de Reese, cogió una piedra del suelo, la disparó con la honda y logró que volara por encima de la muralla y chocara en la ventana. La piedra cayó al suelo y los guardias del rey se sobresaltaron al oír el impacto, pero Thor se agachó pegado al muro para evitar que lo descubrieran.

Transcurridos unos minutos, Thor empezó a desanimarse. Si Reese no estaba en su habitación, no tendría más remedio que huir. Con el corazón en un puño, esperó a que se abriera la ventana de su amigo. Y tras lo que le pareció una eternidad, cuando ya estaba a punto de desistir, vio que alguien se asomaba a la ventana y miraba a un lado y a otro con gesto de asombro. Entonces se puso de pie, retrocedió unos pasos y agitó el brazo a modo de saludo hasta que Reese lo vio.

Incluso a la luz de las antorchas, distinguió la alegría en el rostro de su amigo. Esto le reconfortó. Ahora tenía la seguridad de que todo iría bien. Reese le hizo señal de que esperara, y Thor se volvió a agachar junto a la muralla para esconderse de los guardias.

Tuvo que esperar bastante. No podía bajar la guardia por si acaso tenía que huir. Finalmente, se abrió una puerta de la muralla y apareció Reese; miró a un lado y a otro y corrió a abrazar a Thor. Oculto en la camisa llevaba a *Krohn*, que casi saltó en brazos de su amo.

Thor estaba feliz de tener al leopardo en los brazos, gimoteando y lamiéndole la cara.

La alegría del encuentro hizo sonreír a Reese.

—Cuando se te llevaron, quiso seguirte, y me lo llevé conmigo para que no le pasara nada.

Thor se lo agradeció con un apretón en el brazo. *Krohn* seguía empeñado en darle lametones en la cara.

—Yo también te he echado de menos, pequeño —le dijo Thor riendo—. Pero ahora tienes que callarte, o los guardias nos descubrirán.

Y *Krohn* pareció entenderlo, porque se calmó.

—¿Cómo has conseguido escapar? —Reese estaba sorprendido.

Thor se encogió de hombros. No sabía explicarlo. Prefería no hablar de sus poderes para que no lo miraran como a un bicho raro.

—Supongo que he tenido suerte. Se me presentó la ocasión y la aproveché.

—Me extraña que la turba no te haya hecho pedazos.

—Nadie me ha reconocido en la oscuridad.

—¿Sabes que los soldados tienen orden de buscarte? ¿Sabes que han apuñalado a mi padre?

Thor asintió con semblante grave.

—¿Está bien?

La expresión de Reese se entristeció.

—No —reconoció—. Se está muriendo.

Esta noticia entristeció a Thor como si se tratara de su propio padre.

—Pero tú ya sabes que yo no tengo nada que ver, ¿verdad?

Lo que los demás pensaran le tenía sin cuidado, pero necesitaba saber que el hijo menor de MacGil creía en su inocencia. Era su mejor amigo.

—Claro que lo sé —dijo Reese—. Si no fuera así, no estaría aquí hablando contigo.

Aliviado, Thor le dio un cariñoso apretón en el hombro.

—Pero el resto de los súbditos no tienen tanta confianza —añadió Reese—. Lo mejor sería que te marcharas bien lejos. Te proporcionaré mi caballo más veloz y víveres para un tiempo. Tienes que esconderte hasta que esto se

calme, hasta que encuentren al auténtico asesino. Ahora nadie puede pensar con claridad.

Pero Thor hizo un gesto negativo.

—No puedo irme. Me haría parecer culpable, y necesito que sepan que yo no lo he hecho. No puedo escapar de los problemas. Tengo que limpiar mi nombre.

—Si te quedas te encontrarán y volverán a encerrarte. Esta vez te ejecutarán..., eso si la turba no te mata primero.

—Es un riesgo que tendré que correr —dijo Thor.

Reese se le quedó mirando fijamente, con una expresión que era primero de preocupación y que se transformó en admiración. Al cabo de un rato, asintió lentamente.

—Eres muy orgulloso. Y tonto, un tonto rematado. Por eso te aprecio.

Reese sonreía. Thor le respondió con una sonrisa.

—Tengo que ver a tu padre —dijo—. Debo explicarle en persona que no he sido yo, que no tengo nada que ver con esto. Si decide ejecutarme, que así sea. Pero quiero tener la oportunidad de explicárselo. Es todo lo que te pido.

Reese lo miraba con seriedad, como evaluándole. Por fin, tras lo que a Thor le pareció una eternidad, accedió.

—Te conduciré hasta él. Conozco un pasillo secreto que lleva a sus aposentos. Es arriesgado, y una vez que estés dentro, no podré hacer nada por ti. No podrás salir. Puede significar tu muerte. ¿Seguro que quieres correr el riesgo?

Thor asintió con semblante grave.

—Está bien —dijo Reese, y le lanzó un capote.

Thor lo cogió al vuelo y miró a su amigo asombrado. Estaba claro que lo tenía todo previsto.

Reese le sonrió.

—Sabía que serías tan tonto como para quedarte. No esperaba menos de mi mejor amigo.

Capítulo cuatro

GARETH repasó los acontecimientos de la noche mientras paseaba de un lado a otro de la habitación. ¿Por qué había salido todo tan mal? Estaba muy nervioso. ¿Cómo era posible que aquel idiota venido de fuera, Thor, hubiera averiguado su plan de envenenamiento? Y no solo eso, incluso había interceptado la copa envenenada. Recordó el momento en que Thor dio un salto y tiró la copa... Al ver que el vino se derramaba por el suelo, Gareth comprendió que sus sueños y aspiraciones se iban a pique.

Fue un instante terrible. Sus esfuerzos quedaron destruidos, anulados. Y cuando el perro lamió el vino y cayó muerto, él creyó morir también. Toda su vida pasó en un instante ante sus ojos. Se vio descubierto y sentenciado al calabozo por intentar matar a su padre; o peor todavía, ejecutado. Había sido un estúpido al poner en marcha ese plan; no debía haber visitado a la bruja.

Pero por lo menos actuó con rapidez, de eso estaba orgulloso. En cuanto se vio en peligro, Gareth se puso de pie y acusó a Thor. Fue un momento de inspiración, y al parecer funcionó, para su propia sorpresa. La muchedumbre se llevó a Thor, y el banquete continuó casi con normalidad. Claro que ya no volvió a ser lo mismo, pero por lo menos las sospechas recayeron únicamente sobre el chico.

Y Gareth rezaba para que siguiera siendo así. Hacía décadas que un MacGil no sufría un intento de asesinato. Se pondría en marcha una investigación para llegar al fondo del asunto.

Desde luego, había sido una estupidez intentar envenenar a su padre. Debía haber sabido que el rey era invencible. Lo único que había hecho era ponerse en evidencia. Solo era cuestión de tiempo que sospecharan de él. Tenía que lograr que declararan a Thor culpable y le ejecutaran cuanto antes.

Por lo menos había rectificado, y tras su intento fallido de asesinato no lo había vuelto a intentar. Gareth se sentía más tranquilo ahora. Comprendió que en el fondo no quería matar a su padre, no quería mancharse las manos de sangre. Tal vez no llegaría a ser rey, pero después de lo ocurrido esa noche, no le importaba tanto. Por lo menos estaba en libertad. No se sentía capaz de volver a pasar por un proceso tan estresante: los secretos, la ocultación, el temor constante a ser descubierto. Era demasiada presión.

Ya era tarde. Gareth había recorrido la habitación muchas veces y por fin

empezaba a calmarse. Pero cuando se estaba preparando para meterse en la cama, se abrió la puerta de golpe y apareció Firth gritando y con el rostro desencajado, como si lo persiguieran todos los demonios.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Yo lo he matado! ¡Yo lo he matado!

Gareth no tenía ni idea de lo que le pasaba. Se preguntó si su amigo estaría borracho. Firth empezó a correr por la habitación dando chillidos, con las manos levantadas. Las tenía manchadas de sangre, lo mismo que su túnica amarilla.

Gareth se quedó helado. Firth acababa de matar a alguien. ¿A quién?

—¿Quién está muerto? —le preguntó—. ¿De quién hablas?

Pero Firth estaba tan histérico que no podía responder. Gareth le agarró de los hombros y le sacudió.

—¡Contéstame!

Firth lo miraba con ojos desorbitados.

—¡Tu padre! El rey. Acabo de matar a tu padre con mis propias manos.

Gareth se quedó helado, como si le clavaran un puñal en el pecho, incapaz de moverse, incapaz de sentir. Soltó a Firth y dio un paso atrás, jadeando. Así que las salpicaduras eran de sangre. Le costaba entender que Firth, un mozo de cuadras, el más pusilánime de sus amigos, hubiera matado al rey.

—Pero... ¿cómo es posible? ¿Cuándo...?

—Ahora, en sus aposentos —dijo Firth—. Le he clavado un puñal.

A medida que asimilaba lo ocurrido, Gareth fue recuperando los reflejos. Corrió a cerrar la puerta, que se había quedado abierta, no sin antes echar un vistazo a un lado y a otro para asegurarse de que no hubiera guardias cerca. Afortunadamente no había nadie en el pasillo. De todas formas, echó el pesado pestillo y se apresuró a calmar a Firth. Lo cogió por los hombros y le abofeteó hasta que consiguió que dejara de gritar y se calmara.

—Cuéntamelo todo —le ordenó con sequedad—. Todos los detalles. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Cómo que por qué? —Firth parecía confundido—. Tú querías matarlo y el veneno no funcionó. Pretendía ayudarte, pensaba que era lo que querías.

Gareth agarró a Firth de la camisa y empezó a zarandearlo.

—¿Por qué lo has hecho? —gritó, una y otra vez.

Le sorprendió comprobar que se sentía culpable de la muerte de su padre. Era extraño, porque apenas unas horas antes había querido envenenarlo para que cayera muerto en pleno banquete. Ahora, en cambio, su muerte le apenaba

como la de un buen amigo y sentía remordimientos. En parte le dolía que lo hubieran matado, sobre todo de esta manera, y a manos de Firth. Apuñalado.

—No lo entiendo —lloriqueó Firth—. Hace unas horas, tú mismo intentaste matarlo con tu plan de la copa envenenada. Pensaba que me estarías agradecido.

Inexplicablemente, Gareth reaccionó abofeteándole.

—¡No te pedí que hicieras esto! *Nunca* te lo pedí. ¿Por qué lo has matado? Mírate, tienes sangre por todas partes. Estamos perdidos. Solo es cuestión de tiempo que nos descubran.

—No me vio nadie —gimoteó Firth—. Me colé en los aposentos aprovechando el cambio de guardia.

—¿Dónde está el arma?

—No soy tan tonto como para dejarla allí —dijo Firth con orgullo—. Me he deshecho de ella.

—¿Qué puñal utilizaste? —Gareth pensaba frenéticamente en los detalles. Del remordimiento pasó a la preocupación. Ahora analizaba los cabos sueltos que había podido dejar el bobo de Firth, el rastro que podría llevar hasta él.

—Usé un puñal que no les dará ninguna pista —dijo Firth, muy satisfecho—. Lo encontré en los establos, no tiene nada de especial. Había otros cuatro iguales. No les dará ninguna pista —repitió.

Gareth palideció.

—¿Un puñal corto, con un mango rojo y la hoja curva? ¿Estaba colgado en la pared junto a mi caballo?

Firth asintió, un poco confundido.

Gareth se enfureció.

—Eres un estúpido. ¡Claro que les dará una pista!

—¡No vi ninguna marca! —protestó Firth. Pero estaba asustado y le temblaba la voz.

—¡No hay marcas en la hoja, pero sí en la empuñadura! —chilló Gareth—. ¡Debajo de la empuñadura! No lo comprobaste, eres un idiota. —Estaba rojo de furia—. En la empuñadura está grabado el emblema de mi caballo. Cualquier persona puede adivinar que el puñal pertenece a la familia real.

Firth se quedó estupefacto. Gareth quería matarlo con sus propias manos.

—¿Qué hiciste con el puñal? Dime que lo tienes; dime que lo has traído, por favor.

Firth tragó saliva.

—Nadie lo encontrará. Lo he hecho desaparecer.

En el rostro de Gareth se pintó una mueca de incredulidad.

—¿Dónde, exactamente?

—Lo tiré por el aliviadero que va a dar a la bacinica del castillo. La vacían cada hora. No te preocupes. Ahora ya estará en el fondo del río.

De repente empezaron a tañer las campanas del castillo y Gareth corrió a asomarse a la ventana. Le invadió el pánico en cuanto vio la agitada muchedumbre que se apelotonaba junto al castillo. Las campanadas solo podían significar una cosa: Firth había dicho la verdad. Había matado al rey, por increíble que pareciera.

Gareth se sintió invadido por una extraña rigidez. No podía creer que hubiera echado a rodar semejante cadena de acontecimientos. Y era Firth quien la había ejecutado, nada menos. De repente, llamaron a la puerta y entraron varios guardias reales. Por un momento, Gareth pensó que venían a detenerlo, pero los guardias se cuadraron ante él.

—Señor, han apuñalado a vuestro padre, y está gravemente herido. Es posible que el asesino se encuentre cerca todavía. Para vuestra seguridad, hemos de pedirnos que no salgáis de vuestros aposentos.

A Gareth se le erizó el vello. Su padre no había muerto.

—¿Está herido? —La palabra casi se le atraganta—. Entonces, no ha muerto.

—Así es, nuestro señor. Y Dios quiera que sobreviva y pueda decirnos quién ha cometido este acto tan horrendo.

Los guardias se despidieron con una inclinación de cabeza y salieron de la habitación.

Gareth tuvo tal acceso de furia que agarró a Firth por los hombros y lo estampó contra la pared de piedra. Su amigo lo miraba aterrorizado, incapaz de hablar.

—¿Qué has hecho? —gritó Gareth—. ¡Estamos perdidos!

—Pero... pero —tartamudeó Firth—. Estaba seguro de que había muerto.

—Estás seguro de muchas cosas —dijo Gareth—. ¡Y te equivocas en todas! —Pero entonces tuvo una idea—. Tienes que ir a recuperar el puñal antes de que sea demasiado tarde.

—Ya lo he tirado —contestó—. ¡Se lo habrá llevado la corriente!

—Lo tiraste en la bacinilla. Eso no significa que ya esté en el fondo del río.

—Es lo más probable —dijo Firth.

Gareth estaba harto de tantas tonterías. Salió corriendo de la habitación, con su amigo pisándole los talones.

—Te acompañaré. Te mostraré exactamente dónde lo he tirado —dijo Firth.

En el pasillo, Gareth se detuvo y se volvió hacia Firth, que estaba manchado de sangre. Era un milagro que los guardias no se hubieran dado cuenta de una prueba tan patente.

—Te lo diré solo una vez. Vuelve ahora mismo a mis aposentos, quítate esa ropa y quémala. Límpiame todo rastro de sangre. Y luego desaparece. Desde esta misma noche, mantente alejado de mí, ¿entendido?

Le dio un empujón, salió corriendo por el pasillo, bajó por las escaleras de caracol y se dirigió a toda prisa a la zona de los criados.

En el sótano, los criados limpiaban enormes ollas y hervían baldes de agua sobre unos hornillos de piedra de los que brotaban altas llamaradas. Iban cubiertos con unos sucios delantales y estaban empapados en sudor.

Al otro extremo de la sala había una inmensa bacinilla. Un chorro de orines y de heces caía de forma continuada desde lo alto, salpicando a su alrededor. Ante la asombrada mirada de los presentes, Gareth se dirigió al criado que tenía más cerca y lo agarró del brazo.

—¿Cuándo fue la última vez que se vació la bacinilla?

—Hace cinco minutos que la han llevado al río, señor.

Gareth dio media vuelta, subió como una exhalación por la escalera de piedra y salió jadeante al frío exterior. Atravesó el prado y se escondió detrás de un grueso tronco junto al río. Desde allí vio que dos criados levantaban el enorme orinal de hierro y vertían su contenido en las aguas.

Se quedó observando la operación hasta asegurarse de que habían vaciado totalmente la bacinilla. Después, más tranquilo, regresó al castillo. Nadie había visto nada, y el puñal se encontraría ya en las aguas, donde la corriente lo arrastraría río abajo. Si su padre moría esa noche, no habría ninguna pista que llevara hasta el asesino.

¿O sí?

Capítulo cinco

CON el leopardo pisándole los talones, Thor seguía a Reese por las entrañas del castillo. Su amigo abrió una puerta secreta en una muralla y, con la antorcha en alto, guio a Thor por la intrincada red de pasadizos, tan estrechos que tenían que ir en fila india. Subieron por una empinada escalera de piedra, llegaron a otro pasadizo y a otra escalera. Sin conocer el camino, era casi imposible llegar a los aposentos del rey.

—Estos pasadizos se construyeron hace cientos de años —susurró Reese—. Los construyó el padre de mi abuelo, el tercer MacGil, después de sufrir un asedio. Están pensados como vía de huida. Lo más irónico es que desde entonces no hemos vuelto a sufrir un asedio, de modo que hace muchos años que estos pasadizos no se usan. Estaban cubiertos con paneles. Yo los descubrí hace unos años, y me gusta utilizarlos de vez en cuando. Puedo dar la vuelta al castillo sin que nadie sepa dónde estoy. Cuando éramos niños, Godfrey, Gwendolyn y yo jugábamos aquí al escondite. Kendrick era demasiado mayor, y a Gareth no le gustaba jugar con nosotros. La regla era que no podíamos usar antorchas; todo estaba oscuro como boca de lobo y nos moríamos de miedo.

Thor tenía que esforzarse por no perder de vista la antorcha de Reese, que conocía el camino como la palma de su mano y caminaba muy rápido.

—¿Cómo lo haces para no perderte con tantas encrucijadas? —le preguntó asombrado.

—Para un niño, vivir en el castillo resulta muy solitario —dijo Reese—. Sobre todo cuando eres demasiado joven para unirse a la Legión y no hay nada más que hacer, de modo que decidí aprenderme de memoria todos los pasadizos, todos los rincones.

Doblaron por un pasadizo, bajaron tres escalones, llegaron a una estrecha abertura en la pared y descendieron por una larga escalera. Finalmente, llegaron a una puerta de roble cubierta de polvo. Reese apoyó la oreja en la gruesa hoja y escuchó.

—¿A dónde da esta puerta? —preguntó Thor, acercándose a él.

—Chitón —dijo Reese.

Thor apoyó también la oreja en la gruesa puerta de madera. *Krohn* miraba atentamente.

—Es la puerta trasera de los aposentos de mi padre —susurró Reese—.

Intento averiguar con quién está.

Se oían unas voces apagadas. Thor no podía distinguirlas. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Parece que hay mucha gente —dijo Reese. Le dirigió a Thor una mirada de advertencia—. Esto está en plena ebullición. Sus generales, sus consejeros, su familia..., están todos aquí. Sin duda te estarán buscando como sospechoso del intento de asesinato. Es como lanzarse en manos de una muchedumbre que quiere lincharte. Si mi padre sigue pensando que eres culpable, estás perdido. ¿Seguro que quieres entrar?

Thor tragó saliva. Tenía la boca seca. Era ahora o nunca. Comprendió que se encontraba en un momento crucial que decidiría su futuro. Si escapaba de la Corte del Rey, podría llevar una vida tranquila y anónima. Pero si atravesaba esa puerta, era posible que lo ejecutaran o lo metieran en el calabozo para el resto de sus días.

Respiró hondo y tomó una decisión. No podía echarse atrás; tenía que enfrentarse con su destino. Pero no se atrevió a abrir la boca, para no cambiar de opinión, y se limitó a asentir con la cabeza. Reese respondió con un gesto de aprobación, apoyó la mano en la manija de hierro y empujó la puerta con el hombro.

Thor se encontró en la habitación del rey; la brillante luz de las antorchas le hizo guiñar los ojos. Reese y *Krohn* estaban junto a él.

El rey estaba tumbado en la cama, sobre un montón de almohadones, con más de veinte personas a su alrededor, unos arrodillados y otros de pie. Eran sus consejeros, sus generales, Argon, la reina, Kendrick, Godfrey y hasta Gwendolyn. Todos ellos tenían una expresión grave y entristecida, pero a Thor le alegró ver que el monarca seguía con vida.

La entrada de Thor y de Reese a través de una puerta secreta provocó una auténtica conmoción. Habían interrumpido un momento íntimo del rey con sus allegados, que volvieron el rostro hacia ellos.

—¡Ese es! —gritó uno. Señaló a Thor con el dedo—. ¡Aquí está el chico que intentó envenenar al rey!

Thor no supo qué hacer cuando los guardias que vigilaban la estancia se le tiraron encima. Pero no podía echarse atrás; tenía que enfrentarse a la rabia de la gente y hacer las paces con el rey. En lugar de escapar, se preparó para resistir, mientras *Krohn* gruñía a los guardias.

De nuevo sintió una oleada de calor, un poder que brotaba en su interior. Sin querer, levantó una mano con la palma abierta y dirigió la energía hacia

los guardias. El efecto fue sorprendente. Los guardias se detuvieron al instante, como si se hubieran quedado congelados.

—¿Cómo te atreves a entrar aquí y utilizar tu brujería? —rugió Brom, desenvainando la espada—. ¿No te ha bastado con un intento de matar al rey?

Al ver que Brom se acercaba blandiendo la espada, Thor se sintió invadido por una extraña fuerza, más intensa que las anteriores. Cerró los ojos y se concentró. Notó perfectamente la energía de la espada de Brom, su forma, su filo, y de alguna forma se unió a ella y le ordenó detenerse.

Brom se quedó paralizado a media zancada, sin poder avanzar.

—¡Argon! —gritó—. ¡Detén cuanto antes este hechizo! ¡Detén a este chico!

Argon avanzó un paso, se bajó lentamente la capucha y se quedó mirando fijamente a Thor.

—No veo razón para detenerlo —dijo—. No ha venido a hacer daño a nadie.

—¿Estás loco? ¡Ha estado a punto de matar a nuestro rey!

—Eso es lo que suponéis —dijo Argon—. No es lo que yo veo.

Entonces se oyó una voz grave y profunda.

—Dejadle en paz.

Todos miraron a MacGil. El rey se incorporó en la cama para ver lo que ocurría. Estaba débil, y le costaba gran esfuerzo hablar.

—Quiero hablar con el chico. No fue él quien quiso matarme. Vi la cara del asesino y no era él. Thor es inocente.

Todos se tranquilizaron. Thor se relajó también y abandonó el control que los tenía inmovilizados. Los guardias, al verse libres, lo miraron como si fuera un ser de otro mundo y envainaron las espadas.

—Quiero hablar con el chico a solas —dijo MacGil—. Dejadme con él. Marchaos.

—Pero mi señor —protestó Brom—. ¿No os parece arriesgado quedaros a solas con este chico?

—No quiero que nadie le ponga la mano encima —dijo MacGil—. Ahora marchaos todos, también los miembros de mi familia.

Los presentes se miraron unos a otros, dudando sobre qué hacer. No parecían capaces de moverse. Un espeso silencio invadió la estancia. Luego, uno por uno, fueron saliendo de la sala; también los miembros de la familia real. *Krohn* se fue con Reese. Pronto, la estancia, que momentos antes estaba repleta de gente, se quedó casi vacía.

Por fin, se cerró la puerta y se quedaron a solas Thor y el rey. A Thor le dolía inmensamente ver a MacGil tan pálido y enfermo. No sabía por qué, pero era como si una parte de él mismo estuviera muriendo en la cama. Lo que más deseaba en el mundo era que el rey se recuperara.

—Acércate, hijo —dijo MacGil. Su voz sonó débil, apenas un susurro.

Thor corrió a su lado y se arrodilló frente a él. MacGil le tendió débilmente la mano para que se la besara. Thor se sorprendió al notar que le corrían unas cálidas lágrimas por las mejillas. MacGil le sonreía.

—Mi señor —dijo Thor. No podía aguantar por más tiempo—. Os ruego que me creáis cuando os digo que no he tratado de envenenaros. El complot se me apareció en un sueño, gracias a poderes que desconozco. Solo quería avisaros. Os ruego...

MacGil levantó una mano para acallar su protesta.

—Me he equivocado contigo. Pero para darme cuenta he tenido que esperar a que estuvieran a punto de matarme. Ahora entiendo que querías salvarme. Perdóname. Sé que me has sido leal, tal vez el único miembro leal de la corte.

—Ojalá me hubiese equivocado —dijo Thor—. Preferiría que estuvierais sano y salvo, que mis sueños fueran meras ilusiones, que no hubierais sufrido ataque alguno. Tal vez me equivoque. Tal vez sobreviviréis.

MacGil negó con la cabeza.

—Ha llegado mi hora —dijo.

Thor tragó saliva. Percibía que así era, aunque no le gustara.

—¿Sabéis quién ha cometido este acto tan terrible, mi señor? —La pregunta le atormentaba desde su sueño premonitorio. No se le ocurría quién podía querer matar al rey. Ni por qué.

MacGil alzó la mirada al techo. Cualquier movimiento le suponía un esfuerzo.

—Vi su cara. Es un rostro que conozco bien, pero no consigo situarlo. —Volvió la cabeza hacia Thor—. Ahora no tiene importancia. Me ha llegado la hora. Ya sea por mano de una persona o de otra, el resultado es el mismo. —Se incorporó y cogió a Thor por la muñeca con sorprendente fuerza—. Lo que importa es lo que pasará cuando yo me haya ido. Este reino se quedará sin un rey.

Se quedó mirando a Thor con una intensidad que este no supo interpretar. No entendía qué quería decirle el rey, qué esperaba que hiciera. Quería preguntárselo, pero no quería interrumpirle; al rey le costaba mucho hablar.

—Argon tenía razón con respecto a ti. Tu destino es más alto que el mío.

Las palabras del rey hicieron que Thor se estremeciera. ¿Su destino sería más alto que el de MacGil? El simple hecho de que Argon y el monarca hablaran de él ya le parecía difícil de entender. ¿Y a qué se refería con este mensaje sobre su destino? ¿No estaría alucinando en sus últimos momentos de vida?

—Yo te elegí..., te incluí en mi familia por una razón. ¿Sabes cuál es?

Thor movió la cabeza. No lo sabía, y deseaba desesperadamente saber algo más.

—¿No sabes por qué te he pedido que te quedaras en mis últimos minutos de vida?

Thor intentaba entender, con todas sus fuerzas. Pero era inútil.

—Lo siento, mi señor —dijo—. No lo sé.

MacGil esbozó una débil sonrisa. Sus ojos empezaban a cerrarse.

—Muy lejos de aquí, más allá de las Tierras Agrestes, más allá del país de los dragones, se extiende un inmenso territorio. Es el país de los druidas, de donde proviene tu madre. Tienes que ir allí en busca de respuestas.

MacGil abrió los ojos de par en par. Fijó en Thor una mirada intensa que el muchacho no sabía descifrar.

—Nuestro reino depende de ello —dijo el rey—. Tú no eres como los demás. Eres especial. Pero para devolver la paz a mi reino, tienes que averiguar la verdad sobre tu origen. —MacGil cerró los ojos. Su respiración se hizo más agitada y dificultosa, y la presión sobre la muñeca de Thor se aflojó.

Thor notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Se esforzó por encontrar un sentido a las palabras del rey, pero no veía ninguna lógica. ¿Lo habría oído mal?

MacGil murmuró algo, pero tan débilmente que Thor no conseguía oír lo que decía y agachó la cabeza para acercar la oreja a sus labios.

Con un último esfuerzo, el rey alzó la cabeza y dijo:

—Debes vengar mi muerte.

De repente, se puso rígido, y luego su cabeza cayó a un lado. Sus ojos se abrieron con una mirada fija, perdida.

Estaba muerto.

—¡NO! —gritó Thor.

Su grito debió de ser lo bastante fuerte como para alertar a los guardias, porque en un momento se abrieron las puertas y varias personas entraron

atropelladamente en la habitación. Thor estaba aturdido. Tuvo una vaga sensación de que todos se agitaban a su alrededor y oyó a lo lejos el tañido de las campanas. El tañido seguía el ritmo de los latidos de su corazón. Luego, todo se volvió borroso, la habitación empezó a dar vueltas. Thor perdió la conciencia y cayó pesadamente sobre el suelo de piedra.

Capítulo seis

GARETH parpadeó para contener las lágrimas y levantó la cabeza hacia la pálida luz del primer sol, que se alzaba en el cielo. Una ráfaga de viento le azotó la cara. Estaba amaneciendo en las remotas Colinas Kolvian, donde se celebraban los funerales del rey. Habían acudido centenares de familiares, amigos y estrechos colaboradores del monarca; tras ellos estaban los soldados, intentando contener a las masas que asistían a los servicios desde lejos. La tristeza que se pintaba en el rostro de todos era genuina. No cabía duda de que el padre de Gareth era un monarca querido.

Dispuestos en semicírculo, los familiares más cercanos esperaban a que el cadáver fuera bajado a la fosa. El cuerpo sin vida del rey reposaba sobre unas tablas, envuelto en cuerdas.

En primera fila, unos pasos por delante del resto, Argon contemplaba el cadáver con rostro inescrutable. Vestía la túnica de color escarlata que reservaba para los funerales y se tapaba la cara con la capucha. Gareth intentaba desesperadamente analizar la expresión del druida y averiguar cuánto sabía. ¿Era posible que Argon supiera que él había matado a su padre? Y en tal caso, ¿diría algo o lo dejaría en manos del destino?

Por desgracia para Gareth, Thor había sido absuelto de culpa, porque estaba en el calabozo cuando el rey fue apuñalado. Además, el propio MacGil había asegurado que Thor era inocente. El problema era que se había constituido un comité para investigar y encontrar al asesino.

Gareth estaba tan nervioso que casi deseaba que lo enterraran en la fosa junto a su padre. Solo era cuestión de tiempo que descubrieran a Firth, y esto sería su fin. Para evitarlo debía actuar con rapidez y conseguir que culparan a otra persona. Se preguntó si alguien sospechaba de él. Pero tal vez se estaba volviendo paranoico, porque nadie parecía prestarle atención. Ahí estaban sus hermanos —Reese, Godfrey y Kendrick—, su hermana Gwendolyn y su madre, en estado catatónico. Desde la muerte del rey, el dolor había convertido a su madre en otra persona. Cuando le comunicaron la noticia sufrió una especie de ataque, y desde entonces tenía la mitad de la cara paralizada y le costaba mucho hablar.

Gareth observó con atención a los consejeros del rey. El capitán general, Brom, y el jefe de la Legión, Kolk, estaban delante, y todos los demás en un

segundo término. Tenían una expresión de tristeza, pero a Gareth no le engañaban. Demasiado bien sabía que a todos —tanto los miembros del gobierno, consejeros y generales como los nobles y señores que los acompañaban— les importaba poco la muerte del rey. Podía leer la ambición y la sed de poder en sus rostros mientras se preguntaban quién sería el próximo en ocupar el trono.

Era lo mismo que se preguntaba Gareth. ¿Qué hacer tras un asesinato tan caótico, todavía sin resolver? Si todo se hubiera resuelto, si ya hubiera un culpable, el plan de Gareth sería perfecto: la corona iría a parar a su cabeza. Al fin y al cabo, era el primogénito de los hijos legítimos. Su padre había expresado la intención de ceder el trono a Gwendolyn, pero lo dijo en la intimidad familiar, sin que las instituciones la ratificaran. Y los miembros del gobierno se tomaban muy en serio la ley. Sin una ratificación, Gwendolyn no sería coronada.

Así pues, el trono tenía que ser para él. Era la ley. Por supuesto, el procedimiento seguiría su curso; él se encargaría de que así fuera. Sus hermanos se opondrían, de eso no le cabía duda. Sacarían a colación la reunión con su padre, y probablemente insistirían en que Gwendolyn era la elegida. Kendrick no intentaría detentar el poder, era demasiado noble. Godfrey era demasiado apático para actuar, y Reese demasiado joven. La única rival era Gwendolyn. Pero Gareth era optimista: el gobierno no estaba preparado para aceptar que una mujer dirigiera el Anillo, y mucho menos una jovencita. Y como la elección del monarca no estaba ratificada, tenían la excusa perfecta para obviarla.

En opinión de Gareth, el único peligro era Kendrick. A él lo detestaba todo el mundo, pero Kendrick gozaba de gran aprecio entre la gente del pueblo y los soldados. En determinadas condiciones, podían decidir que Kendrick subiera al trono. Otro motivo para darse prisa en deshacerse de él.

El roce en una mano interrumpió sus meditaciones. Habían empezado a bajar a la fosa el ataúd de su padre, y Gareth, como el resto de sus hermanos, sujetaba una de las cuerdas. Si él se despistaba, el ataúd bajaba ladeado, de modo que agarró la cuerda con la otra mano para corregir el desnivel. Nunca había logrado complacer a su padre, pensó Gareth; ni siquiera en la muerte.

Las campanas del castillo tañían a lo lejos. Argon dio un paso al frente y levantó la mano mientras pronunciaba las palabras rituales en la lengua perdida del Anillo, la que habían hablado sus antepasados durante siglos.

—*Itso ominus domi ko resepia...*

Era la lengua que Gareth había aprendido de sus tutores. La necesitaría cuando asumiera sus poderes reales.

De repente, Argon se calló y miró directamente a Gareth con unos ojos que parecían traspasarlo. Gareth se sonrojó, y un escalofrío le recorrió la espalda. Se preguntó si todos le estarían mirando, si adivinaban lo que Argon quería decir. Le pareció que el druida conocía sus pecados. Pero Argon era muy misterioso; no quería participar en los caprichosos quiebros del destino.

—El rey MacGil era un buen monarca, un hombre justo. —La voz de Argon, lenta y profunda, parecía de otro mundo—. Honró a sus ancestros y trajo a este reino una paz y una riqueza como nunca se habían conocido. Los dioses han querido llevárselo antes de lo que imaginábamos, pero su legado es profundo y enriquecedor. Nos toca a nosotros aprovecharlo y continuarlo.

Hizo una pausa.

—Nuestro reino del Anillo está rodeado de serios peligros. Más allá del Cañón, protegido por el escudo de energía, se encuentra una tierra de monstruos y criaturas salvajes que podrían acabar con todos nosotros. Y en el mismo Anillo, al otro lado de la Cordillera, un clan conspira contra nosotros. Vivimos en un estado de paz y prosperidad sin precedentes, pero la amenaza es constante. ¿Por qué los dioses han decidido arrebatarnos a un rey bueno y justo cuando todavía le quedaban muchos años por delante? ¿Por qué ha tenido que sufrir semejante suerte? No somos más que marionetas en las manos del destino, y aunque nos encontremos en la cima del poder, podemos acabar bajo tierra. Lo que tenemos que preguntarnos no es qué luchamos por conseguir, sino en qué clase de persona queremos convertirnos.

Argon inclinó la cabeza mientras el féretro descendía al interior de la fosa. A Gareth le ardían las palmas de las manos, desolladas por la cuerda. Cuando el ataúd llegó al fondo, se oyó un grito.

—¡NO!

Fue un grito histérico de Gwendolyn, que se asomó al borde de la fosa como si quisiera arrojarla dentro. Reese y Kendrick corrieron a agarrarla, pero Gareth no se movió. No sentía simpatía por su hermana; más bien le parecía una amenaza. Si Gwendolyn quería yacer bajo tierra, él estaría encantado.

Desde luego, en esto podía ayudarla.

Thor contemplaba el entierro del rey desde una corta distancia. El lugar que el monarca había elegido para ser enterrado le parecía espectacular: un balcón en la montaña más alta del reino, tan alta que casi podían tocarse las

nubes. El primer sol se abría paso en el firmamento y teñía los nubarrones de colores verdes, amarillos y anaranjados, pero la neblina no acababa de disiparse, como si el reino estuviera de luto. Hasta *Krohn* gimoteaba, y *Estopheles* chillaba y volaba en círculo sobre el escenario.

Thor todavía no se había hecho a la idea de que el rey había muerto. Le parecía extraño estar allí, rodeado de la familia real, viendo cómo enterraban a un hombre al que había cogido tanto cariño. Era el primero que se había portado con él como un padre, y la muerte se lo arrebató. Por encima de todo, no podía olvidar las últimas palabras del rey: «Tú no eres como los demás. Eres especial. Pero para devolver la paz a mi reino, tienes que averiguar la verdad sobre tu origen».

¿Qué habría querido decir sobre su origen? ¿Por qué era tan especial, y cómo era posible que MacGil lo supiera? ¿Estaría delirando? No entendía qué tenía que ver él con el destino del reino.

«Muy lejos de aquí, más allá de las Tierras Agrestes, más allá del país de los dragones, se extiende un inmenso territorio. Es el país de los druidas, de donde proviene tu madre. Tienes que ir allí en busca de respuestas».

¿Qué sabía MacGil de su madre? ¿Cómo sabía de dónde procedía, y cuáles eran esas respuestas? Thor no podía dejar de pensar en su madre. Siempre había creído que estaba muerta. Que pudiera estar viva le resultaba emocionante y quería partir en su busca. Tenía que encontrar las respuestas y descubrir quién era, por qué era especial.

El féretro de MacGil seguía bajando, acompañado por el tañido de las campanas. Thor no entendía la crueldad del destino. ¿De qué le había servido ver la muerte del rey si no había podido impedirlo? Habría preferido no ver el futuro y despertarse un día con la noticia de que el rey había muerto. Así no se sentiría culpable de no haber hecho más por impedirlo.

¿Qué ocurriría ahora? Era un reino sin un rey. ¿Quién ocuparía el trono? Todos daban por supuesto que sería Gareth, y Thor no podía imaginar nada peor.

Paseó la mirada por los asistentes. Vio los rostros severos de los nobles y los señores venidos de todos los rincones del Anillo. Eran hombres poderosos en un reino que necesitaba una dirección. Thor no dejaba de preguntarse quién habría sido el asesino. Viendo sus caras, todos le parecían sospechosos, ansiosos de poder. ¿Se dividiría el reino en dos partes? ¿Habría enfrentamientos? ¿Y qué sería de él? ¿Qué pasaría con la Legión? ¿Se rebelarían los caballeros de la Plata si Gareth se convertía en el próximo rey?

Se preguntó también si seguirían creyendo en su inocencia o lo enviarían de vuelta al pueblo. Él quería quedarse allí, en la Legión. No quería ningún cambio. Hasta hacía unos días, el reino le había parecido un lugar seguro y permanente, y MacGil un monarca bien asentado en el trono. Resultaba increíble que algo tan estable pudiera derrumbarse de repente. ¿Qué podía esperarse entonces del resto? Ya nada le parecía permanente.

Al ver que Gwendolyn intentaba arrojarse a la tumba de su padre, a Thor se le partió el corazón. Reese la apartó, y los criados empezaron a arrojar paletadas de tierra, mientras Argon continuaba con sus cantos ceremoniales. Una nube oscureció el sol por un momento, y Thor sintió una ráfaga de aire frío en aquel día estival. *Krohn*, sentado a sus pies, empezó a gimotear.

Tenía que hablar con Gwendolyn. Tenía que decirle que lo sentía muchísimo, que estaba desolado por la muerte del rey y la acompañaba en su dolor. No quería que se sintiera sola. Y aunque persistiera en su deseo de no verle más, él le aseguraría que lo habían acusado falsamente. Lo único que pedía Thor era una oportunidad para explicarse antes de decirle adiós para siempre.

Con la última paletada de tierra, los asistentes empezaron a moverse. Se habían formado larguísimas hileras de súbditos que se perdían en la distancia, más allá de la colina. Todos llevaban una rosa negra en la mano para depositarla sobre el montón de tierra que marcaba el lugar donde el rey estaba enterrado. Poco a poco, la muchedumbre se fue dispersando.

Gwendolyn se apartó de Reese y salió corriendo, sin hacer caso de los gritos de su hermano.

—¡Gwen!

La princesa estaba histérica, inconsolable. Atravesó la multitud y se alejó corriendo por un camino de tierra. Thor no soportaba verla así; tenía que hablar con ella. Con el leopardo pisándole los talones, se abrió paso entre la muchedumbre y la vio corriendo a lo lejos.

—¡Gwendolyn!

La princesa no se detuvo. Thor tuvo que apretar a correr, y *Krohn* corría a su lado. Cuando por fin la alcanzó y la cogió del brazo, le faltaba el aliento. Gwen se giró hacia él. Estaba despeinada, empapada en lágrimas.

—¡Déjame en paz! —gritó, intentando zafarse de él—. ¡No quiero verte nunca más!

—Gwendolyn —dijo Thor en tono de súplica—. Yo no he matado a tu padre. Solo quería salvarlo. No tengo nada que ver con su muerte, él mismo lo

dijo, ¿recuerdas?

Gwen no podía escapar porque Thor la agarraba con fuerza; no quería que se marchara sin oír lo que tenía que decirle. Gwendolyn se debatía débilmente, demasiado llorosa y agotada para salir corriendo.

—Sé que no lo has matado tú, pero esto no arregla nada. No entiendo cómo te atreves a hablar conmigo después de haberme humillado delante de todo el mundo.

—No lo entiendes. No hice nada en el burdel. Es mentira, una calumnia.

La princesa lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Quieres decir que no estuviste en el burdel?

Thor titubeó.

—Estuve allí. Con los demás.

—¿Y dices que no entraste en una habitación con una mujer?

Thor agachó la cabeza.

—Creo que sí, pero...

—Nada de peros —le interrumpió la princesa—. Acabas de admitirlo. Eres repugnante. No quiero tener nada que ver contigo.

La expresión de Gwen pasó de la tristeza a la rabia. Se acercó despacio a Thor y le dijo:

—No quiero volver a verte nunca más. ¿Me entiendes? No sé cómo se me ocurrió perder el tiempo contigo. Mi madre tenía razón; no eres más que un plebeyo. No estás a mi altura.

Aquellas palabras le dolieron a Thor en lo más profundo, como si le clavaran un puñal en el pecho. Le soltó la muñeca y dio unos pasos atrás. Tal vez Alton tenía razón, después de todo. A lo mejor no había sido más que un entretenimiento para la princesa.

Sin pronunciar una palabra, dio media vuelta y se alejó de allí, acompañado de *Krohn*. Por primera vez desde su llegada, se preguntó si tenía sentido haber venido.

Capítulo siete

GWENDOLYN se quedó junto al acantilado, totalmente abatida, destrozada por el dolor. Primero su padre, y ahora Thor. Era el peor día de su vida. Lo que más la atormentaba era que su padre hubiera sido asesinado. ¡Qué injusticia! Un desconocido le había arrebatado sin más a la persona que era la luz de su vida.

Gwen quiso morir al conocer la noticia. La noche había sido como una larga pesadilla, y esta mañana incluso peor. Sufrió una impresión tan espantosa al ver que bajaban a la fosa el cadáver de su padre que quiso lanzarse con él al hoyo y no salir nunca más. Había huido de la multitud con la idea de lanzarse por el acantilado. Y entonces apareció Thor.

Nada más verlo Gwen se sintió mucho mejor, y por un momento se olvidó de su padre, pero al mismo tiempo fue peor, porque seguía furiosa con Thor; todavía hervía de indignación cuando pensaba que se había reído de ella al acudir al burdel. Le fastidiaba sobre todo haber quedado en ridículo delante de su madre, que desde el principio se opuso a que Gwen saliera con un plebeyo. Thor le había hecho sentirse abochornada.

Y qué desfachatez presentarse ante ella como si nada, cuando admitía que había estado en el burdel con una mujer. Se ponía enferma solo de pensarlo. Sin embargo, verle alejarse por el sendero, acompañado por el leopardo, le causó una pena infinita. Se preguntó si las cosas podían ir peor.

Miró a lo lejos, hacia las lomas y los valles de las Colinas Kolvian, que daban al oeste del reino. Gwen sabía que en esa misma dirección, mas allá, estaba la Cordillera, y al otro lado el reino de los McCloud. Se preguntó si su hermana habría llegado allí con su marido, si sería feliz con su nueva vida. En estos momentos, la envidiaba por encontrarse tan lejos.

Claro que su hermana nunca había tenido una relación estrecha con su padre; tal vez la noticia de su muerte no le habría dolido mucho. De los cuatro hermanos, Gwen era la más próxima a su padre. Reese y Kendrick también estaban abatidos; se llevaban muy bien con MacGil. Lo curioso era que Godfrey, que siempre había detestado a su padre, pareciera tan triste. Y por último estaba Gareth, frío e impasible como siempre. En todo caso se le había visto preocupado, como si ya estuviera pensando en el poder que tan desesperadamente deseaba.

Gwen se estremeció. Recordó las proféticas palabras de su padre cuando le encargó que se hiciera cargo del reino en un día muy lejano, un día que Gwen creyó que no llegaría nunca. Y ahora, de repente, la tarea le caía en las manos. ¿La obligarían a ceñirse la corona? Esperaba que no. Se veía incapaz. Y sin embargo, se lo había prometido a su padre. Se preguntó qué sería de ella. Entonces oyó una voz.

—Aquí estás.

Era Reese, que la miraba preocupado, a unos metros de distancia.

—Me tenías inquieto.

—¿Qué te creías, que iba a saltar? —soltó Gwen, tal vez demasiado bruscamente. No había querido contestarle así, pero no pudo contenerse.

—No, claro que no —dijo Reese—. Estaba preocupado por ti.

—No te preocupes. Soy tu hermana mayor, sé cuidar de mí misma.

—No es eso —se apresuró a decir Reese—. Quería decirte que... no eres la única que sufre. Yo también le quería.

Esto le dio que pensar a Gwen, sobre todo cuando vio que su hermano tenía los ojos llenos de lágrimas. Comprendió que se estaba comportando como una niña mimada. La muerte de su padre los había afectado a todos.

—Lo siento —musitó—. Sé que lo querías, y él te quería mucho. De hecho, creo que en ti se veía a sí mismo de joven.

Reese le dirigió una mirada cargada de esperanza y de pesar. A Gwen se le partió el corazón al verlo tan perdido. ¿Quién lo educaría ahora? Reese tenía catorce años; ya no era un niño, pero tampoco era un hombre. Es a esta edad cuando un chico necesita más a su padre, un modelo al que copiar. Y desde la muerte del rey, su madre estaba casi catatónica y ausente. No hacía ningún caso a sus hijos. Su hermana mayor se había ido; Gareth vivía alejado de la familia; Godfrey estaba siempre en la taberna y Kendrick en el campo de batalla. Gwen no tenía más remedio que convertirse en el padre y la madre de Reese.

—Ya verás como todo te irá bien —dijo, y con estas palabras también ella se sintió mejor—. Todo irá bien.

—¿Has visto por aquí a Thor? —preguntó Reese.

A Gwen se le encogió el estómago.

—Ha estado aquí —dijo secamente—. Y le dije que se marchara.

—¿Qué quieres decir? —Reese no entendía nada—. Pensaba que erais muy amigos.

—Ya no —gruñó Gwen—. Desde luego que no, después de lo que ha

hecho.

—¿Y qué ha hecho? —Reese abrió los ojos como platos.

—Como si no lo supieras. Como si no supieras que me ha puesto en ridículo delante de todo el reino.

—¿En ridículo? No sé de qué me estás hablando. —Reese parecía genuinamente sorprendido.

Gwen lo miró con detenimiento y dedujo que su hermano no sabía nada, lo que le pareció sorprendente. Creía que todo el mundo estaba al corriente de lo ocurrido y se reía de ella. A lo mejor no era tan grave; a lo mejor no era tan terrible como lo había pintado Alton.

—Me han contado sus aventuras en el burdel con esas mujeres.

Reese se puso serio.

—¿Y quién dices que te lo ha contado?

Gwen titubeó. Ahora ya no estaba tan segura de lo que pensaba.

—Alton, claro.

Reese sonrió maliciosamente.

—¿Y te lo has creído?

Gwen miraba fijamente a su hermano. Se le aceleró el pulso y por primera vez empezó a preguntarse si habría cometido un error.

—¿Qué quieres decir?

—Yo estaba con Thor en el burdel —dijo Reese—. Fuimos con la Legión después de la caza. En realidad era más una taberna que un burdel. Thor no hizo nada malo. Yo estaba con él cuando aparecieron las mujeres, y puedo decirte que se llevó una sorpresa; no se imaginaba que hubiera mujeres. De hecho, intentó escapar, pero los hombres lo empujaron. No fue por su propio pie.

—Pero no se negó —insistió Gwen en tono acusador.

Reese siguió defendiendo a su amigo.

—Te han informado mal. Thor no hizo nada. Se desvaneció nada más llegar al rellano; no le había puesto una mano encima a la mujer cuando cayó en redondo. Alton es quien te ha mentado y se ha reído de ti. Tu honor está intacto.

Gwen se sonrojó intensamente. Estaba a un tiempo aliviada y avergonzada. Había acusado a Thor injustamente; le había dirigido duras palabras. Le dolía haberle llamado plebeyo, ni siquiera entendía por qué se lo había dicho. ¡Qué arrogante sonaba! Estaba furiosa consigo misma por haber sido tan cruel.

—¿Qué le dijiste exactamente? —preguntó Reese.

Gwen agachó la cabeza.

—Fui una estúpida. Le dije cosas que en realidad no pensaba.

Gwen acababa de quitarse un peso de encima. Se abrazó a Reese y sollozó encima de su hombro.

—Echo de menos a nuestro padre —dijo.

—Ya lo sé —dijo Reese, con la boca contra su hombro—. Yo también le echo de menos.

Se separó de Gwen y la miró a los ojos.

—Hablaré con Thor y procuraré que se arreglen las cosas —dijo—. No importa lo que le hayas dicho.

—Hay palabras que no se olvidan —susurró Gwen.

Capítulo ocho

GARETH y sus cuatro hermanos —Kendrick, Godfrey, Reese y Gwen— entraron en el enorme vestíbulo del castillo, que bullía de caballeros venidos de todas las provincias del Anillo. Todos pugnaban por acercarse a ellos para darles sus condolencias.

—A vuestro padre lo queríamos, señor. Era un buen rey —le dijo a Gareth un caballero corpulento que él no recordaba haber visto en toda su vida.

Gareth no conocía a esos hombres, ni tenía interés en conocerlos. No quería su simpatía porque no la compartía; a él su padre nunca le había demostrado cariño.

Ahora que ya había tenido ocasión de reflexionar y de asimilar lo sucedido, Gareth se alegraba de la muerte de su padre. Se alegraba de que su plan para asesinarlo hubiera dado resultado, aunque no hubiera sido según lo planeado. Él no lo había matado, pero había puesto en marcha el plan, que no habría sido posible sin su intervención. Le impresionaba comprender que era el auténtico causante de toda esa conmoción: la muchedumbre, el caos, los caballeros venidos a ofrecer sus condolencias. Lo supieran o no, era él quien había cambiado sus vidas con un acto de voluntad.

Los pajes condujeron a los cinco hermanos a la última sala, donde les esperaban los más estrechos colaboradores del rey. Gareth tenía un nudo en el estómago. Se preguntó qué les esperaba allí. Por supuesto, era preciso nombrar un sucesor; no podían permitir que el reino estuviera descabezado, como un barco sin timón. Confiaba en que le nombraran a él. ¿A quién iban a nombrar, si no? Aunque tal vez designaran a su hermana.

Echó una ojeada a sus hermanos, que estaban serios y en silencio, y se preguntó si se opondrían a que le dieran el trono. Seguramente. Todos lo detestaban, y además su padre había elegido a Gwen. No cabía duda de que tendría que luchar. Pero si ganaba, saldría de la reunión convertido en el máximo poder del reino.

De repente se le ocurrió que todo podía ser una trampa y se le hizo un nudo en el estómago. ¿Y si querían acusarle delante de todo el mundo? ¿Y si tenían pruebas de que había matado a su padre y lo mandaban directo al patíbulo? En cuestión de segundos, Gareth pasó del optimismo a la ansiedad.

Era asombroso. Y es que la reunión sería definitiva.

Finalmente consiguieron atravesar la multitud que se apelotonaba a las puertas de la sala, esperando a oír lo que decidía el consejo.

Cuatro guardias les permitieron pasar. Se encontraron frente a la gran mesa circular del consejo, donde desde hacía siglos se sentaban los colaboradores del rey. Resultaba extraño estar allí y no ver a su padre sentado en el trono. Era la primera vez que Gareth veía vacío el inmenso trono de madera tallada. Los consejeros miraban el trono vacío como si esperaran que un dirigente fuera a caer del cielo.

Los cinco hermanos fueron conducidos al centro de la sala, entre las dos partes de la mesa circular, dando la cara a los miembros del consejo. Estaban tan serios que Gareth se sintió frente a un tribunal. A un lado de la mesa, sentada en un trono más delicado y rodeada por sus damas de compañía, estaba la reina. En su rostro no se leía expresión alguna, como si se encontrara en estado de *shock*.

Aberthol, historiador y erudito, ocupaba el centro de la mesa. Había sido tutor de tres generaciones de reyes. Era el de más edad del grupo, y el rostro surcado de arrugas le daba el aspecto de un anciano. Llevaba la túnica de color púrpura que seguramente databa de cuando el padre de Gareth era un niño. Como tenía más experiencia, era el que dirigía los procedimientos, y los demás le imitarían. Eran Brom, Kolk, Owen, el tesorero; Bradaigh, consejero de asuntos exteriores; Earnan, cobrador de impuestos; Duwayne, asesor para asuntos de la plebe, y Kelvin, representante de los nobles.

Era un grupo que imponía respeto. Gareth escrutó sus rostros, intentando adivinar si alguno de ellos estaba dispuesto a condenarle, pero ninguno le miraba directamente.

Aberthol tenía un pergamino en la mano. Carraspeó y contempló en silencio a los cinco hermanos.

—Antes que nada, los miembros del consejo queremos ofrecer nuestras sinceras condolencias por la muerte de vuestro padre. Era un gran hombre y un gran rey. Echaremos de menos su presencia en esta sala y en nuestro reino. Creo que no exagero al decir que este reino no será el mismo sin él. Yo lo conocía desde que empezó a dar sus primeros pasos; también fui consejero de su padre. Era un gran amigo, y os prometo que haremos lo posible por dar con su asesino.

La mirada del anciano consejero se posó en cada uno de los hermanos. Gareth tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse nervioso.

—Os conozco desde que nacisteis, y tengo el convencimiento de que vuestro padre estaba orgulloso de vosotros. Sé que necesitáis un tiempo de duelo, pero hay temas importantes en el reino que no pueden esperar. Este es el motivo por el que os hemos convocado.

Se aclaró la voz.

—Lo más urgente es investigar el asesinato de vuestro padre. Crearemos una comisión que investigue las causas y las circunstancias de la muerte, y que lleve al asesino ante la justicia. Hasta entonces, ningún súbdito del reino estará tranquilo. Tampoco yo.

A Gareth le pareció que la mirada de Aberthol se detenía un instante en él. Se preguntó si pretendía darle un mensaje y apartó la vista para no obsesionarse. Tenía que idear un plan para desviar la atención. Debía encontrar cuanto antes un culpable al que acusar.

—Mientras tanto, el hecho es que estamos en un reino sin rey. Este es un mundo agitado, donde no conviene estar sin dirección. Cuanto más tiempo tardemos en tener un dirigente, más conspirarán los demás para hacerse con el trono. No hace falta que os diga que son muchos los que ambicionan esta corona.

El anciano suspiró.

—La ley del Anillo establece que el trono pase al primogénito. Lamentablemente, tiene que ser el primer hijo *legítimo*. No pretendo ofenderte, Kendrick.

El joven agachó la cabeza.

—No me ofendo, señor.

—Esto significa entonces —dijo Aberthol, con un carraspeo— que el trono pasará a Gareth.

Al oír estas palabras, Gareth sintió una emoción difícil de describir, una inyección de poder que le corría por las venas.

—Pero, señor, ¿y nuestra hermana Gwendolyn? —protestó Kendrick.

—¿Qué pasa con Gwendolyn? —preguntó Aberthol, muy sorprendido.

—Antes de morir, nuestro padre nos dijo que nombraba a Gwendolyn su sucesora en el trono.

Los miembros del consejo volvieron la cabeza hacia Gwendolyn, que les devolvió una mirada turbada, un poco avergonzada. Gareth se puso rojo de rabia. Estaba seguro de que su hermana ambicionaba el trono tanto como él y que lo disimulaba.

—¿Es cierto, Gwendolyn? —preguntó Aberthol.

—Así es, señor —murmuró Gwendolyn con la cabeza gacha—. Es lo que mi padre deseaba. Me hizo jurar que aceptaría el trono. Y lo juré. Ojalá no lo hubiera hecho, porque no hay nada que desee menos.

Aquello cogió por sorpresa a los miembros del consejo, que se miraban unos a otros con gran desconcierto.

—Nunca se ha sentado una mujer en el trono —dijo Brom, muy nervioso.

—Y menos una joven —añadió Kolk.

—Si le ofreciéramos la corona a una joven, seguro que los nobles se rebelarían y competirían entre sí para arrebatarle el poder —dijo Kelvin—. Esto nos colocaría en una situación delicada.

—Eso por no hablar de los McCloud —añadió Bradaigh—. Nos atacarían, nos pondrían a prueba.

Aberthol levantó despacio la mano y todo el mundo guardó silencio. Sentado con la cabeza gacha y la palma de la mano en el aire, mirando al suelo, parecía un viejo árbol enraizado en la tierra.

—No nos corresponde adivinar los deseos del rey. Este no es el problema —dijo—. Centrémonos en la ley. Desde un punto de vista legal, la elección de heredero —ciertamente inusual— de nuestro monarca no llegó a ratificarse. Y sin ratificación, no es de obligado cumplimiento.

—Se habría ratificado en el siguiente consejo —protestó Kendrick.

—Tal vez —respondió Aberthol—, pero por desgracia el rey no vivió para celebrarlo, de modo que no tenemos constancia escrita de lo que dijo, y por lo tanto ninguna ratificación que convierta su deseo en ley.

—¡Pero hay testigos! —gritó Kendrick impaciente.

—¡Es cierto! —exclamó Reese—. ¡Yo estaba presente!

—¡También yo! —corroboró Godfrey.

Todos miraban a Gareth, que no abrió la boca, aunque estaba furioso. Sus sueños de ocupar el trono parecían desmoronarse. Todos sus hermanos estaban contra él. A Gareth le parecieron más odiosos que nunca.

—Me temo que los testigos tienen poca importancia cuando se trata de un asunto tan importante como la sucesión del trono —dijo Aberthol—. Los decretos oficiales tienen que estar ratificados por el consejo, es un paso indispensable para que se hagan efectivos. Esto significa que sigue vigente la ley que ha regido siempre con los reyes MacGil: el trono lo hereda el primogénito. Lo siento, Gwendolyn.

Kendrick se volvió hacia la reina.

—¡Madre! Tú conoces los deseos de nuestro padre. ¡Diles algo! —

suplicó—. ¡Haz algo!

Pero la reina se limitó a seguir sentada con las manos unidas sobre el regazo y la mirada perdida, en un estado catatónico. Tras esperar en vano una respuesta, Kendrick se volvió hacia el consejo.

—¡Es injusto! —gritó—. Esté o no ratificado, era el deseo del rey, el deseo de nuestro padre. Vosotros le servíais, y deberíais respetar su deseo. No es Gareth quien debe reinar, sino Gwendolyn.

—Ya basta, hermano. Por favor. —Gwen intentó calmarle, poniéndole una mano sobre la muñeca.

—¿Quién dice que no debo reinar? —gritó Gareth, incapaz de contenerse por más tiempo—. Soy el primogénito, después de todo. No como tú —le dijo a Kendrick.

Lamentó de inmediato su acceso de rabia. Era preferible mantener la boca cerrada y simular que no le interesaba el trono, pero no había podido contenerse. Por la expresión de Kendrick, comprendió que se sentía herido. Esto le alegró.

—Solo puedo decir que la ley es la ley —dijo Aberthol lentamente—. Lo siento. De acuerdo con la vieja ley del Anillo, proclamo a Gareth, hijo de MacGil, como el octavo monarca MacGil del Reino Oeste del Anillo. ¿Habéis oído mi proclamación, oh, vosotros, aquí reunidos?

—¡Te hemos oído! —fue la respuesta.

La ceremonia se cerró golpeando un bastón de metal contra el suelo. El sonido reverberó en la sala de punta a punta. Gareth estaba exultante. Una vibración le recorrió el cuerpo, un sonido que le convertía en rey.

No podía creerlo.

Se había convertido en rey.

Capítulo nueve

EL rey McCloud cabalgaba al frente de un pequeño contingente militar. Iba vestido para la batalla, ostentando la vistosa armadura de los McCloud. Era un hombre alto y de poderosas espaldas, fornido pero sin un gramo de grasa, y su nariz ancha y aplastada portaba las marcas de muchas batallas. Su mandíbula cuadrada estaba rematada por una corta barba rojiza, sembrada de canas. Ya había cumplido cincuenta años y no tenía miedo de nada. Se decía que era el más agresivo y brutal del linaje de los McCloud, y se enorgullecía de ello.

Siempre había sacado el mayor partido de lo que la vida podía ofrecerle, y cuando la vida no se lo ofrecía, él lo tomaba de todas formas. De hecho, le gustaba más tomar por la fuerza que recibir. Al rey McCloud le encantaba hacer daño a los demás, y disfrutaba dirigiendo su reino con mano de hierro, sin ningún tipo de compasión. Mantenía una disciplina tan férrea entre sus soldados como no se había mantenido nunca. Y funcionaba. Sus hombres le seguían en perfecto orden; a ninguno se le ocurriría replicarle o mover un dedo sin su permiso. Esto incluía a su hijo, el príncipe, que le seguía a corta distancia, y a la decena de arqueros, los mejores del reino, que iban detrás.

Llevaban todo el día a caballo, sin descansar ni un momento. A primera hora de la mañana atravesaron el Paso Oeste del Cañón. Siempre en guardia, para no caer en una emboscada, siguieron hacia el este y atravesaron al galope las polvorientas llanuras del Nevari.

Por fin, cubiertos de polvo, atisbaron en el horizonte el Mar Ambrek y pudieron oler la brisa marina. Con el galope de los caballos resonando en sus oídos, vieron las sombras rosa y turquesa que arrojaba el segundo sol en el horizonte. Era una fresca tarde de verano. El rey McCloud sintió la caricia del viento en la cara y deseó llegar cuanto antes al borde del mar. Hacía muchos años que no veía el océano. Era demasiado arriesgado llegar hasta aquí: tenían que atravesar el Cañón y cabalgar un buen trecho por territorio desprotegido. Por supuesto, los McCloud tenían su propia flota de barcos en este lado del Anillo, lo mismo que los MacGil al otro lado, pero siempre era arriesgado aventurarse más allá del escudo de energía del Cañón. De vez en cuando el Imperio capturaba uno de sus barcos y pedía un rescate. Era inevitable. El Imperio los superaba ampliamente en número de hombres. Pero McCloud nunca pagaba rescate y estaba orgulloso de ello. Se negaba a ceder; prefería

sacrificar a sus hombres.

En esta ocasión, sin embargo, el Imperio liberó a la tripulación capturada y devolvió el barco con un mensaje: querían un encuentro con McCloud. El rey suponía lo que querían: atravesar el Cañón, invadir el Anillo. Estaba seguro de que le pedirían una alianza para derrotar a los MacGil. Hacía años que el Imperio intentaba convencer a los McCloud para atravesar el Cañón. Querían entrar en el Anillo y dominar el único territorio del planeta que todavía se les resistía. A cambio, le prometían una participación en el poder.

La pregunta que inquietaba a McCloud era: ¿qué beneficio podría extraer del acuerdo? ¿Cuánto estaría dispuesto a darle el Imperio? Durante años, había rechazado las propuestas del Imperio, pero ahora la situación era otra: los MacGil se habían vuelto demasiado poderosos. McCloud empezaba a comprender que no podría controlar el Anillo sin ayuda.

Ya estaban cerca de la costa. McCloud volvió la cabeza para echar un vistazo a su hijo, que lo seguía a caballo con su nueva esposa, la hija de MacGil. ¡Qué tonto había sido el monarca al entregarle a su hija! ¿De verdad creía que esto contribuiría a la paz entre los dos reinos? ¿Lo consideraba tan bobo, tan blando? Por supuesto, había aceptado a la novia: era una propiedad que podría servir como moneda de cambio, lo mismo que unas cabezas de ganado. Pero en absoluto era un paso hacia un acuerdo de paz. Todo lo contrario; si acaso, la boda animó a McCloud a mostrarse más audaz. Después de entrar en la Corte del Rey y ver tanta riqueza, ardía en deseos de hacerse con todo el Anillo. Lo quería todo.

Llegaron a la playa. Los cascos de los caballos se hundían en la arena y la neblina que surgía del mar les refrescó la cara. El rey McCloud estaba contento de haber llegado por fin a la playa que llevaba tantos años sin pisar. Sus obligaciones le dejaban poco tiempo libre, y de vez en cuando tenía la tentación de dejarlo todo.

Las negras siluetas de los barcos del Imperio se balanceaban sobre las olas. Hacían ondear una bandera amarilla con un escudo negro rematado por dos cuernos en el centro. El barco más cercano estaba a menos de un kilómetro de la orilla. Estaba anclado, esperándoles. Pero le acompañaban unos veinte barcos más. McCloud se preguntó si era una demostración de fuerza, o tal vez una emboscada. No había modo de saberlo, tendría que correr el riesgo. Después de todo, si lo que querían era atravesar el Cañón, no les serviría de nada matarle. Por su parte, iba acompañado de un pequeño grupo de hombres porque creía que así ofrecería una sensación de seguridad. De todas formas,

eran sus mejores arqueros y llevaban flechas envenenadas, por si acaso.

Al llegar a la orilla, McCloud desmontó y sus hombres le imitaron. Los caballos resoplaban de cansancio. Los representantes del Imperio estaban atentos a su llegada y rápidamente hicieron descender una barca por un costado del barco. A bordo iban por lo menos una docena de hombres.

A McCloud le dio un vuelco el estómago. Detestaba tener que parlamentar con esos salvajes, unos seres que no dudarían en traicionarle; a la más mínima ocasión, romperían el escudo protector y se harían con las dos partes del Anillo.

Los hombres de McCloud se arremolinaron en torno a su señor.

—A la mínima señal de conflicto, prended fuego a las flechas y disparadlas. Apuntad a las velas. Con unas cuantas flechas cada uno podéis hacer que arda toda la flota.

—Sí, nuestro señor —dijeron todos a coro.

Junto al rey estaba su hijo Devon, acompañado de su nueva esposa, la hija de los MacGil, que contemplaba inquieta el mar. El monarca había tenido la idea de traerla para dejarle bien claro que ahora era propiedad de los McCloud. Quería que tuviera miedo, que supiera que solo podía contar con ellos, que su padre y su reino quedaban muy lejos y nunca volvería a verlos.

La maniobra había dado resultado, porque la princesa estaba pegada a su marido, paralizada de miedo. Y el tonto de Devon, que no entendía nada, disfrutaba de ello. Para disgusto de McCloud, incluso parecía enamorado de su mujer.

Devon se acercó a su padre.

—¿Qué pueden querer de nosotros?

—No seas tonto. Quieren que abramos las puertas del Cañón. ¿Qué otra cosa iban a querer?

—¿Y vas a hacerlo? ¿Vas a pactar con ellos, padre?

McCloud volvió la cabeza hacia su hijo y le miró con tanta furia que el joven apartó la mirada.

—Nunca le cuento a nadie mis intenciones. Ya sabrás lo que pienso hacer cuando lo haga. Mientras tanto, observa y aprende.

Aguardaron en silencio a que la barca del Imperio llegara a la orilla. Debido a las extrañas corrientes del Mar Ambrek, las olas rompían mar adentro, formando una cordillera de agua a varios metros de la orilla, y los ocupantes de la barca tuvieron que remar duramente para sobrepasarlas. McCloud se sintió aliviado de no tener que remar. Había tenido que hacerlo en

su juventud y recordaba lo duro que era.

De repente oyeron un caballo que se acercaba al galope. Era extraño, porque se suponía que no había nadie en kilómetros a la redonda. El rey se puso en guardia, y sus hombres sacaron los arcos y las flechas, preparándose para un ataque. Era lo que McCloud tanto temía: ¿y si habían caído en una trampa?

Sin embargo, no se veía más que un jinete cabalgando por la llanura, envuelto en una nube de polvo. No se divisaba ningún ejército en el horizonte. Además, el jinete llevaba el uniforme de los mensajeros de McCloud: de color naranja, con rayas azules sobre el pecho. Para llegar hasta ellos en este lugar desolado tenía que haberlos seguido. McCloud se preguntó qué podía ser tan importante como para que le enviaran un mensajero.

El mensajero desmontó cuando el caballo ni siquiera se había detenido. Estaba sin aliento y jadeaba. Se acercó a McCloud, hincó la rodilla en tierra y agachó la cabeza.

—Mi señor, os traigo noticias del reino —dijo, entre bocanadas de aire.

—¿De qué se trata? —preguntó impaciente McCloud.

Volvió un momento la cabeza hacia la barca del Imperio, cada vez más cerca de la orilla. ¿Por qué tenía que llegar un mensajero precisamente ahora, cuando necesitaba estar en guardia frente al Imperio?

—Rápido, dime lo que tengas que decir —gritó.

El mensajero se levantó, todavía jadeante.

—Mi señor, el rey MacGil ha muerto.

Todos contuvieron el aliento. El monarca ahogó un grito.

—¿Ha muerto? —Parecía imposible. Acababa de verlo en perfecto estado: un rey en el pináculo de su poder.

—Lo han asesinado —dijo el mensajero—. Lo han apuñalado en sus aposentos.

Se oyó un grito de horror. McCloud volvió la cabeza. La hija de MacGil gritaba y agitaba los brazos como una histérica.

—¡NO! ¡Mi padre!

La princesa chillaba y se agitaba, y Devon la cogía de los brazos para calmarla, pero era en vano.

—¡Déjame, tengo que volver a casa ahora mismo! ¡Quiero ver a mi padre!

—Está muerto —le dijo Devon.

—¡Nooooo!

El rey McCloud no podía permitir que el Imperio viera a la esposa de su hijo fuera de control. Y tampoco quería darles la noticia de la muerte del monarca. Para hacerla callar, se acercó a la princesa y de un puñetazo en la cara la dejó inconsciente. Devon cogió a su esposa desmayada en los brazos para que no cayera al suelo, y miró horrorizado a su padre.

—¿Por qué has hecho esto? ¡Es mi esposa! —gritó con indignación.

—Es de mi propiedad —le corrigió el rey. Y castigó a su hijo con una intensa mirada de furia.

McCloud se dirigió al mensajero.

—¿Estás seguro de que MacGil ha muerto?

—Totalmente, señor. El reino del otro lado del Anillo está de luto. Esta misma mañana se han celebrado los funerales. Incluso han nombrado a un nuevo rey. Su nombre es Gareth.

Perfecto, pensó McCloud. Gareth era el más débil de los hermanos, el peor dotado para reinar. No podía pedirse nada mejor. Asintió lentamente mientras se acariciaba la barba. Podía decirse que las noticias llegaban en el mejor momento. Su eterno rival, MacGil, había muerto asesinado. Increíble. ¿Quién habría sido el asesino? Le gustaría darle las gracias, y solo lamentaba que no se le hubiera ocurrido antes a él. Llevaba años intentando infiltrar un asesino en la corte de los MacGil, pero sin ningún éxito. Y ahora resultaba que los propios hombres de MacGil conseguían lo que él no había logrado.

Esto lo cambiaba todo.

Dio unos pasos en dirección a la orilla y observó cómo se acercaba la barca del Imperio a lomos de las olas. Ya estaba a menos de treinta metros de la orilla. McCloud se alejó unos pasos del grupo y esperó pensativo, con las manos en las caderas. Estas noticias lo cambiaban todo con respecto a su encuentro con el Imperio. Ahora los MacGil eran mucho más vulnerables: el rey había muerto y su hijo más débil ocupaba el trono. Tenía la ocasión ideal para atacarles, y ya no necesitaba la ayuda del Imperio.

La barca llegó a la orilla. McCloud volvió a acercarse a sus hombres. A bordo iban una decena de salvajes del Imperio vestidos con los taparrabos rojo brillante de las Tierras Agrestes. Habían tenido que remar duramente para alcanzar la orilla. Cuando se pusieron de pie, McCloud pudo comprobar lo imponentes que eran. McCloud era alto y robusto, pero aquellos salvajes le sacaban una cabeza por lo menos; tenían las espaldas más anchas y unos músculos poderosos que se marcaban bajo la piel rojiza. Sus rostros, de mandíbulas cuadradas, ojos muy separados y unos hocicos triangulares en

lugar de nariz, les hacían semejantes a animales, y a esto contribuía también que tuvieran labios finos, por donde asomaban largos colmillos, y unos cuernos curvos y amarillentos en lo alto de la testa. McCloud tuvo que admitir que tenía miedo. Eran auténticos monstruos.

Su líder, Andronicus, era el más alto, casi el doble que McCloud. Esbozó una sonrisa malvada, mostrando sus afilados dientes, y sus ojos amarillos brillaron de astucia. Saltó de la barca y en dos zancadas llegó a la orilla. Sus manos, como las de todos los suyos, acababan en tres afiladas zarpas, y con ellas acariciaba el brillante collar dorado que llevaba al cuello, del que colgaban las cabezas reducidas de sus enemigos.

En cuanto el líder llegó a la orilla, los salvajes se arremolinaron a su alrededor, formando una media luna.

McCloud había oído historias de Andronicus, sobre su crueldad y su barbarie. Sabía que ejercía un férreo control sobre todas las provincias del Imperio, excepto el Anillo. Nunca había creído que fuera tan imponente... hasta ahora. Por primera vez en mucho tiempo, McCloud se sentía en peligro, aunque estuviera rodeado de sus hombres. Ahora se arrepentía de haber aceptado el encuentro.

Andronicus avanzó unos pasos y abrió los brazos con las palmas hacia arriba, exhibiendo las brillantes zarpas. Sonrió ampliamente y emitió un sonido gutural, un gruñido que brotaba de lo más profundo del pecho.

—Saludos —dijo con una voz inmensamente profunda—. Os hemos traído un regalo de las Tierras Agrestes.

A un gesto suyo, uno de sus hombres se adelantó llevando en las manos un cofre engastado con piedras preciosas que destellaban a la luz del sol crepuscular. McCloud contempló el cofre, preguntándose qué podía ser.

El salvaje del Imperio abrió la tapa y le mostró el cofre abierto, que contenía la cabeza cortada de un hombre. McCloud la contempló horrorizado. Era la cabeza de un hombre de unos cincuenta años, con una espesa barba negra. Había una mirada de sorpresa en sus ojos abiertos, y de su garganta todavía goteaba sangre fresca.

McCloud miró a Andronicus, haciendo un esfuerzo por no parecer afectado.

—¿Es un regalo o una amenaza? —preguntó.

Andronicus sonrió.

—Ambas cosas —respondió—. En nuestro reino, es tradición regalar la cabeza cortada de un enemigo. Se dice que si bebes la sangre que brota de la

garganta, mientras está fresca, adquirirás la fuerza de varios hombres.

El salvaje le acercó el cofre, y McCloud tuvo que agarrar la cabeza por el pelo apelmazado de sangre y levantarla. La visión de la cabeza cortada le disgustaba profundamente, pero no quería dejarse amedrentar por aquellos salvajes. Lentamente, entregó la cabeza a uno de sus hombres y no la volvió a mirar.

—Gracias —dijo.

La sonrisa de Andronicus se hizo más amplia. McCloud tenía la desagradable sensación de que el salvaje leía sus pensamientos. Se sintió muy expuesto.

—¿Sabéis por qué hemos convocado este encuentro? —preguntó Andronicus.

—Me lo puedo imaginar —respondió McCloud—. Necesitáis nuestra ayuda para entrar en el Anillo, para atravesar el Cañón.

Andronicus asintió con ojos brillantes de avidez.

—Eso es lo que deseamos. Y sabemos que nos lo podéis proporcionar.

—¿Por qué no habéis acudido a los MacGil? —Era una pregunta que reconcomía a McCloud—. ¿Por qué a nosotros?

—Ellos son más cerrados. No son como vosotros.

—¿Y por qué pensáis que somos distintos? —McCloud quería ponerlo a prueba, averiguar cuánto sabía.

—Mis espías dicen que vosotros y los MacGil no os lleváis bien. Vosotros queréis controlar el Anillo, pero sabéis que no es posible. Si de verdad lo queréis, necesitáis un aliado poderoso que os ayude. Por eso nos dejaréis entrar en el Anillo. Y nosotros os ayudaremos a haceros con la otra mitad.

Los brillantes ojos amarillos de Andronicus eran inescrutables. Por más que los examinaba, McCloud seguía sin saber lo que pensaba.

—¿Y qué ganáis vosotros con esto? —preguntó.

Andronicus sonrió.

—Por supuesto, si os prestamos ayuda, el Anillo pasará a formar parte del Imperio. Seréis uno de nuestros territorios. Tendréis que responder ante mí, pero podréis llevar vuestro reino de la manera que os plazca. Os podréis quedar con el botín. Los dos salimos ganando.

McCloud miró pensativo a Andronicus mientras se frotaba la barba.

—Pero si puedo quedarme con el botín y puedo llevar mi reino como me venga en gana, ¿qué ganáis?

Andronicus sonrió.

—El Anillo es el único territorio del planeta que no controlo. Y no me gustan las cosas que están fuera de mi control. —Su sonrisa se transformó en una mueca que permitió a McCloud entrever su fiereza—. Es un mal ejemplo para los demás reinos.

El sol estaba bajo en el horizonte y se oía el romper de las olas. McCloud seguía pensativo. Andronicus le había dado las respuestas que esperaba, pero todavía no había hecho la pregunta que más le importaba.

—¿Y cómo sé que podemos confiar en vosotros?

Andronicus sonrió ampliamente.

—No lo podéis saber —dijo.

La sinceridad de la respuesta sorprendió a McCloud. Y paradójicamente le hizo confiar más en él.

—Yo tampoco sé si podemos confiar en vosotros —dijo Andronicus—. Una vez que entremos en el Anillo, nuestro ejército será vulnerable. Podríais prepararnos una emboscada, o sellar el Anillo con nosotros dentro. Tendremos que confiar el uno en el otro.

—Tenéis más hombres que yo —respondió McCloud.

—Pero cada vida es preciosa —dijo Andronicus.

Ahora McCloud tuvo la certeza de que le estaba mintiendo. ¿Esperaba que se lo creyera? Andronicus disponía de millones de soldados, y se decía que había sacrificado a ejércitos enteros para conquistar un pequeño pedazo de tierra, solo para demostrar algo. ¿Haría lo mismo para traicionarle? ¿Permitiría que McCloud controlara el Anillo para darle muerte cuando menos se lo esperaba?

McCloud reflexionó. Hasta hoy había estado dispuesto a correr el riesgo: después de todo, si acababa con los MacGil podía conquistar el Anillo. Y también podría ser el primero en traicionar al Imperio: primero los utilizaría para conquistar el Anillo y luego, cuando los salvajes estuvieran dentro, sellaría el Anillo para que no pudieran salir.

Pero ahora que MacGil había muerto y Gareth era el nuevo rey, McCloud tenía otros planes. A lo mejor ya no necesitaba al Imperio. Ojalá hubiera recibido antes la noticia. Pero tampoco quería darles una negativa rotunda a los salvajes del Imperio. Tal vez le serían útiles más adelante. Tenía que ganar tiempo con ellos para pensar en una nueva estrategia.

Mientras el cielo se teñía de color púrpura, el rey seguía acariciándose la barba, meditando una respuesta.

—Os agradezco la oferta. La meditaré seriamente.

Andronicus se acercó a MacCloud con gesto amenazador. El rey olió su apestoso aliento y se preguntó si lo había ofendido. Quería llevarse la mano a la espada, pero estaba demasiado nervioso. No le cabía duda de que aquel salvaje podía hacerle trizas.

—No penséis demasiado —advirtió Andronicus, ya sin una sombra de sonrisa—. No me gustan los hombres que se toman demasiado tiempo para pensar. Mi oferta no durará mucho. Si no nos dejáis entrar, encontraremos la manera de abrirnos paso. Y entonces os aplastaremos. No os olvidéis de incluir este punto en vuestras reflexiones.

McCloud enrojeció de furia. Nadie le hablaba de esta manera.

—¿Es una amenaza? —Quería parecer tranquilo, pero la voz le temblaba.

Del pecho de Andronicus brotó un sonido profundo y burbujeante. Al principio McCloud pensó que era un acceso de tos, pero luego se dio cuenta de que era una carcajada.

—Yo nunca amenazo —dijo el salvaje—. No tardaréis en daros cuenta de ello.

Capítulo diez

THOR regresó apesadumbrado a los barracones de la Legión. Andaba lentamente, con la cabeza baja, dando patadas a los guijarros del camino. *Krohn* iba a su lado, y *Estopheles* le seguía desde lo alto, volando en círculos.

El dolor del funeral y la conversación con Gwen le habían dejado desanimado y sin fuerzas, como si una parte de sí mismo hubiera quedado enterrada con MacGil. El rey lo había acogido bajo su protección, le había regalado a *Estopheles*; Thor no había conocido otra figura paternal. Y sin embargo, le había fallado; no había logrado evitar que muriera. El tañido de las campanas parecía anunciar a todos los vientos su fracaso.

Y para colmo, su desastroso encuentro con Gwen. Ahora la princesa le detestaba. Thor no había podido convencerla de su inocencia. Es más, en la conversación quedó patente lo que pensaba de él: que no estaba a su altura. Resultaba que Alton tenía razón: Gwen no quería saber nada de un plebeyo, y esto a Thor le rompía el corazón. Primero había perdido al rey, y después a la joven de la que se había enamorado.

La Legión era lo único que le quedaba. No le importaba su pueblo, su padre ni sus hermanos..., pero la idea de perder a la Legión, a Reese y a *Krohn* le resultaba insoportable. El leopardo gruñó para indicarle que ya llegaban a los barracones, que tenían la bandera a media asta. Desde lejos se adivinaba que los muchachos estaban abatidos. Era un día de duelo. El rey, su líder, había sido asesinado, y lo peor era que no se sabía por quién ni con qué fin. Todos esperaban órdenes. ¿Qué pasaría con el ejército? ¿Qué pasaría con la Legión?

Thor pasó bajo la enorme puerta de piedra y entró en el recinto. Se preguntó qué pensarían de él aquellos chicos que lo miraban con tristeza. A estas alturas, ya se habría extendido la noticia de que lo habían metido en el calabozo por intentar envenenar al rey. ¿Sabrían que se había demostrado su inocencia, o sospecharían de él? ¿O acaso pensarían que era un héroe por tratar de salvar al rey? No pudo adivinarlo por la expresión de sus rostros, pero palpó la tensión en el ambiente y dedujo que habían estado hablando de él.

Al entrar en los barracones vio que muchos de los reclutas estaban metiendo su ropa y sus pertenencias en petates de lona, como si se dispusieran

a partir de viaje. ¿Se disolvía la Legión? Thor se asustó al pensarlo.

—Por fin estás aquí —dijo una voz conocida.

O'Connor le contemplaba con una amable sonrisa en su rostro pecoso, enmarcado por una orla de pelo rojo. Se acercó a Thor y le dio un apretón en el brazo.

—Tengo la sensación de que hace mucho que no te veo. ¿Estás bien? Me dijeron que te habían metido en chirona. ¿Qué ocurrió?

—¡Eh, mirad! ¡Es Thor! —gritó una voz.

Elden corrió a abrazarlo lleno de alegría. A Thor le seguía sorprendiendo lo mucho que había cambiado Elden desde que le salvó la vida al otro lado del Cañón. No podía reconocer en él al chico hostil del principio.

Los gemelos, Conval y Conven, también se acercaron a saludarle.

—Me alegro de que estés de vuelta —le dijo Conven, abrazándole.

—Yo también me alegro —dijo Conval.

Era un alivio ver que ninguno de sus amigos dudaba de su inocencia.

—Estuve en el calabozo, es cierto —dijo, respondiendo a la pregunta de O'Connor—. Al principio sospechaban que había tenido algo que ver con el intento de envenenar al rey. Pero cuando lo asesinaron, comprendieron que yo era inocente.

—Entonces, ¿te dejaron libre? —preguntó O'Connor.

Thor no sabía cómo responder.

—No exactamente. En realidad me escapé.

Sus amigos lo miraron asombrados.

—¿Te escapaste? —preguntó Elden.

—Una vez que estuve fuera, Reese me ayudó y me llevó hasta el rey.

—¿Quieres decir que viste al rey antes de morir? —Conval estaba asombrado.

Thor asintió con la cabeza.

—MacGil sabía que yo era inocente.

—¿Qué te dijo? —quiso saber O'Connor.

Thor titubeó. Le resultaba incómodo repetir las palabras del monarca sobre su destino, sobre que era especial. Sonaría jactancioso, y no quería provocar envidias ni parecer un loco delirante. Decidió omitir esa parte de la conversación y contar solo el final.

—El rey me dijo: «Debes vengar mi muerte».

Sus amigos bajaron la mirada entristecidos.

—¿Tienes idea de quién ha sido? —preguntó O'Connor.

Thor negó con la cabeza.

—Sé tan poco como vosotros.

—Me gustaría atraparlo —dijo Conven.

—Lo mismo digo —añadió Elden.

—Pero no entiendo por qué están haciendo el equipaje —dijo Thor mirando alrededor—. ¿Se van de viaje?

—Nos vamos todos —dijo O'Connor—. Y tú también. —Cogió un petate y se lo arrojó a Thor. La saca de lona le dio en el pecho. Thor la cogió antes de que cayera al suelo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó asombrado.

—Mañana empieza la Prueba de los Cien Días —dijo Elden—. Nos preparamos para partir.

—¿Prueba de los Cien Días?

—Pero ¿es que no sabes nada? —preguntó Conval.

—Me parece que a este jovencito hay que explicárselo todo —dijo Conven, y le pasó el brazo sobre los hombros—. No te preocupes, amigo. En la Legión siempre hay mucho que aprender. La Prueba de los Cien Días es el sistema que tiene la Legión de convertirnos en curtidos guerreros. Es un rito de iniciación. Cada verano, nos envían a vivir cien días de durísimo entrenamiento. Algunos no regresan con vida. Los que regresan son recibidos con honores; se les hace entrega de armas y tienen derecho a un puesto permanente en la Legión.

Thor seguía sin entender totalmente.

—Pero ¿por qué hay que hacer el equipaje?

—La Prueba de los Cien Días no se lleva a cabo aquí —explicó Elden—. Nos hacen embarcar y nos llevan muy lejos. Viajaremos a través del Cañón y llegaremos a las Tierras Agrestes, y alcanzaremos el Mar Tartuvio y la Isla de la Niebla. Son cien días de infierno, temibles. Pero tenemos que pasar la prueba si queremos continuar en la Legión. Date prisa con tu equipaje, porque zarpamos mañana.

Thor contempló el petate con desconcierto. Tenía que reunir sus escasas pertenencias, atravesar el Cañón para internarse en las Tierras Agrestes, embarcar y pasar cien días en una isla con los miembros de la Legión. Era una aventura que le atraía y le aterraba a un tiempo. Nunca había estado a bordo de un barco, nunca había navegado. Le atraía la idea de aprender cosas nuevas, y esperaba hacerlo lo bastante bien como para que le dejaran participar.

—Antes de hacer el equipaje debes informar a tu señor —dijo Conven—.

Ahora que Erec no está, tu señor es Kendrick, ¿no?

Thor asintió.

—Así es. ¿Está aquí Kendrick?

—Estaba fuera, preparando su caballo —dijo Conven—. Tengo entendido que te buscaba.

Thor estaba emocionado con la Prueba de los Cien Días. Quería que le pidieran el máximo de lo que podía dar, poder demostrar que estaba a la altura de los demás. Y si conseguía volver —y estaba convencido de que volvería— se habría convertido en un guerrero fuerte y curtido.

—¿Estás seguro de que también puedo ir? —preguntó.

—Claro que sí —dijo O'Connor—. Salvo que tu señor te necesite aquí, por supuesto. Tiene que concederte permiso.

—Pregúntaselo, deprisa —dijo Elden—. Hay que hacer preparativos y llevas retraso. Los barcos no esperarán. Y el que no haga la prueba no podrá seguir en la Legión.

—Hace apenas una hora vi a Kendrick en la armería. Puedes probar allí —dijo O'Connor.

Thor no necesitó más para salir como un cohete en dirección a la armería, al otro lado del campo. *Krohn* lo seguía corriendo y rugiendo.

Encontró a Kendrick en la armería, contemplando muy concentrado las alabardas que colgaban de la pared. Thor lamentó interrumpir sus pensamientos. Cuando Kendrick volvió la cabeza hacia él, tenía los ojos rojos, como si hubiera llorado. Thor recordó entonces que fue Kendrick quien bajó el cadáver del rey al fondo del foso.

—Lamento interrumpiros, señor —dijo, jadeando tras su carrera a través del campo. Era un mal momento para interrumpir a su señor—. No quisiera molestar. Ahora mismo me marcho.

Pero Kendrick le detuvo.

—No. Quédate. Me gustaría hablar contigo.

Thor esperó a que su señor estuviera preparado para hablarle. Kendrick siguió en silencio largo rato, examinando las armas.

—Mi padre te tenía cariño —dijo al fin—. Apenas te conocía, pero te tenía auténtica simpatía.

—Gracias, señor. Yo también sentía cariño por vuestro padre.

—Ni la gente del pueblo ni la corte real me han considerado como verdadero hijo del rey. Simplemente porque soy hijo de otra madre.

Volvió la cabeza hacia Thor y le dirigió una mirada que mostraba

determinación.

—Se portó como un padre conmigo. Y soy tan hijo suyo como los demás. Llevo su sangre. No soy menos que mis hermanos porque no compartamos la misma madre.

Parecía hablar solo. Con ojos húmedos de lágrimas, alargó la mano y acarició la hoja de una de las armas colgadas en la pared.

—No llegué a conocerle bien —dijo Thor—. Pero por lo que pude ver, os quería y estaba orgulloso de vos. Os tenía tanto cariño como a cualquiera de sus otros hijos.

Kendrick asintió. En su rostro se leía el agradecimiento.

—Era un hombre bueno. Podía mostrarse duro, riguroso, pero era un buen hombre. Siempre actuó con justicia. Nuestro reino no será el mismo sin él.

—Me gustaría que pudierais ocupar el trono —dijo Thor—. Seríais el mejor rey.

Kendrick seguía mirando la hoja de la alabarda.

—Debo someterme a las leyes de nuestro reino, y no envidio a mi hermano Gareth. Según la ley, es él quien debe reinar. Pero me preocupa que no se haya respetado el deseo de mi padre, que quería que mi hermana ocupara el trono. No lo lamento por mí. No sé si Gareth será un buen rey. Pero así es la ley, y la ley no siempre es justa; es inflexible por naturaleza.

Volvió la mirada hacia Thor.

—¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Cuando Erec se marchó, me encargaron que fuera vuestro escudero, un gran honor para mí. No podría tener un señor mejor.

—Ah, Erec. —Kendrick miró a lo lejos con expresión ausente—. Nuestro mejor caballero. Ha partido para su Selección, ¿verdad? Me alegro de que seas mi escudero. Seguro que no será por mucho tiempo, porque Erec no tardará en volver. Nunca puede estar mucho tiempo lejos de la Corte del Rey.

El rostro de Kendrick se iluminó de repente. Acababa de comprender la situación.

—Ya entiendo, quieres pedirme permiso para marcharte a la Prueba de los Cien Días, ¿verdad?

—Así es, señor. Si os parece bien. En caso contrario, me quedaré para servirlos.

—No. Todos los miembros de la Legión tienen que pasar por esa prueba. Es un rito iniciático. Desde un punto de vista egoísta, preferiría que te quedaras, pero no te retendré. Ve, y volverás convertido en un guerrero más

curtido y en un mejor escudero.

Thor se sintió inmensamente agradecido. Estaba a punto de preguntarle a Kendrick qué le esperaba en la prueba cuando se abrió la puerta de la armería y se presentó Alton vestido con sus mejores ropas y flanqueado por dos guardias de la corte.

—¡Aquí está! —gritó, señalando con el dedo a Thor—. Es el que me pegó el otro día en el banquete. ¡Un plebeyo, nada menos! Osó pegar a un miembro de la familia real. Ha violado la ley. ¡Arrestadlo!

Los guardias se disponían a obedecer cuando Kendrick se adelantó y desenvainó la espada. El roce del acero resonó en la armería y los guardias se detuvieron en el acto. La espada de Kendrick les impedía el paso.

—Un paso más, y tendréis que véros las conmigo.

Su voz sonó profunda y amenazadora. Thor nunca le había oído hablar así. Los guardias debieron de pensar lo mismo, porque no se movieron.

—Yo soy un miembro de la familia real —puntualizó Kendrick—. Un miembro directo, lo que no es tu caso, Alton. Solo eres hijo de un primo lejano del rey. Los guardias me obedecerán a mí antes que a ti. Y Thor es mi escudero. Nadie va a tocarle un pelo de la cabeza, ni ahora ni nunca.

—¡Ha violado la ley! —gimoteó Alton, agitando los puños como un niño enrabiado—. ¡Un plebeyo no puede atacar a un miembro de la realeza!

Kendrick se limitó a sonreír.

—En este caso me alegro de que lo haya hecho. De hecho, yo mismo te habría pegado, de haber estado allí. No sé lo que hiciste, pero seguro que te lo merecías..., esto y mucho más.

Alton enrojeció de ira.

—Será mejor que les digas a tus guardias que se retiren. O si lo prefieres, acércate y te daré tu merecido. De hecho estoy deseoso de usar la espada.

Los dos guardias se miraron, y de mutuo acuerdo envainaron las espadas y salieron de la armería ante la mirada frustrada de Alton.

—Te sugiero que imites a los guardias, antes de que se me ocurra usar la espada.

En cuanto vio que Kendrick hacía ademán de acercarse, Alton salió corriendo.

El caballero enfundó el arma con una sonrisa. Thor se sintió aliviado y agradecido. Una vez más, estaba en deuda con Kendrick.

—No sé cómo daros las gracias —dijo.

—Ya lo has hecho. —Kendrick le puso la mano en el hombro—. Ver la cara que ha puesto ese bufón me ha alegrado el día.

Kendrick estalló en carcajadas y Thor se le unió.

—Mi padre no tomaba a nadie bajo su protección a la ligera. Vio en ti algo especial, y yo lo veo también. Participa en la Prueba de los Cien Días y hazlo lo mejor que puedas. Te convertirás en el guerrero que veo en ti.

Más tarde, cuando el segundo sol estaba bajo en el horizonte y teñía el cielo de maravillosos tonos púrpuras y anaranjados, Thor llevó a *Krohn* a pasear por los campos que circundaban el recinto de la Legión. Quería darle a su leopardo la oportunidad de correr y de jugar, de cazar animales para la cena. *Krohn* gemía de contento y portaba orgulloso en la boca el Ursutuay que acababa de cazar, un animal del tamaño de un conejo, con tres cabezas y un pelaje color púrpura.

Krohn había crecido mucho. Tenía casi el doble del tamaño que cuando Thor lo encontró, y cada vez necesitaba moverse más. También se había vuelto juguetón; quería que Thor lo persiguiera, y le mordisqueaba los tobillos para azuzarlo. No le dejaba en paz hasta que Thor accedía a correr tras él. Entonces el leopardo salía corriendo encantado, y no paraba hasta que su amo se cansaba de perseguirlo.

Los días eran largos en esta estación, y Thor sintió la necesidad de salir de los barracones, donde reinaba un ambiente de nerviosismo por el viaje y de tristeza por la muerte del rey. Se enfrentaban a un momento de grandes cambios, todos estaban tensos. Thor ya había hecho el equipaje y esperaba el momento de abandonar el Anillo. No les habían dicho exactamente cuándo partirían, solo que sería en un día o dos.

Necesitaba un momento a solas antes de partir. Quería ordenar los pensamientos que bullían en su cabeza desde la muerte del rey y el encuentro con Gwendolyn. Se preguntó también dónde estaría Erec y si volvería. Desde luego, todo en la vida era pasajero: parecía permanente, pero no lo era. Esto le hacía sentirse a un tiempo más vivo y menos vivo.

—Nada es lo que parece —dijo de repente una voz.

Thor se giró en redondo. Allí estaba Argon con su túnica escarlata y un bastón en la mano, la mirada perdida en el amplio horizonte. Como siempre, Thor se preguntó cómo conseguía Argon aparecer tan súbitamente. Verlo allí le producía emoción y temor al mismo tiempo.

—Después del funeral os estuve buscando —dijo Thor—. Tengo que haceros muchas preguntas. No os encontré.

—No siempre deseo que me encuentren —dijo Argon, con un intenso brillo en sus ojos azules.

Thor se preguntaba cuánto sería capaz de ver el druida. ¿Podía vislumbrar el futuro? Y si lo veía, ¿le contaría algo?

—Mañana partimos para la Prueba de los Cien Días.

—Lo sé —dijo Argon.

—¿Regresaré con vida?

Argon apartó la mirada.

—¿Seguiré en la Legión? ¿Pasaré esta prueba? ¿Me convertiré en un gran guerrero?

Argon le miró con cara inescrutable.

—Demasiadas preguntas —dijo, apartando la mirada.

Estaba claro que no iba a responder.

—Si te dijera lo que te espera, afectaría a tus decisiones —dijo Argon—. Trazas el futuro con cada decisión que tomas.

—Pero en mi sueño vi el futuro de MacGil. Vi que iba a morir y no logré evitarlo. ¿De qué sirvió que lo viera? Preferiría no haber visto nada.

—¿En serio? Pero que tú lo supieras afectó al destino. Iban a envenenarlo. Eso lo evitaste.

Thor se quedó perplejo. No lo había pensado.

—De todas formas, lo mataron.

—No con veneno, sino con un puñal. Y no sabes qué efecto puede tener este pequeño cambio en el destino del reino.

Thor se quedó pensativo. La cabeza le daba vueltas. No acababa de entender a dónde quería llegar Argon. Había muchas cosas que no entendía.

—El rey quiso verme antes de morir —dijo—. ¿Por qué a mí, precisamente? ¿Qué quiso decir cuando me habló de mi madre, o de que me esperaba un alto destino? ¿Eran solo delirios?

—En el fondo sabes que no eran delirios —dijo Argon.

—¿Es cierto, entonces? ¿Tendré un destino más alto que el suyo? No veo cómo es posible. Él era el rey, y yo no soy nadie.

—¿Y quién eres, entonces? —replicó Argon. Dio unos pasos hacia Thor y le miró fijamente.

Krohn gimoteó y salió corriendo. Thor sintió un escalofrío, como si la mirada de Argon le atravesara de parte a parte.

—Dios no escoge a los arrogantes, sino a los humildes. A los que parecen menos probables, a los que nadie hacía caso. ¿No lo has pensado? Tus

años trabajando en la granja y pastoreando las ovejas de tu padre son la mejor base para el guerrero, el auténtico guerrero. La humildad. La reflexión. Así se forja un guerrero. ¿Nunca pensaste que estabas llamado a algo más grande? ¿No sentías que tu destino estaba en otro lugar?

Thor se quedó pensativo. Lo cierto era que sí que había tenido esa sensación.

—Sentía que... tal vez estaba llamado a tareas más grandes.

—Y ahora que llega el momento, no te lo crees —dijo Argon.

—¿Por qué yo? ¿Cuáles son mis poderes? ¿Cuál es mi destino? No sé de dónde provengo, ni quién era mi madre. No sé por qué todo tiene que ser tan misterioso en mi vida.

Argon movió la cabeza con gesto comprensivo.

—Un día tendrás las respuestas, pero antes debes aprender, convertirte en quien realmente eres. Posees grandes poderes, pero no sabes utilizarlos. El caudal que fluye por tu interior no asoma todavía a la superficie. Debes ayudar a que mane como un manantial. En estos cien días aprenderás mucho, y no olvides que es solo el principio.

Thor se preguntó cuántas cosas estaría viendo Argon. Había muchas cosas que quería decirle, cosas que nadie más entendería.

—Me siento culpable de estar vivo. El rey está muerto y yo sigo con vida. Su muerte pesa sobre mis hombros. Me duele.

Argon le miró fijamente.

—Un rey muere y otro le sucede. Es ley de vida. Un trono no puede quedar vacío. Los reyes se suceden uno tras otro en el Anillo. Todo lo que nos parece permanente no es más que un fluir. Y nada ni nadie —ni tú ni yo— puede detener la corriente. Es un desfile de marionetas, un desfile de reyes.

Argon suspiró y se quedó con la mirada perdida en el horizonte.

—Los designios del universo son inescrutables —siguió diciendo—. Resulta doloroso seguir adelante, pero debemos hacerlo. No tenemos otra opción. Y recuerda que un día te reunirás con MacGil. —Al decir esto le dirigió a Thor una sonrisa que daba miedo—. Tu tiempo aquí es breve. No permitas que tu vida se cargue de culpa y de miedo. Vive plenamente cada momento, ¿comprendes? Lo mejor que puedes hacer por MacGil es vivir plenamente. ¿Me has entendido?

Agarró a Thor por los hombros con unas manos que quemaban como brasas. Sus ojos parecían atravesarlo. Thor tuvo que apartar la mirada y levantar las manos para protegerse los ojos. De repente sintió que estaba solo,

y cuando volvió a abrir los ojos, Argon se había evaporado.

Miró en todas direcciones, pero no vio nada más que el cielo y las llanuras barridas por el viento.

La noche era fresca. Thor y los chicos de la Legión estaban sentados alrededor de una hoguera, contemplando las llamas que crepitaban alegremente. Thor apoyó los codos en el suelo y echó la cabeza hacia atrás para admirar el cielo donde titilaban millones de estrellas rojizas y anaranjadas. Como en otras ocasiones, se preguntó si habría otros mundos allá lejos, otros planetas que no estuvieran divididos por un cañón, mares que no estuvieran guardados por dragones, reinos que no estuvieran enfrentados. Se preguntó por la suerte y por el destino.

Oyó crepitar el fuego y miró a sus compañeros alrededor de la hoguera. Contemplaban las llamas con rostro sombrío, cogiéndose las rodillas con las manos. Algunos asaban trozos de carne ensartados en un palo.

—¿Quieres un poco? —preguntó una voz.

Era Reese, sentado junto a Thor. Sujetaba un palo envuelto en una sustancia blanca y viscosa. Los demás chicos hacían lo mismo. Thor tocó la masa pegajosa con el dedo.

—¿Qué es?

—Es savia del Árbol del Sello. Hay que tostarla al fuego hasta que se pone púrpura. Está deliciosa. Será el último bocado sabroso que comas en mucho tiempo.

Los demás también acercaban al fuego sus palos envueltos en la pegajosa savia, que chisporroteaba. Thor acercó su palo a las llamas. La savia burbujeara y cambiaba de un color a otro hasta tornarse de color púrpura. Estaba deliciosa; dulce y pegajosa. Thor se la zampó toda.

Al otro lado tenía sentados a Elden, O'Connor y los gemelos, charlando tranquilamente. Thor echó un vistazo al corro de jóvenes de la Legión alrededor de la hoguera. Eran alrededor de un centenar, entre catorce y diecinueve años, y estaba claro que se habían agrupado de forma espontánea por edades. Los de diecinueve años no miraban siquiera a los de catorce. A Thor le parecieron muy mayores, casi adultos, incluso demasiado mayores para estar en la Legión.

—¿También vienen? —le preguntó a Reese. No hacía falta que añadiera nada más. Todos estaban pensando en los cien días de prueba que les aguardaban. Nadie hablaba de otra cosa.

—Desde luego —dijo Reese—. Todos sin excepción. De todas las

edades.

—La única diferencia —intervino Elden— es que cuando ellos regresen ya habrán acabado en la Legión y se licenciarán.

—¿Y entonces qué harán? —preguntó Thor.

—Si pasan la prueba, se presentan ante el rey para que elija a los que nombrará caballeros. Los que son caballeros tienen que pasar dos años en puestos de vigilancia en diversos puntos del reino. Durante este tiempo van rotando y luego vuelven a la Corte del Rey y pasan una selección para integrar la Plata.

—¿Es posible que no pasen la Prueba de los Cien Días, después de todo este tiempo? —preguntó Thor.

Reese frunció el ceño.

—Es diferente cada año, y para cada edad. He oído de muchos que no han pasado la prueba, independientemente de la edad que tengan.

Los chicos se quedaron en silencio. Thor miraba pensativo las llamas. ¿Qué iba a ser de ellos?

Tras unos momentos de silencio se oyeron unos pasos y apareció Kolk flanqueado por dos guerreros. Kolk entró en el círculo y empezó a pasear lentamente, de espaldas al fuego.

—Descansad y alimentaos —dijo—. Es la última vez que podéis hacerlo. Desde ahora ya no sois unos chicos; sois hombres y estáis a punto de embarcar para vivir los cien días más difíciles de vuestra vida. Cuando volváis —si es que lo conseguís— valdréis algo. Ahora vuestra vida no tiene valor.

Continuó caminando lentamente, mirándoles como si quisiera meterles el miedo en el cuerpo.

—La Prueba de los Cien Días no es un examen —dijo—. No es una práctica, es real. La práctica es lo que hacéis aquí con la Legión: un entrenamiento con supervisión. Pero esto desaparecerá en los próximos cien días, porque entraréis en una zona de guerra. Cruzaremos el Cañón y estaremos fuera del escudo, caminaremos kilómetros por las Tierras Agrestes, por lugares que no controlamos. Embarcaremos y atravesaremos el Mar Tartuvio. Estaremos en aguas enemigas, lejos de la costa, y atracaremos en una isla sin protección, en el centro del Imperio. En cualquier momento podemos caer en una emboscada. Estaremos rodeados de fuerzas enemigas, y los dragones no andarán lejos.

»No cabe duda de que habrá enfrentamientos —continuó Kolk—. Algunos guerreros os acompañaremos, pero la mayor parte del tiempo estaréis

solos. Seréis hombres luchando como hombres, y algunos moriréis. Cada día morirán algunos, y otros quedarán gravemente heridos. Otros abandonarán por miedo. Pero los pocos que regresen serán los que merecen estar en la Legión. Si estáis demasiado asustados, no esperéis a decirlo mañana. Cada año, esta es la noche en que algunos hacen el equipaje y se marchan. Si es vuestro caso, espero que lo hagáis cuanto antes. No queremos cobardes a nuestro lado.

Dicho esto, Kolk dio media vuelta y se marchó, seguido por sus hombres.

—¿Tan terrible es? —preguntó O'Connor al chico sentado a su lado. Era un joven de unos dieciocho años. Asintió con una mueca.

—Cada año es diferente —dijo—. Muchos de mis hermanos no han regresado. Como dice Kolk, esto va en serio. El mejor consejo que puedo darte es que te prepares para una prueba a vida o muerte. Pero te aseguro que si regresas serás mejor guerrero de lo que hayas soñado.

Thor se preguntó si lo lograría. ¿Tenía madera de guerrero? ¿Cómo reaccionaría cuando tuviera que librar un combate a vida o muerte? No sabía si sería capaz de resistir los cien días. ¿Qué pasaría a su regreso? Tenía la sensación de que volvería totalmente cambiado. Todos volverían cambiados. Y pasarían juntos por esto.

Por la expresión de Reese, comprendió que algo más le preocupaba. Estaba pensando en su padre.

—Lo siento —le dijo Thor.

Reese no volvió la cabeza, pero asintió lentamente con los ojos llenos de lágrimas.

—Solo quiero saber quién lo hizo. Quiero saber quién le mató.

—Lo mismo que yo —dijo Elden.

—Y nosotros —corearon los gemelos.

—¿Te dijo algo cuando estuviste con él? —le preguntó Reese a Thor—. ¿Te dijo quién lo había matado?

Los demás se le quedaron mirando. Thor intentó recordar las palabras exactas del rey.

—Me dijo que vio a su asesino, pero no podía recordar su rostro.

—¿Lo conocía?

—Eso me dijo.

—Esto no ayuda mucho —dijo O'Connor—. Un rey conoce a mucha más gente que cualquiera de nosotros.

—Lo siento —dijo Thor—. No me dijo nada más.

—Estuviste unos minutos con él antes de que muriera —insistió Reese—.

¿Qué más te dijo?

Thor dudaba. No sabía cuánto le podía contar a Reese. No quería provocar envidias ni celos, ni en Reese ni en los demás. ¿Cómo decirles que el rey pensaba que su destino era más alto? Esto solo traería problemas.

—No dijo gran cosa. Guardaba silencio.

—Entonces, ¿por qué quería verte a ti, justo antes de morir? ¿Por qué no verme a mí? —insistió Reese.

Thor no supo qué decir. Comprendió que Reese se había sentido muy mal cuando su padre no lo eligió a él en sus últimos momentos de vida. Pensó en algo que pudiera servirle de consuelo.

—Me dijo lo mucho que te quería. Supongo que le resultaba más fácil decírselo a un extraño.

Reese lo miró fijamente, intentando adivinar si le estaba mintiendo. Finalmente, volvió la cabeza. Al parecer, la respuesta le había tranquilizado. Thor se sentía fatal por no haber dicho toda la verdad, porque nunca mentía, pero no supo qué otra cosa decir sin herir los sentimientos de su amigo.

—¿Qué pasará ahora con la espada? —preguntó Conval.

—¿A qué te refieres? —preguntó Reese.

—Ya sabes, la Espada Dinástica. Ahora que el rey ha muerto, el nuevo MacGil tendrá ocasión de intentar empuñarla. He oído que coronarán a Gareth. ¿Es cierto?

Los jóvenes sentados alrededor del fuego miraron expectantes a Reese, incluso los mayores.

Reese asintió lentamente.

—Así es.

—De modo que Gareth tendrá que intentarlo —dijo O'Connor.

Reese se encogió de hombros.

—Así es, según la tradición. Si él quiere.

—¿Crees que podrá blandirla? —preguntó Elden—. ¿Crees que es el Elegido?

Reese ahogó una carcajada.

—¡No lo dirás en serio! Es mi hermano de sangre, no por elección. No tengo nada que ver con él. No es el Elegido. Ni siquiera es un rey, apenas es un príncipe. Si mi padre viviera, Gareth nunca sería coronado. Y apuesto lo que quieras a que no puede blandir esa espada.

—¿Cómo quedaremos ante los otros reinos si nuestro nuevo rey lo intenta y fracasa? —preguntó Conval—. Otro MacGil que fracase nos hará parecer

débiles.

—¿Quieres decir que mi padre era un fracaso? —Reese se puso en guardia.

—No quería decir eso —rectificó Conval—. Pero nuestro reino dará sensación de debilidad si el nuevo rey es incapaz de empuñar la espada. Se lo tomarán como una invitación a atacar.

Reese se encogió de hombros.

—No podemos hacer nada. Un MacGil empuñará la espada. Cuando llegue el momento.

—A lo mejor eres tú —dijo Elden.

Todos miraron a Reese.

—Eres el otro hijo legítimo del rey —dijo Elden.

—Lo mismo que Godfrey. Y es mayor que yo.

—Pero Godfrey no quiere reinar, de modo que solo quedas tú.

—Eso ahora no importa, porque Gareth será el rey.

—A lo mejor no por mucho tiempo —dijo una voz grave entre el grupo de chicos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Reese, escudriñando entre las sombras para ver el rostro del que había hablado.

Pero no hubo respuesta a eso.

—Se rumorea que habrá una revuelta —dijo Elden—. Gareth no es como tú. Ni como nosotros. Se ha ganado muchos enemigos, sobre todo en la Legión y en la Plata. Puede pasar cualquier cosa. Es posible que un día te conviertas en el rey.

—Yo no quiero llegar al trono en estas circunstancias. No quiero reinar porque mi padre haya muerto demasiado pronto ni porque le pase algo a Gareth. Además, mi hermano mayor, Kendrick, sería mejor rey que yo.

—Pero él no puede sentarse en el trono —dijo O'Connor.

—Entonces, mi hermana Gwendolyn. Era la elegida de mi padre.

—¡Pero una mujer no puede ocupar el trono! —exclamó uno de los presentes—. Eso no puede ser.

—Era lo que mi padre quería —insistió Reese.

—Sin embargo, no ocurrirá —dijo otro.

Reese movió la cabeza con pesadumbre.

—Pase lo que pase, ahora estamos en manos de Gareth —dijo.

—¡Quién sabe lo que encontraremos cuando volvamos! —observó Elden. El grupo se quedó en silencio, contemplando la hoguera.

Thor también estaba pensativo. La mención de Gwendolyn le había dejado una sensación de vacío. Se acercó a Reese para hablarle al oído.

—¿Viste a tu hermana después del funeral?

Reese asintió lentamente.

—Le expliqué la verdad. Ahora ya sabe que tú no hiciste nada malo en el burdel.

Thor se sintió inmensamente aliviado y lleno de agradecimiento hacia Reese. Por primera vez en muchos días, pudo relajarse.

—¿Te dijo si quería volver a verme? —preguntó, lleno de esperanza.

—No. Lo siento, hermano —dijo Reese—. Mi hermana es muy orgullosa y no le gusta admitir que estaba equivocada.

Thor fijó la mirada en las llamas y asintió lentamente. Lo entendía. Sentía un vacío en el pecho, pero esto le daba fuerzas. Le quedaban cien largos días por delante, y era preferible que no tuviera que preocuparse por nadie.

Thor estaba junto a la cama del monarca, en los aposentos reales. La única iluminación era la luz parpadeante de un hachón en la esquina opuesta. Thor se arrodilló y tomó la mano del rey, que tenía los ojos cerrados y un aspecto apacible. Su cuerpo estaba frío e inmóvil. Estaba muerto. Todavía tenía la corona en la cabeza.

De repente, *Estopheles* entró volando a través de una ventana abierta y se posó en la cabeza del monarca. Cogió con el pico la corona y salió chillando por la ventana. Thor vio al halcón alejarse volando por el cielo. Volvió la cabeza hacia el lecho real y descubrió que MacGil había desaparecido y estaba Gareth en su lugar. La mano que Thor tenía entre las suyas se había convertido en una serpiente.

Apartó la mano rápidamente. El rostro de Gareth también estaba mutando, se convertía en la cabeza de una cobra, con una piel escamosa y una lengua bífida. Esbozaba una sonrisa perversa. Sus ojos amarillentos relucían de maldad.

Thor parpadeó. Cuando volvió a abrir los ojos se encontró de vuelta en su pueblo. Las calles y las casas estaban desiertas, con las ventanas y las puertas abiertas, como si todo el mundo hubiera salido a escape. El viento levantaba nubes de polvo. Recorrió la calle que llevaba a su antiguo hogar, una casita de adobe enjalbegada. La puerta estaba abierta. Thor tuvo que agachar la cabeza para entrar. Dentro estaba su padre, sentado a la mesa, de espaldas a la puerta. Un poco nervioso, Thor se dirigió al otro extremo de la mesa para sentarse frente a su padre. No tenía ganas de verlo, pero no podía

evitarlo. Su padre lo miró con rostro severo. Unos pesados grilletes en las muñecas lo encadenaban a la mesa.

—Has matado a nuestro rey —dijo en tono acusador.

—No es cierto —dijo Thor.

—Nunca has sido parte de esta familia.

Thor no respondió, pero el corazón se le aceleró. Intentaba entender las palabras de su padre.

—¡Yo no te quería! —gritó su padre, poniéndose en pie y sacudiendo los grilletes—. ¡No quería cargar contigo!

Levantó sus manazas y las dirigió hacia el cuello de Thor, como si quisiera estrangularle. Thor parpadeó.

Cuando abrió los ojos estaba en la proa de un barco de guerra que subía y bajaba violentamente en medio de un intenso oleaje. Thor sujetaba con fuerza el timón, y *Estopheles* volaba ante él, con la corona en el pico. De repente apareció en el horizonte una isla cubierta por la niebla, y más allá relumbró una llamarada en el cielo, cubierto de oscuros nubarrones de color púrpura. Los dos soles estaban uno junto a otro en el horizonte.

Oyó de repente un siniestro rugido y comprendió que se encontraba frente a la Isla de la Niebla.

Se despertó sobresaltado y se incorporó jadeando. Miró desconcertado a su alrededor. Estaba en los barracones, rodeado de los demás chicos, que dormían todavía. Empezaba a amanecer.

Se secó el sudor de la frente. Todo había sido un sueño, pero parecía tan real...

—Yo sé lo que son las pesadillas, chico —dijo una voz.

Kolk estaba de pie entre los chicos, ya totalmente vestido, con los brazos en jarras.

—Eres el primero en despertarte —dijo—. Muy bien. Tenemos un largo día por delante. Y tus pesadillas no han hecho más que empezar.

Capítulo once

DE pie frente a la ventana abierta, Gareth contemplaba el amanecer sobre su reino. ¡Su reino! Sonaba bien. A partir de la coronación, el rey ya no sería su padre, sino él, Gareth MacGil, el octavo monarca de los MacGil. Ceñiría la corona, y su rostro quedaría inmortalizado en las monedas reales, en la estatua situada frente al castillo.

Empezaba una nueva era, una nueva dinastía. En cuestión de semanas, el nombre de su padre no sería más que un recuerdo, quedaría relegado a los libros de historia. Había llegado su turno de brillar. Toda su vida había estado esperando este día.

Lo cierto era que se había despertado varias veces empapado en un sudor frío; no había parado de dar vueltas en la cama y de levantarse para recorrer la habitación. En los escasos momentos en que había logrado conciliar el sueño había tenido unos sueños terribles en los que veía el rostro severo y acusador de su padre, regañándole igual que le había regañado toda su vida. Pero ahora su padre no podía nada contra él. Ahora él podía controlarlo: abría los ojos y el rostro de su padre desaparecía. Él estaba en el mundo de los vivos, y su padre no.

Resultaba difícil para Gareth asimilar tantos cambios. En pocas horas, la corona reposaría sobre su cabeza, vestiría la túnica real y sujetaría el cetro. Los consejeros del rey, los generales, el pueblo..., todos tendrían que obedecerle. Controlaría el Ejército, la Legión, el Tesoro. Lo controlaría absolutamente todo, y nadie podría negarse a obedecerle. Llevaba toda su vida anhelando el poder que ahora estaba a su alcance. Ni su hermana ni sus hermanos lo habían conseguido. El poder le llegaba un poco antes de lo que había imaginado, aunque siempre tuvo el convencimiento de que lo conseguiría. Así que, ¿por qué desperdiciar los años esperando? Quería subir al trono ahora que era joven, y no cuando fuera un anciano. Lo único que había hecho era empujar un poco para que sucediera lo inevitable.

Y era lo que su padre se merecía, porque toda su vida le había estado criticando. Nunca le aceptó tal como era. Gareth había vencido a su padre, que vería cómo era coronado rey el hijo que menos apreciaba, el hijo al que nunca quiso. Lo tenía bien merecido por no quererle. Gareth ya no necesitaba su amor, tenía todo un reino que le adoraría. Y lo disfrutaría al máximo.

Llamaron a la puerta golpeando la aldaba de hierro. Gareth, que ya estaba vestido, abrió. Le impresionó pensar que era la última vez que abriría esa puerta, porque esa misma noche dormiría en otro sitio —en los aposentos reales— y tendría criados día y noche para obedecer sus órdenes, dentro y fuera. Nunca más tendría que abrir una puerta, porque estaría rodeado de una corte de servidores, guerreros y guardaespaldas, todo lo que necesitara. La sola idea le hacía temblar de emoción.

—Mi señor —dijeron a coro los guardias reales, inclinando la cabeza ante él.

Uno de los consejeros reales se adelantó para hablar.

—Hemos venido para acompañaros a vuestra ceremonia de coronación —dijo.

—Muy bien.

Gareth se esforzó por parecer tranquilo, por disimular que llevaba toda su vida esperando este momento.

Levantó la barbilla. Debía adoptar una postura monárquica. La ceremonia de la coronación lo convertiría en otra persona, y él exigiría que lo miraran de otra manera.

Los guardias le esperaban alineados a lo largo de los pasillos, sobre los que habían extendido una alfombra roja. Gareth caminaba lenta y solemnemente, disfrutando del momento. A su paso, los guardias inclinaban la cabeza uno tras otro, como fichas de dominó.

—Mi señor.

Era estupendo oírles. Un sueño hecho realidad, como si recorriera el camino que su padre había hecho apenas veinticuatro horas atrás.

Para abrir una pesada puerta de roble, los criados tuvieron que tirar con todas sus fuerzas de la aldaba de hierro. La puerta se abrió con un crujido, dejando ver la gran sala de ceremonias. Gareth esperaba mucho público, pero no estaba preparado para el espectáculo: centenares de personas vestidas con sus mejores ropas. Eran altas personalidades del reino: nobles, miembros de la realeza, de la Plata. Estaban perfectamente dispuestos en hileras, preparados para una importante ceremonia. Cuando vieron entrar a Gareth, se levantaron e inclinaron la cabeza ante él.

Gareth estaba impresionado. Todos querían asistir a su coronación. Ya nadie podría detener la ceremonia. Había llegado su hora. En unos momentos, la corona estaría sobre su cabeza y no habría modo de volver atrás. Ya sentía su peso en el cuero cabelludo. Avanzó por el largo pasillo, cubierto por una

preciosa alfombra roja. Junto al altar y el trono, le esperaban Argon y algunos miembros del consejo real.

—¡Oídmme, oídmme bien! Poneos en pie para recibir al nuevo rey.

—¡Te oímos! —gritaron a coro centenares de voces, un clamor que se elevó hasta los altos techos.

Gareth conocía a muchos de los presentes. Algunos de ellos lo habían mirado siempre como a un chiquillo, o lo habían ignorado por completo. Ahora tendrían que respetarle. Tendrían que prestarle atención.

Pasó ante sus hermanos: Godfrey, Kendrick, Gwendolyn y Reese. Y al lado de Reese estaba aquel chico, Thor. Menudos incordios eran todos ellos. Pero no importaba, porque pronto dejarían de molestarle. En cuanto ocupara el trono y tomara el poder, se encargaría de ellos a su manera. Después de todo, nadie mejor que él para saber que los peores enemigos son los que están más cerca.

La reina, su madre, le dirigió una mirada llena de reproches. Pero a Gareth no le importaba. Ya no necesitaba la aprobación de su madre. Ahora él era su rey, y ella tendría que obedecerle.

Cuando Gareth empezó a subir los siete escalones de marfil que llevaban al trono, la música del laúd sonó más fuerte. Arriba le esperaba Argon, con su túnica de ceremonias. Los asistentes se sentaron, la música se detuvo y la sala quedó en silencio.

Los ojos de Argon parecían atravesarle. Gareth hubiera querido volver la cabeza, pero se obligó a sostener la mirada. De nuevo se preguntó qué sabría Argon, qué vería. ¿Podía ver el futuro? O todavía peor, ¿podía ver el pasado, lo que había hecho él? Y en tal caso, ¿se lo diría a alguien? Se prometió que también se desharía de Argon. Se desharía de todos cuantos pudieran sospechar de él.

Cuando vio que Argon iba a hablar, Gareth rogó en silencio que no dijera nada que pudiera acusarle de asesinato.

—Henos aquí reunidos, por obra del destino —dijo Argon, hablando lentamente—, para lamentar la muerte de un gran rey y al mismo tiempo ser testigos de la coronación de su hijo. La ley del Anillo dice que la corona pasará al primer hijo legítimo. Y este es Gareth MacGil.

Las palabras de Argon parecían señalar la culpabilidad de Gareth. ¿Por qué tenía que emplear el adjetivo «legítimo»? Lo había hecho para molestarle, no cabía duda. Insinuaba que Kendrick habría sido mejor rey que él. Se lo haría pagar caro.

—Como druida de los MacGil durante siete generaciones, tengo el deber de colocar la corona real sobre vuestra cabeza, Gareth, esperando cumplir con la sagrada ley del reino del Anillo. ¿Aceptáis este privilegio, Gareth MacGil?

—Lo acepto —respondió Gareth.

—¿Juráis proteger y hacer cumplir las leyes de nuestro reino?

—Lo juro.

—¿Prometéis, Gareth, que seguiréis la senda de vuestro padre, en todos los sentidos, y las huellas de vuestros ancestros, para proteger el reino, mantener el Cañón y defendernos de todos nuestros enemigos, internos y externos?

—Lo prometo.

Argon le clavó una mirada severa. Tras un largo rato mirándole con expresión inescrutable, cogió la corona de MacGil, profusamente enjoyada, la levantó en alto y la colocó lentamente sobre la cabeza de Gareth. Con los ojos cerrados, empezó a entonar un canto en el antiguo lenguaje del Anillo:

—*Atimos lex vi mass primus...*

Continuó canturreando con voz grave y gutural, hasta que se detuvo y colocó una mano sobre la frente de Gareth.

—Por los poderes que me otorga el Reino Oeste del Anillo, yo, Argon, te nombro a ti, Gareth, el octavo monarca MacGil.

Las palabras de Argon fueron saludadas con tibios aplausos. Gareth se volvió hacia sus súbditos y observó sus caras. Todos esperaban de pie, mostrando corrección pero sin entusiasmo.

Gareth tomó asiento en el trono de su padre. Apoyó los brazos en los gastados apoyabrazos del viejo trono y se quedó mirando a sus súbditos, que lo contemplaban con esperanza y un cierto miedo. También vio entre los asistentes algunas miradas escépticas y se dijo que no se olvidaría de ellos. Se lo pagarían caro.

Thor salió del castillo con sus compañeros de la Legión. Se sentía muy desanimado, porque habían tenido que asistir a la ceremonia de coronación y le había resultado insoportable ver cómo coronaban a Gareth. Parecía increíble que unas horas atrás MacGil hubiera estado sentado en ese trono, con la misma corona y el mismo cetro. Solo hacía unas horas que habían rendido homenaje al padre de Gareth. ¿Cómo podían ser tan desleales?

Por supuesto un reino necesita su rey. Un trono no debe estar mucho tiempo vacante, pero ¿no podían haberlo dejado vacante un poco más? ¿Tan difícil era que estuviera vacío unas horas? ¿Qué tenían los tronos, los títulos y

los reinos para que todo el mundo los ambicionara? Tal vez Argon estaba en lo cierto: todo era un desfile de reyes. ¿No terminaría nunca?

Cuando vio a Gareth en el trono, le pareció que era más una prisión dorada que un lugar de poder. Desde luego, no era un asiento que él ambicionara ocupar.

Al recordar las últimas palabras de MacGil acerca del destino que le aguardaba, no pudo evitar un estremecimiento. Confiaba en que no se estuviera refiriendo a que él iba a ceñir la corona, ni aquí ni en ningún lugar. A Thor no le interesaba la política; solo quería convertirse en un gran guerrero, combatir con sus compañeros y ayudar a los demás. Quería la gloria del guerrero, nada más. Sería el líder de los hombres en el fragor de la batalla, pero no más allá. Los líderes que buscaban el poder acababan corrompiéndose, inevitablemente.

Se mezcló con sus compañeros, molestos porque su partida se había retrasado para rendir homenaje al nuevo rey. Se había declarado fiesta nacional, y no partirían hasta la mañana siguiente, lo que significaba otro día sin hacer nada más que lamentarse por la muerte del anterior monarca y pensar en la subida al trono de Gareth. Era lo último que Thor deseaba. Quería partir, atravesar el Cañón, subir al barco, dejar que el aire del océano le aclarara las ideas. Quería pasar página, sumergirse en lo que la Legión le tenía preparado.

Cuando estaban saliendo del castillo, Reese se acercó a Thor y le dio un codazo en las costillas. Thor volvió la cabeza y vio que su amigo le indicaba que mirara a un lado. Allí estaba Gwendolyn, con un largo vestido de seda negra, mirando a Thor.

Pero si le había dicho que no quería volver a verle...

—Quiere hablar contigo —le dijo Reese—. Ve con ella.

O'Connor, Elden y los gemelos, además de otros chicos de la Legión, jalearon a Thor con sus oos y aaas.

—¡La novia lo llama! —gritó O'Connor.

—Será mejor que corras, o cambiará de opinión —dijo Elden.

Thor se puso rojo como una manzana.

—No lo entiendo. Dijo que no quería volver a verme —le dijo a Reese.

Su amigo esbozó una sonrisa y movió la cabeza con aire comprensivo.

—Supongo que se lo ha pensado mejor. Ve con ella, tienes tiempo. No partimos hasta mañana.

Thor oyó un maullido y vio que *Krohn* salía disparado hacia Gwendolyn. Era todo lo que necesitaba para correr hacia ella, dejando atrás las bromas de sus amigos. No le importaba que se rieran de él, ya nada le importaba salvo

estar con ella. Ahora comprendía lo mucho que la había echado de menos, lo dolorosa que le había resultado su ausencia.

Siguió a *Krohn*, que zigzagueaba entre la multitud para llegar hasta Gwendolyn. Estaban rodeados de una multitud que salía del castillo tras la ceremonia. A Thor le apenó ver a Gwendolyn tan seria y solemne. En sus ojos ya no brillaba la alegría; su mirada parecía cargada de dolor y de tristeza. Sin embargo, en cierto modo estaba más guapa que nunca. *Krohn* saltó sobre sus pies, pero ella siguió mirando fijamente a Thor, que no sabía qué hacer.

—Lamento las palabras que pronuncié ayer —dijo Gwendolyn—. Lamento haberte dicho que eras un plebeyo y no estabas a mi altura. No lo dije en serio. Estaba enfadada. Te pido que me perdones.

Thor se emocionó. Gwendolyn volvía a mostrarse tierna y cariñosa.

—No hace falta que te disculpes.

—Claro que sí. Reese me explicó que aquello del burdel era mentira. No tenía que haber hecho caso de los demás. Debería haber dejado que te explicaras.

Thor estaba tan hipnotizado por sus ojos azules que no podía pensar con claridad.

—¿Me darás otra oportunidad? —preguntó Gwen.

Thor sonrió ampliamente.

—Claro que sí. —Bajó la cabeza y golpeó con el pie las piedras del suelo—. De hecho, confiaba en que cambiarías de opinión. Porque yo no he cambiado.

Gwendolyn lo miró. En su rostro se dibujó por fin una amplia sonrisa que a Thor le alegró el corazón. Se sentía mucho más ligero, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Estaban en medio de la salida, zarandeados por la gente que entraba y salía. Gwendolyn le dio la mano, y el contacto de su piel le produjo a Thor algo parecido a una descarga.

—Ven conmigo.

Mucha gente les dirigía miradas curiosas.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás —dijo ella.

La siguió sin dudarle. Cogidos de la mano, atravesaron la multitud y se dirigieron hacia los campos.

Era una preciosa mañana de verano. El segundo sol empezaba a alzarse en el cielo, iluminando los campos repletos de flores. Thor y Gwen caminaban

de la mano y *Krohn* correteaba junto a ellos. Atravesaron unos bosquecillos de árboles cuajados de flores blancas y verdes, entre los que revoloteaban los pajarillos, y subieron por una ladera de hierbas y flores tan altas que les llegaban a las rodillas. Desde la cima, el panorama era magnífico. La Corte del Rey se extendía a sus pies, y el cielo era azul y amarillo, con apenas unas nubecillas blancas en el horizonte.

Pero lo que impresionó a Thor, más que el panorama, fue el túmulo funerario de MacGil. El montículo de tierra se recortaba contra la espectacular silueta de las Colinas Kolvian. Sobre el montículo había un poste rematado por un halcón dentro de un círculo, el símbolo del reino. Alzaron la vista al oír el chillido de *Estopheles*, que bajó de lo alto y se posó sobre el poste. Miró a Gwen y a Thor y volvió a chillar y a agitar las alas hasta que finalmente se quedó quieto.

Thor y Gwen intercambiaron una mirada de asombro.

—Los actos de los animales siempre serán un misterio para mí —dijo Thor.

—Perciben cosas que nosotros no percibimos —dijo Gwen.

Era inaudito que solo estuvieran ellos dos junto a la tumba del rey. A Thor le pareció triste, porque, veinticuatro horas antes, MacGil podía reunir a miles de personas con una sola orden, y ahora que había muerto nadie iba a rendirle homenaje.

Gwen se arrodilló y colocó sobre la tumba el ramito de flores turquesa que había ido cogiendo por el camino. Thor se arrodilló a su lado y limpió el túmulo de piedrecitas. *Krohn* se tumbó sobre el montón de tierra, apoyó la barbilla en el suelo y gimoteó.

Todo estaba en silencio. Se oía el silbido del viento. Thor sintió una inmensa tristeza, pero al mismo tiempo le confortaba estar allí con MacGil y con Gwen.

—Mi padre sabía que iba a morir —dijo Gwen.

Thor le dirigió una mirada. La joven tenía la cabeza gacha y estaba llorosa.

—Hace unos días me llamó a su cuarto y empezó a hablarme de su muerte. Fue extraño y me dejó muy triste. Le dije que no hablara de eso, pero insistió en que le hiciera una promesa.

—¿Qué tenías que prometerle?

Gwen se secó una lágrima y colocó bien las flores sobre la tumba de su padre antes de contestar. Finalmente, se irguió y exhaló un suspiro.

—Me hizo prometerle que dirigiría los asuntos del reino cuando él muriera.

Miró a Thor con los ojos húmedos de lágrimas, esos preciosos ojos azules que a Thor le gustaban más que nada en el mundo. Comprendió que Gwen decía la verdad.

—¿Quería que dirigieras los asuntos del reino?

La expresión de Gwen se ensombreció.

—¿Te parece que no sería capaz?

—No..., no, claro que no —tartamudeó Thor—. No era eso lo que quería decir. Solamente estaba sorprendido. No tenía ni idea.

—También para mí fue una sorpresa —dijo Gwen, más tranquila—. Nunca lo había deseado, pero le prometí que lo haría. No paró hasta que se lo prometí.

—Entonces... no lo entiendo. —Thor estaba confuso—. ¿Por qué han coronado a Gareth y no a ti?

Gwen miró la tumba de su padre.

—El deseo de mi padre no quedó ratificado. El consejo no ha querido acatarlo.

—No es justo —protestó Thor indignado—. ¡No es lo que quería tu padre!

Gwendolyn se encogió de hombros.

—No importa. Yo tampoco lo quería.

—Pero no es justo que Gareth se sienta en el trono.

Gwen se secó una lágrima. Hizo un esfuerzo por contener el llanto.

—Dicen que cada reino tiene el monarca que se merece.

Las palabras de Gwen quedaron flotando en el aire, y Thor comprendió que era mucho más sabia de lo que él pensaba. Vio claramente que sería una excelente reina para sus súbditos, y que era una lástima que no la hubieran considerado para el trono, que hubieran obviado el deseo de su padre.

—Me preocupa mi reino —dijo Gwen—, nuestra parte del Anillo. Cuando sepan que Gareth ocupa el trono, los McCloud se volverán más atrevidos. Esto dará alas a nuestros enemigos, porque saben que Gareth no sabe dirigir. Con él seremos más vulnerables.

Thor pensó que las consecuencias del asesinato del rey parecían no acabar nunca.

—Lo que me preocupa es no saber quién le mató —dijo Gwen—. No descansaré hasta averiguarlo; tampoco el alma de mi padre podrá descansar si

no se hace justicia. Ya no confío en nadie en esta corte. De hecho, solo confío en ti, porque eres un extraño. Y también en mis hermanos Kendrick y Reese, pero aparte de vosotros no confío en nadie.

—¿Se te ocurre quién deseaba su muerte?

—Tengo muchas ideas, muchas pistas que vale la pena seguir. Las seguiré todas, no descansaré hasta dar con el asesino.

Gwen pronunció estas palabras con la mirada fija en la tumba de su padre. Thor advirtió su tono de resolución, y no le cupo duda de que cumpliría su promesa.

Cuando Gwen se puso de pie, Thor la imitó. Se quedaron mirando la tumba.

—Quiero irme lejos, marcharme de aquí —dijo Gwen—. En parte quisiera no volver. No sé cómo acabará esto, pero intuyo que tendrá un final trágico. Habrá muertes, traiciones y asesinatos. Detesto esta corte, no quiero pertenecer a la realeza. Desearía llevar una vida sencilla. Ojalá mi padre hubiera sido un granjero. Estaría vivo todavía, y eso me importa más que todo el reino.

Thor la cogió de la mano para consolarla. Gwen no la apartó.

—Pronto me marcharé lejos —dijo Thor.

Gwen le miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó asustada.

—Mañana embarco con los miembros de la Legión rumbo a una isla lejana. Empezamos la Prueba de los Cien Días. No regresaré hasta el otoño, si es que consigo regresar.

Gwen bajó la cabeza con gesto apesadumbrado.

—La vida puede ser cruel. Todas las desgracias al mismo tiempo. —De repente, alzó la cabeza con determinación—. ¿Cuándo zarpa el barco?

—Por la mañana.

Gwen juntó las manos.

—Tenemos todo un día para estar juntos —dijo, esbozando una sonrisa—. Vamos a aprovecharlo.

Thor le devolvió la sonrisa.

La sonrisa de Gwen se hizo más amplia.

—Conozco el lugar ideal.

Cogidos de la mano, corrieron a través de los campos, con *Krohn* trotando a su lado. Thor no tenía ni idea de a dónde iban, pero mientras estuviera junto a Gwen, no le importaba lo más mínimo.

Thor se sentía feliz de estar con Gwen, caminando entre campos de flores, subiendo y bajando suaves colinas. Notaba que ella también estaba contenta, aunque sin la alegría de antaño. Aquella sonrisa que iluminaba el mundo a su alrededor y aquella risa tan contagiosa habían desaparecido. Desde la muerte de su padre, Gwen se mostraba más contenida, más austera.

Atravesaron campos floridos que eran puros estallidos de colores rosas y verdes, púrpuras y blancos. *Krohn* correteaba a su alrededor maullando y saltando, más feliz todavía que ellos. Gwen se detuvo al llegar a lo alto de una colina. Thor se quedó sobrecogido ante el hermoso panorama que se extendía ante ellos: a lo lejos, un gran lago azul celeste centelleaba al sol. Estaba rodeado de altísimas montañas que mostraban distintos coloridos, iluminadas por la luz matinal.

—Es el Lago de los Riscos —dijo Gwen—, un lago muy antiguo y misterioso. Nadie viene hasta aquí. Lo descubrí de niña, cuando tenía mucho tiempo libre y me aficioné a explorar. ¿Ves aquella islita en medio del lago?

Thor tuvo que entrecerrar los ojos para distinguirla.

—Allí solía escaparme de niña. Cogía esa barquita —dijo, señalando un viejo bote de remos en la orilla—, y remaba hasta la isla. A veces me quedaba durante días, lejos de todo. Era un lugar donde nadie podía encontrarme, el único sitio que conozco donde todo es puro.

Gwen miró a Thor. En sus ojos brillantes danzaban distintos tonos de azul. Por primera vez desde que muriera su padre, parecía llena de vida.

—Me gustaría llevarte allí —dijo—. Compartir mi isla contigo.

Las palabras de Gwen le llegaron al alma. Thor se sintió más unido a ella que nunca.

—A mí me encantaría ir contigo —dijo.

Gwen le tomó de la mano. Los dos unieron los rostros y sus labios se fundieron en un beso mágico, mientras el sol asomaba detrás de una nube. Al besar los dulces labios de Gwen, Thor se sintió inundado de una cálida ternura, y le acarició la mejilla, suave como el melocotón.

Fue un beso largo y prolongado. Gwen se apartó con una sonrisa y le cogió de la mano para bajar por la suave ladera en dirección a la orilla, donde el bote les estaba esperando.

Gwendolyn se sentó en la popa y Thor remó por las tranquilas aguas del lago hasta la playa de la isla, de relucientes arenas rojas. Una vez allí, saltó a tierra, sacó el bote del agua y le tendió la mano a Gwen para ayudarla a bajar, mientras *Krohn* saltaba de la barca y corría emocionado por la playa.

Abandonaron la arena y entraron en un pequeño prado de fresca hierba y flores. El único sonido era el susurro de las ramas de los árboles —exóticos, inmensos— que la brisa veraniega agitaba a uno y otro lado, dejando caer pétalos blancos de flores, como si fueran copos de nieve. Gwen tenía razón: era un lugar mágico.

Y no había duda de que le sentaba bien, porque ahora era todo sonrisas. Cogió a Thor de la mano y lo condujo por una vereda que cruzaba caminos más amplios. No había duda de que conocía la isla como la palma de su mano. Thor se preguntó a dónde le llevaría.

Continuaron andando por la estrecha pista, bajando la cabeza para esquivar las ramas, hasta llegar a un claro en medio del bosque. Estaban en el centro de la isla. Y en medio del claro se levantaba una pequeña edificación de piedra medio derruida. Las paredes seguían en pie, pero en su interior hacía tiempo que no quedaba nada, y el suelo estaba cubierto de espeso musgo. Sin embargo, alguien había moldeado una suave elevación de tierra que podía utilizarse como cama.

Gwen se acostó y le indicó a Thor que hiciera lo propio. Tumbados boca arriba sobre el lecho de tierra, podían contemplar el cielo. *Krohn* se tumbó junto a Gwen, que rio y empezó a acariciarlo. Thor empezaba a sospechar que *Krohn* quería más a Gwen que a él. Entrelazó las manos detrás de la cabeza sobre el suave musgo y contempló el cielo amarillo y turquesa, donde brillaban los dos soles. A su alrededor, los árboles se mecían acariciados por la brisa y dejaban caer sus blancos pétalos. Por un momento tuvo la sensación de que no había nadie más en el mundo. Estaban libres de preocupaciones, en un lugar protegido, donde nadie podía tocarlos. Se sintió tan relajado que deseó quedarse allí para siempre.

Notó el tacto de los dedos de Gwen y le cogió la mano. Así, con los dedos entrelazados con los de Gwendolyn, se sentía todavía mejor. Todo estaba bien en su mundo. La sola idea de marcharse al día siguiente le partía el corazón. Había estado deseoso de irse, pero ahora le preocupaba dejar sola a Gwen. Después de todo lo que les había pasado, la muerte del rey, los malentendidos y su reconciliación, por fin habían llegado a estar bien juntos. ¿Y si su partida lo estropeaba todo? ¿Volverían a estar juntos después de que él estuviera cien días ausente?

—Ojalá no tuviera que abandonarte mañana —dijo.

Esperaba no haber sonado demasiado desesperado, y le sorprendió la reacción de Gwen, que le miró sonriente.

—Esperaba que lo dijeras. No pienso en otra cosa desde que anunciaste que te ibas. Me destroza el corazón pensar que no estarás, porque solo me siento tranquila contigo.

Le apretó la mano y le dio un beso. Estuvieron largo rato besándose.

—¿Qué dirá tu madre? ¿Crees que te prohibirá estar conmigo?

Gwen se encogió de hombros.

—Desde que murió mi padre, es otra persona. No la reconozco. No ha pronunciado una sola palabra. Se limita a mirarme fijamente. Es como si una parte de ella hubiera muerto, y no creo que despierte para prohibirme que vuelva a verte. Y aunque así fuera, no me importa. He de vivir mi propia vida. Ya encontraré la manera. Si es necesario, me iré.

Thor se quedó sorprendido.

—¿Abandonarías la corte por mí?

Gwen asintió lentamente. Thor pudo ver el amor en sus ojos, y su corazón se llenó de gratitud.

—¿A dónde podríamos ir? —preguntó.

—A cualquier parte, no importa dónde. Solo quiero estar contigo.

Thor estaba pletórico de felicidad. Él pensaba lo mismo.

—Es curioso: hay personas que se presentan en tu vida en momentos muy especiales. Tú llegaste cuando mi padre murió, ¿no es extraño? No sé lo que habría hecho si no hubieras estado aquí. Pensar que estuve a punto de perderte a causa de un tonto malentendido...

—Yo también me he hecho esta pregunta —dijo Thor—. ¿Y si no hubiese encontrado a Argon en el bosque? ¿Y si no hubiese hecho lo posible por venir a la Corte del Rey para unirme a la Legión? No te habría conocido, y mi vida habría sido muy diferente.

Se quedaron en silencio, disfrutando del momento.

—Es difícil imaginar que mañana estarás lejos de aquí —dijo Gwen—. Estarás navegando por el mar a bordo de un barco, en un país lejano, bajo otros cielos.

Se incorporó y le dirigió una mirada intensa.

—¿Me prometes que volverás conmigo? —preguntó con un apremio que revelaba una naturaleza apasionada. Pero a Thor esto no le asustó; él también era así.

La miró con semblante serio.

—Te lo prometo.

—Júramelo —dijo Gwen—. Júrame que volverás, que no me dejarás

aquí. Tienes que volver, pase lo que pase.

Thor cogió las manos que Gwen le tendía y la miró fijamente.

—Te lo juro. Volveré contigo pase lo que pase.

Gwen le dio un beso largo y apasionado. Thor cogió su rostro entre las manos y la acercó todavía más. Quería grabar en su memoria el tacto de su piel, el tono de su voz, el olor de su pelo, para no olvidar ni un detalle en los próximos cien días. Pero entonces se despertaron sus nuevos poderes, y una vocecilla le susurró —incluso en este momento, en la cima de su felicidad— que algo se interpondría entre ellos. Y que el juramento que acababa de hacer podía costarle la vida.

Capítulo doce

EREC se puso en marcha con la salida del primer sol. Cuando el segundo sol estaba en el cielo, el sendero empezó a ensancharse y a hacerse menos abrupto. Las piedras de aristas puntiagudas se vieron reemplazadas primero por guijarros redondeados y luego por finas conchas blancas, claro indicio de que se acercaba a una ciudad. Empezó a cruzarse con personas a pie o en carro, transportando mercancías o conduciendo sus bueyes. Era un precioso día de verano, y casi todos se cubrían la cabeza con sombreros de alas anchas para protegerse del sol.

A medida que se aproximaba a la ciudad, la carretera se fue poblando de gente. Erec calculó que estaba cerca de Savaria, principal ciudad del sur, famosa por sus bellas mujeres, sus vinos de alta graduación y sus magníficos caballos. Aunque nunca había tenido oportunidad de visitar Savaria, Erec había oído hablar del famoso torneo que se celebraba allí cada año. El ganador podía elegir a una mujer con la que desposarse entre las jóvenes casaderas. Muchachas de todos los puntos del Anillo acudían cada año al evento con la esperanza de resultar elegidas, y los caballeros más renombrados de las provincias participaban en el torneo para llevarse el premio.

Parecía un buen lugar para empezar su Año de Selección. Erec no esperaba encontrar tan pronto a la mujer que sería su esposa, pero por lo menos el torneo le mantendría en forma. No le cabía duda de que ganaría a cualquier adversario, ya que era la mano derecha del rey, el mejor caballero del reino. Y no lo pensaba por arrogancia, sino tras una comparación objetiva con sus adversarios. Hacía muchos años que nadie vencía a Erec en el terreno de la lucha. Pero en cuanto a encontrar a la mujer adecuada, eso era otra historia.

Subió a una colina para contemplar la ciudad desde arriba: la vieja muralla, tan gruesa como dos hombres juntos, el arroyo que discurría junto al muro, los castillos, con sus torres, parapetos y chapiteles; las casitas de piedra, con sus tejados de pizarra y sus humeantes chimeneas. No cabía duda de que Savaria era una bonita ciudad con mucho encanto, aunque no tan grande como la Corte del Rey.

En una de las torres del castillo había un vigía vestido con el traje rojo y

verde del sur. En cuanto vio a Erec se puso de pie, lo saludó frenéticamente con la mano y sopló una larga trompeta, el saludo oficial de la Guardia del rey. De inmediato se oyó un grito, se levantó la reja de hierro del puente levadizo y dos jinetes salieron al galope a su encuentro.

Erec dedujo que no era frecuente que los miembros de la Plata visitaran el sur, por lo que su llegada se saludaba como un acontecimiento especial, sobre todo porque venía directamente de la Corte del Rey. Además, era el más famoso caballero de la Plata y favorito del rey.

Los soldados, que lucían las barbas rojizas propias de los habitantes de Savaria, se detuvieron sonrientes ante Erec. Sus caballos resoplaban tras la breve carrera.

—Mi señor, es un honor recibiros —dijo uno de ellos—. Hace años que no nos visita ningún miembro de la Corte del Rey.

—¿Qué os trae hasta aquí? —dijo el otro—. ¿Venís por el festival?

—Así es. Es mi Año de Selección, y me temo que me he mostrado demasiado exigente.

Los soldados estallaron en risotadas.

—Lo entiendo bien —dijo uno de ellos—. Yo también llegué a la edad máxima sin haber escogido esposa. Y tampoco me decidí durante mi Año de Selección, de modo que me asignaron una. ¡No hay día en que no lo lamente! —dijo, soltando una alegre carcajada—. Mi esposa no cesa de atormentarme y de recordarme que no la elegí yo.

Erec rio.

—A mí me faltan unos meses para mi Año de Selección —dijo el otro soldado—. Confío en haber encontrado esposa antes.

—Bueno, yo acabo de empezar mi viaje, y no sé si será aquí donde encuentre con quien desposarme —dijo Erec—. Pero me gustaría conocer la ciudad y participar en el torneo.

—Muy bien, mi señor —dijo uno de los soldados—. Nuestro duque estará encantado de teneros. Y nosotros nos sentiremos honrados de poder acompañaros. ¡La llegada de un favorito del rey es un gran acontecimiento! Os tratarán como a un miembro de la realeza.

Erec rio.

—No formo parte de la realeza —dijo—. No soy más que un caballero.

—No un caballero cualquiera, mi señor. Hemos oído cantar vuestras hazañas.

—No hago más que cumplir con mi deber para con el rey. Desde luego

me siento honrado de contar con vuestra compañía. ¡Vayamos a ver al duque!

Dicho esto, partieron al trote. La gente se alineaba a lo largo de la carretera que llevaba a la ciudad con la esperanza de ver a Erec. Los tres entraron por la puerta de piedra conocida como Andalucía y se dirigieron a la amplia plaza central, rodeada de viejas paredes de piedra.

Erec estaba sorprendido de la cantidad de gente que se acercaba a verlo. El duque llegó con algunos de sus hombres. Y alrededor de la plaza se habían congregado decenas de mujeres, bellísimas y vestidas con sus mejores galas, esperando atraer su atención. Resultaba increíble que hubieran venido a verle. Por un momento, Erec se sintió un personaje famoso.

Al ver al duque —un hombre alto y delgado, de aspecto gallardo y postura erguida— recordó que ya lo conocía. Habían coincidido en un evento en la Corte del Rey. También le alegró ver junto al duque a uno de sus compañeros de armas, un miembro de la Plata con el que había combatido en múltiples ocasiones. Se llamaba Brandt. Estuvieron el mismo año en la Legión y juntos se metieron en más de un lío. Tenía el mismo aspecto que la última vez que lo vio, años atrás. Su barba rubia y sus ojos azules le traían a la mente viejos recuerdos.

Brandt bajó sonriente del caballo, y Erec hizo lo propio.

—¡Erec, hijo de mala madre! —gritó alegremente Brandt—. No pensé que te vería lejos de la Corte del Rey —dijo, dándole un cálido abrazo.

—Tampoco yo pensé que volvería a verte, viejo amigo.

Con gesto amistoso, el duque le puso la mano sobre el antebrazo.

—¡Estamos encantados de que estés aquí! Eres bienvenido. ¡Es como tener al propio rey! Y hacía años que no nos veíamos.

El duque volvió la cabeza para llamar a sus guardias, que acudieron al momento.

—Preparad la sala del banquete. Hoy celebraremos un festín en honor de nuestro hermano Erec.

—¡Eso, eso! —gritó alegremente la multitud.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Brandt—. ¿Te ha enviado el rey?

—Me temo que no... Esta vez vengo por un asunto personal.

Brandt le miró atentamente, con las cejas levantadas, hasta que el rostro se le iluminó al comprender.

—¡No me digas que estás en tu Año de Selección! Menudo granuja. Todavía no tienes novia, ¿verdad? ¡Lo sabía! Siempre te interesaron más las espadas que las damas. Nunca entendí a qué esperabas para comprometerte,

cuando tenías a tus pies a la mitad de las señoritas de la Corte del Rey.

Erec rio.

—Tampoco yo entiendo por qué he esperado tanto, amigo. Pero llevas razón. Aquí me tienes, dispuesto a participar en el torneo.

—¡Oh! —gritaron al mismo tiempo Brandt y el duque—.

—Entonces, ¿vas a participar? —preguntó el duque—. Entonces nos hemos quedado sin torneo. ¿Quién puede ganarte en un combate?

—Yo puedo ponérselo difícil —protestó Brandt—. De hecho, recuerdo que la última vez que nos enfrentamos, en el campo de la Legión, gané yo.

Erec rio.

—Entonces, ¿eras tú?

—Sí, teníamos diez años. ¡Y no tenías ni la más remota posibilidad! —gritó Brandt.

Erec rio.

—No te he ganado desde entonces —dijo Brandt—. Pero como no te ha ganado nadie, tampoco me siento mal. Pero puedes darme una segunda oportunidad, ¿no?

Le pasó un brazo a Erec por los hombros y se lo llevó hacia el castillo. El duque y sus hombres los siguieron.

—¡Apartaos, rufianes! —gritó alegremente Brandt—. Aquí tenemos a un auténtico miembro de la Plata.

Erec reía, feliz de encontrarse entre amigos.

—Puede que seas el mejor guerrero, pero apuesto a que todavía consigo emborracharte.

—Eso ya lo veremos —dijo Erec.

—Desde luego, será un acontecimiento que entres en el torneo —dijo el duque—. Sobre todo para estas señoritas. Míralas bien. Todas te miran. Han venido desde todos los rincones del Anillo en busca de marido. ¡Y tú serás el preferido!

—Esta noche en el banquete las verás de cerca —dijo Brandt—. Podrás elegir. ¡Espero que esta noche te decidas por una! Este año los juegos serán mucho más interesantes.

Entre las damas que se habían acercado a curiosear y los caballeros que miraban con disimulo a su nuevo competidor, Erec se sintió muy bien recibido. Estaba contento de encontrarse junto a su viejo amigo, y tras cabalgar durante todo el día se las prometía muy felices con el banquete y la fiesta de la noche, aunque también le preocupaba enfrentarse a la elección de esposa. Al ver la

belleza de aquellas mujeres, sin embargo, se dijo que tal vez esta noche lo cambiaría todo.

Capítulo trece

ERA temprano, pero Godfrey ya había tomado unas cuantas copas y estaba en la taberna con dos compañeros de borrachera: Akorth, un hombre alto y gordo, con poblada barba pelirroja, y Fulton, delgado y con voz rasposa, prematuramente envejecido a causa de la bebida.

Había sido una semana horrorosa. Primero la muerte y el funeral de su padre, y luego la coronación de su hermano Gareth. No cabía duda de que necesitaba un trago. Después de todo, ¿qué mejor que brindar por un hermano al que detestaba y despedirse de un padre que siempre le había mirado con desaprobación? Sin embargo, estaba triste. Siempre pensó que la muerte de su padre le alegraría, porque le daría libertad para vivir su propia vida y beber cuanto quisiera sin que nadie se lo reprochara. Y en cierto modo, se sentía liberado. Pero al mismo tiempo le asaltó un inesperado remordimiento, un sentimiento que brotaba de lo más profundo de su ser, y que había mantenido reprimido durante mucho tiempo. Lo cierto era que la muerte de su padre le entristecía. Hubiera querido que siguiera vivo, y sobre todo que le demostrara cariño, que le admitiera como era, aunque fuera solo por un momento.

Lo más curioso era que no se sentía totalmente libre. Creía que la muerte de su padre le llevaría a pasar más tiempo en la taberna con sus amigos, pero había perdido las ganas de beber. Ahora tenía un sentimiento nuevo: ganas de salir y hacer algo, algo responsable, aunque no sabía qué. Era como si de repente fuera capaz de ponerse en el lugar de su padre.

—¡Otra ronda! —gritó Akorth. Y el tabernero se apresuró a ponerles en las manos tres nuevas jarras de cerveza espumosa.

Godfrey se llevó su jarra a la boca y bebió un largo trago, notando cómo se le subía a la cabeza. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaban los tres solos en el bar, lo que no era extraño, porque todavía era temprano. El día ya se le estaba haciendo largo. Volvió a invadirle la tristeza cuando al mirarse los zapatos vio que los tenía manchados de tierra, la tierra de la tumba de su padre. Esto le llevó a pensar en su propia muerte y en cómo estaba viviendo su vida, en cómo la desperdiciaba. Solo tenía dieciocho años, pero ya sentía que era demasiado tarde. ¿O todavía podría dar un vuelco a su existencia y convertirse en el hijo que su padre siempre había deseado?

Dejó la jarra en la mesa y se volvió hacia Akorth.

—¿Crees que ya es tarde para mí?

Akorth apuró una jarra de cerveza y se llevó a la boca una nueva jarra con la otra mano. Cuando acabó de beber dejó oír un sonoro eructo.

—¿A qué te refieres?

—A convertirme en un ciudadano ejemplar. En un guerrero, en una persona útil. ¿Crees que podría?

—¿Te refieres a hacer algo responsable y útil con tu vida?

—Sí.

—¿Quieres decir, convertirte en uno de ellos? —intervino Fulton.

—Sí —dijo Godfrey—. ¿Crees que estaría a tiempo, si quisiera?

Akorth soltó una risotada que hizo estremecer la taberna y dio un golpe sobre la mesa con la palma abierta.

—Este asunto te ha afectado mucho, ¿verdad? —bramó Akorth con su vozarrón—. Me asusta un poco oírte hablar así. ¿Quién quiere ser como ellos? Es demasiado aburrido.

—Con nosotros lo pasas mejor —dijo Fulton—. Tenemos toda la vida por delante. ¿Por qué perder el tiempo siendo responsable cuando puedes perder el tiempo bebiendo?

Fulton celebró su propio chiste con risotadas, y Akorth se le unió.

Godfrey volvió la mirada a su jarra de cerveza. No sabía qué pensar. En parte, estaba de acuerdo con sus amigos. Después de todo, era lo que siempre había pensado, su filosofía de vida. Pero no podía negar que estaba empezando a preguntarse si no habría nada más; estaba cansado de hacer siempre lo mismo. Sobre todo, estaba indignado y, curiosamente, sentía deseos de vengarse, no solo de su padre, sino de su asesino. Tal vez lo único que quería era entender. Necesitaba saber quién había matado a su padre. ¿Quién podía haber deseado su muerte y por qué? ¿Cómo había conseguido burlar a los guardias y escapar?

Repasó otra vez todas las posibilidades, todas las personas que podían haber deseado la muerte del rey. No podía dejar de pensar en su hermano Gareth. Recordó la reunión con sus hermanos, cuando él se marchó tan precipitadamente. Le dijeron que el rey había nombrado como sucesora a Gwendolyn. Debía de ser la única decisión correcta que su padre había tomado en toda su vida; la única que encontraba digna de respeto. A Godfrey nunca le había gustado su hermano Gareth: era malo y calculador. Su padre había hecho lo acertado al negarle el trono; sin embargo, al final lo habían coronado.

Godfrey no dejaba de dar vueltas al tema. Había un detalle que le obsesionaba: desde niño había visto una mirada de odio en los ojos de Gareth, y esto le llevaba a preguntarse si habría tenido algo que ver en el asesinato. En cierto modo, estaba convencido de que tenía algo que ver, pero nadie iba a tomarle en serio a él, a Godfrey el borracho.

Tenía que averiguarlo, aunque solo fuera para congraciarse con su padre, para compensar el tiempo que había echado por la borda. Si no se había ganado la aprobación del rey en vida, a lo mejor lo conseguía después de muerto. Se masajeó la cabeza intentando pensar con claridad. Había algo que tenía que rescatar del olvido, un recuerdo que no acababa de aflorar a la conciencia, una imagen que no podía precisar, aunque sabía que era importante. Se devanó los sesos, abstrayéndose de las risotadas de sus amigos.

De repente recordó aquel día en el bosque, cuando se encontraron a Gareth en compañía de Firth. Ya entonces pensó que era muy raro, y ahora recordaba que no pudieron explicar qué hacían allí o a dónde iban. Se incorporó de repente, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y miró a Akorth.

—¿Recuerdas que el otro día en el bosque nos encontramos con mi hermano Gareth?

Akorth arrugó la frente, intentando aclarar las brumas del alcohol.

—¡Lo vi en compañía de su novio! —dijo burlón.

—¡Seguro que iban de la mano! —dijo Fulton, echándose a reír.

Pero Godfrey no estaba de humor para bromas.

—¿Recuerdas de dónde venían?

—¿De dónde? —preguntó Akorth.

—Se lo preguntaste y no te lo dijeron —recordó entonces Fulton.

En la mente de Godfrey iba tomando forma una idea.

—¿No os parece extraño que estuvieran allí, en medio de ninguna parte? ¿Recuerdas cómo iba vestido? Llevaba una capa y una capucha en un cálido día de verano. Y caminaba deprisa, como si se dirigiera a alguna parte o viniera de alguna parte.

El asunto le parecía cada vez más claro.

Akorth miraba a Godfrey con asombro.

—¿A dónde intentas llegar? —preguntó—. Porque si esperas que yo lo adivine, vas muy errado, amigo. Lo que yo digo es: ¡si quieres llegar al final del asunto, pide otra jarra! —gritó entre risotadas.

Pero Godfrey hablaba en serio y estaba concentrado. Esta vez no

permitiría distracciones.

—Creo que iban a alguna parte —dijo, pensando en voz alta—. Creo que iban a alguna parte y que llevaban malas intenciones.

Miró fijamente a sus amigos.

—Y creo que tiene algo que ver con la muerte de mi padre.

Akorth y Fulton se pusieron serios de golpe y se le quedaron mirando.

—Esto es algo muy serio —dijo Akorth.

—¿Acusas a tu hermano y a su novio de matar al rey? —preguntó Fulton.

El tabernero los oyó y se quedó paralizado en el sitio.

Godfrey estaba concentrado, pensando, imbuido de un sentimiento de responsabilidad al que no estaba acostumbrado.

—Es exactamente lo que quiero decir —respondió al fin.

—Es peligroso que digas eso —le advirtió el tabernero—. Ahora tu hermano es el rey. Si alguien te oye, pueden meterte en el calabozo.

—Mi *padre* es el rey —corrigió Godfrey en tono severo. Se sentía imbuido de una nueva fuerza—. Mi hermano Gareth solo lleva una corona en la cabeza, pero no es un rey. Es un príncipe, igual que yo. Y ni siquiera es muy bueno como príncipe.

El tabernero movió lentamente la cabeza y apartó la vista.

—¿A dónde iban? ¿Qué hay en el bosque? —Godfrey necesitaba saberlo. Agarró a Akorth de la muñeca.

—Cálmate, amigo. No te pongas nervioso...

—Necesito saber qué hay en ese bosque —insistió Godfrey.

Akoth parecía encontrarse en estado de *shock*. En su mirada se leía un respeto que Godfrey no había visto jamás en él.

—¿Qué mosca te ha picado? No puedo contestar, no tengo ni idea.

—Espera un momento, creo que sí que hay algo en el bosque —dijo Fulton.

Godfrey volvió la cabeza.

—Bueno, no ahí exactamente, sino cerca, en Blackwood, a unos pocos kilómetros. Se dice que allí vive una bruja.

—¿Una bruja? —repitió Godfrey lentamente. De repente todo encajaba.

—Sí, eso se dice. ¿Crees que se dirigían allí?

Godfrey se bajó del taburete, que cayó al suelo, y salió corriendo a la calle. Sus dos amigos saltaron también y corrieron tras él.

—¿A dónde vas? —gritó Akorth—. ¿Te has vuelto loco?

Cuando abrió la puerta de la taberna, la luz de la mañana le deslumbró.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía plenamente vivo. Dio media vuelta y miró por última vez el interior de la taberna.

—Voy a encontrar al asesino de mi padre.

Capítulo catorce

STEFFEN se encogía tembloroso bajo los latigazos de su jefe y se tapaba la cabeza con los brazos.

—¡Te ordené que vaciaras el recipiente cuando estuviera lleno! ¡Mira el estropicio que has organizado!

A Steffen no le gustaba que le gritaran. Había nacido deforme y jorobado, había tenido que soportar muchos gritos desde niño. Sus hermanos no lo aceptaban, no tenía amigos, nadie le hacía caso. Sus padres se avergonzaban de él. Fingieron que no existía, y en cuanto pudieron lo echaron de casa para que se las arreglara como pudiera.

Desde entonces, Steffen había llevado una vida dura y solitaria. Vivía de trabajos esporádicos y de pedir limosna, hasta que encontró un empleo en las tripas del castillo del rey. Él y otros criados se repartían la dura tarea de vaciar el recipiente de los desechos. Durante años, su tarea consistió en esperar a que el enorme recipiente de hierro se hubiera llenado con las aguas menores y mayores de los pisos superiores; entonces, él y otro criado levantaban el recipiente, lo sacaban por la puerta trasera, atravesaban el campo hasta el río y lo vaciaban allí.

Durante este tiempo, Steffen había aprendido a hacer bien su tarea. No le afectaba el transporte del pesado orinal, puesto que ya era jorobado. En cuanto a la fetidez, había aprendido a ignorarla, a pensar en otras cosas mientras hacía su trabajo. Y es que Steffen tenía una viva imaginación y no le costaba trasladarse mentalmente a una realidad paralela. También poseía una gran capacidad de observación. Todo el mundo tendía a minusvalorarlo, pero en realidad Steffen lo veía y lo oía todo y lo absorbía como una esponja. Era mucho más sensible y observador de lo que la gente creía.

El día en que un puñal cayó en el recipiente de los desechos, Steffen fue el único que se dio cuenta de que algo había sonado distinto. Steffen oyó el clic de un metal y comprendió que pasaba algo raro. Habían tirado un objeto equivocado, ya fuera por accidente o —lo más probable— a propósito. De modo que esperó a quedarse solo, se acercó al recipiente tapándose la nariz con los dedos, enrolló la manga por encima del codo y metió el brazo dentro de la porquería. Buscó y rebuscó hasta dar con un objeto largo de metal. No se había equivocado. Antes de sacarlo a la superficie ya sabía que se trataba de

un puñal. Lo sacó rápidamente y, tras asegurarse de que nadie miraba, lo envolvió en unos harapos y lo escondió tras un ladrillo suelto.

Días más tarde, en un momento en que no había moros en la costa, levantó rápidamente el ladrillo y examinó el arma con más calma. No había visto nunca un puñal tan bellamente trabajado. Desde luego, no pertenecía a un plebeyo; era un arma de la aristocracia, un objeto muy valioso y caro.

A la luz de la antorcha comprobó que tenía algunas manchas que no se iban. Eran manchas de sangre. Esto le extrañó, pero entonces recordó que el puñal había caído al recipiente la misma noche en que asesinaron al rey, y le temblaron las manos al pensar que tal vez había encontrado el arma del crimen.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido?

Su jefe seguía azotándole con el látigo. Steffen se encogió más y envolvió rápidamente el puñal en unos trapos. Confiaba en que su amo no hubiera visto nada. Mientras estaba examinando el puñal, el orinal había rebosado. Steffen no esperaba que su jefe estuviera tan cerca. Pero estaba acostumbrado a este trato, y se limitó a apretar los dientes y a esperar que cesaran los latigazos.

—Si vuelves a dejar que el recipiente rebose, te echaré a patadas. No, haré que te encadenen y te arrojen al calabozo, estúpido jorobado. ¡No entiendo cómo te aguantó!

Normalmente los latigazos cesaban al poco rato, pero esta vez su jefe — un hombre gordo, con la cara marcada de viruela y unos ojillos perezosos— se ensañaba especialmente con él. Los latigazos continuaron cayendo sobre Steffen, hasta que de repente algo se desató en su interior. Ya no aguantaba más. Sin pensárselo, cogió el puñal y se lo clavó a su jefe entre las costillas.

El hombre soltó un grito ahogado y se quedó inmóvil, tieso como una estaca. Miraba a Steffen con horror e incredulidad. Los latigazos cesaron, pero Steffen estaba furioso. Toda la ira que había acumulado durante años se desbordó. Con una mano cogió a su jefe por el cuello, mientras con la otra hundía más el puñal y lo dirigía al corazón. Del pecho del hombre manaba un auténtico río de sangre.

Steffen no podía creer que hubiera tenido el valor de hacer algo así, pero disfrutó cada instante. Llevaba años soportando los malos tratos de ese hombre espantoso que lo azotaba con saña. Por fin había llegado su hora de la venganza.

—Te lo mereces por maltratarme —le dijo—. ¿Crees que eres el único que tiene poder aquí? ¿Cómo te sientes ahora?

Su jefe cayó al suelo entre jadeos y estertores. Murió en cuanto llegó al suelo y se quedó allí tendido, con el puñal clavado en el pecho.

No había nadie más a aquellas horas de la noche. Tras mirar a un lado y a otro para comprobar que estaban solos, Steffen extrajo el puñal, lo envolvió en un trapo y lo escondió de nuevo detrás del ladrillo suelto. Aquella daga desprendía una energía maligna que le atraía, le incitaba a usarla. Pero al contemplar el cadáver de su jefe en el suelo le invadió el pánico. ¿Qué había hecho? No entendía qué le había pasado; nunca había matado a nadie. Se inclinó para coger el cadáver de su jefe, se lo echó sobre los hombros y lo arrojó al enorme recipiente de los desechos, donde cayó con un chapoteo, salpicándolo todo de agua sucia. Por fortuna, el recipiente era hondo y el cadáver se fue al fondo.

En el próximo turno, Steffen vaciaría el recipiente con la ayuda de un criado que siempre estaba tan borracho que no se daría cuenta de nada, un hombre que siempre apartaba la mirada y se tapaba la nariz para no notar el mal olor. Ni siquiera se daría cuenta de que el recipiente pesaba más de lo acostumbrado. Y cuando lo vaciaran en el río, no se daría cuenta de que la corriente se llevaba un cadáver flotando.

Steffen confiaba en que el río se llevara a su jefe al infierno.

Capítulo quince

GARETH intentaba disimular su nerviosismo en su primera reunión de gobierno. Estaba sentado en el trono de su padre, en la amplia sala del consejo. Desde la mesa semicircular, los consejeros de su padre le miraban con expresión grave y sin mucho convencimiento.

Gareth empezaba a asimilar la situación: era el trono de su padre, los aposentos de su padre, los asuntos de su padre, sus leales consejeros. A lo mejor se estaba volviendo paranoico, pero no se sentía cómodo frente a ellos. No podía evitar preguntarse si sospechaban que él lo había matado.

Por primera vez, sintió sobre sus hombros el peso de las obligaciones que había contraído. Ocupar el trono significaba que todas las cargas, las decisiones y las responsabilidades recaían sobre él. No se sentía preparado para esto. Siempre había querido ser rey, pero no había pensado nunca en lo que significaba a un nivel práctico, cotidiano.

El consejo llevaba horas debatiendo diversos asuntos, pero Gareth no sabía qué decidir en cada caso. No podía evitar la sensación de que cada nuevo problema que le presentaban era una muestra de rechazo, como si quisieran recalcar su incapacidad, su falta de experiencia. Demasiado pronto comprendió que no tenía ni los conocimientos ni la sabiduría de su padre para gobernar, y además carecía de experiencia. No estaba preparado para tomar decisiones, y sabía perfectamente que las que había tomado eran desacertadas.

Lo que más le inquietaba era que la investigación sobre el asesinato de su padre seguía en marcha. Temía que descubrieran algo sobre Firth, lo que sin duda les conduciría hasta él. No estaría tranquilo hasta que no hubiera alejado ese riesgo, y planeaba la manera de encontrar otro culpable. Era arriesgado, desde luego, pero matar a su padre había sido un riesgo.

—Mi señor —dijo en tono de gravedad uno de los consejeros. Owen, el tesorero del reino, estaba desenrollando un pergamino tan largo que parecía no tener fin—. Me temo que nos encontramos casi en bancarrota. La situación es muy grave. Advertí sobre ello a vuestro padre, pero no tomó las decisiones oportunas. No quiso cargar al pueblo con un nuevo impuesto, ni tampoco a la aristocracia. Sinceramente, no creo que tuviera un plan. Creo que pensaba que todo se arreglaría de un modo u otro, pero no ha sido así. Hay que dar de comer al ejército, y hay que reparar las armas. Hay que pagar a los herreros,

cuidar de la caballería. Y nuestra tesorería está prácticamente vacía. ¿Qué proponéis que hagamos, señor?

Gareth se quedó callado. No tenía ni idea de qué decir.

—¿Qué propondrías vos? —preguntó.

Owen carraspeó desconcertado. Al parecer era la primera vez que el rey le pedía su opinión.

—Bueno, mi señor... Hmmm. A vuestro padre le propuse crear un nuevo impuesto para el pueblo, pero consideró que era una mala idea.

—Es una mala idea —intervino Earnan—. El pueblo se rebelaría contra un nuevo impuesto. Y sin el pueblo no somos nadie.

Gareth miró al joven sentado a su derecha. Era Berel, un amigo de infancia, un aristócrata sin formación militar, tan cínico y ambicioso como el mismo Gareth. Y es que el nuevo rey se había traído al consejo a sus propios amigos como consejeros, a fin de equilibrar las fuerzas. Representaban a la nueva generación. Esto no había sentado bien a la vieja guardia.

—¿Qué opinas, Berel? —le preguntó.

El joven arqueó una ceja y respondió con voz segura y pausada:

—Ponedles una nueva tasa; que paguen el triple que hasta ahora. Haced que el pueblo note el peso de vuestro nuevo poder, que os tenga miedo. Es la única manera de gobernar.

—¿Desde cuándo sabéis vos lo que significa gobernar? —le preguntó Aberthol.

—Perdonad, mi señor, ¿quién es esta persona? —Brom estaba indignado—. Somos el gobierno del rey, y no hemos dado nuestra aprobación a la incorporación de nuevos miembros.

—Es mi gobierno y hago en él lo que quiero —replicó Gareth—. Berel es uno de mis nuevos consejeros. Y su idea me gusta. Triplicaremos la tasa que paga el pueblo. Así llenaremos las arcas y haremos que el pueblo sienta el peso de la autoridad. Entenderán que yo soy el rey y que deben temerme... más de lo que temían a mi padre.

—Mi señor —dijo Aberthol—, debo advertiros contra esa forma de actuar. No es bueno tomar una decisión así con tal precipitación. Provocará una revuelta de los súbditos.

—Son *mis* súbditos —bramó Gareth—. Puedo hacer con ellos lo que quiera. He tomado mi decisión. ¿Qué otros temas me habéis traído?

Los miembros del consejo se miraron inquietos unos a otros. De repente, Brom se puso de pie.

—Mi señor, con todos los respetos, he de decirles que no puedo formar parte de un gobierno al que no se escucha. Participé en las reuniones de este consejo durante años, y en atención a su memoria estoy aquí para servirlos. Pero no sois mi rey. Y no participaré en un gobierno que no respete a sus miembros originales. Habéis traído a unos intrusos que ignoran lo que significa dirigir un reino. No pienso participar en esta farsa. Por lo tanto, renuncio a mi puesto.

Dicho esto, Brom apartó la silla y se marchó dando un portazo cuyo eco retumbó una y otra vez en la amplia sala.

Aunque no lo demostró, Gareth se quedó asustado. La baraja de cartas se desmoronaba a su alrededor. ¿Se había pasado de la raya? Pero lo que dijo fue:

—No importa. No lo necesitamos. Tengo a mi propio consejero en asuntos militares.

—¿Decís que no lo necesitamos, mi señor? Es uno de nuestros mejores generales —le recordó Aberthol—. Y era el mejor consejero de vuestro padre.

—Los consejeros de mi padre no son mis consejeros —advirtió Gareth en tono amenazador—. Empezamos una nueva etapa. Si hay alguien más que se sienta descontento, es preferible que se marche ahora.

Con el corazón encogido, esperó a que otros consejeros se levantaran y abandonaran la sala, pero sorprendentemente nadie se movió; se limitaron a mirarle estupefactos. Gareth había considerado necesario afirmar su autoridad para tomar posesión de su reino. Pero la tensión le dejó extenuado. Estaba sudando y solo quería acabar la reunión cuanto antes. Llevaban demasiadas horas reunidos.

—¿Hay algo más, o podemos dar por terminada la reunión? —preguntó en tono impaciente.

—Mi señor, hay otro asunto de importancia —dijo Bradaigh—. La noticia de la muerte de vuestro padre se ha extendido a todos los rincones del Anillo. Según nuestros espías, los MacCloud se han reunido con un contingente de las Tierras Agrestes. Al parecer tienen intención de atacarnos, ya sea en solitario o con la ayuda del Imperio. Es posible que les permitan atravesar el Cañón por el Paso del Oeste. Sugiero que movilizemos nuestras fuerzas y dupliquemos las patrullas en la Cordillera.

Gareth se quedó estupefacto. No sabía qué decisión tomar. Nunca había sido muy ducho en estrategias militares, y la sola idea de que los MacCloud

podrían invadirlos le aterrizzaba.

—Los MacCloud no permitirán que el Imperio penetre en el Cañón — dijo—. Esto los pondría en peligro también a ellos. Pero es posible que nos ataquen, por más que mi hermana se haya convertido en su nueva princesa. Tal vez sea mejor no esperar y atacarles primero.

—¿Atacarles sin que medie provocación? —preguntó Kelvin—. Eso desataría una auténtica guerra.

Gareth se quedó pensativo, con el mentón apoyado en la mano. Se preguntó cuándo acabaría esa pesadez insoportable. No quería seguir pensando, quería salir de allí. Su principal preocupación era la investigación acerca del asesinato de su padre.

—Reflexionaré sobre lo que podemos hacer —dijo en tono cortante—. Mientras tanto, tengo que hablaros de un tema mucho más urgente: el asesinato de mi padre. He oído que han encontrado al asesino.

—¿Cómo?

—¿Es posible, mi señor?

—¿Quién? ¿Cuándo?

Todos los consejeros gritaban al mismo tiempo, y algunos incluso se pusieron de pie, llenos de indignación.

Era justamente la reacción que Gareth esperaba de ellos. Sonrió para sí y le hizo una seña a Firth, que esperaba de pie junto a la pared, para que se acercara. Con gesto teatral, Firth le tendió un objeto que llevaba en la mano, y Gareth lo levantó para que todos pudieran verlo. Era un frasquito.

—Es raíz de mandrágora, el veneno utilizado para intentar matar a mi padre la noche del banquete. Como podéis ver, está casi vacío. Este frasco fue encontrado esa misma noche en la habitación del asesino.

—¡Decidnos quién es el asesino, mi señor! —clamó Aberthol.

Gareth hizo un esfuerzo por fingir que le dolía dar la noticia.

—Me apena decir que se trata de mi hermano mayor, el hijo primogénito de mi padre: Kendrick.

—¿Cómo puede ser?

—¡Es indignante!

—¡No es posible! —gritaron los consejeros.

—Oh, me temo que es cierto —respondió Gareth—. Hay pruebas que lo atestiguan. He ordenado a mis hombres que lo detengan. Será encerrado en el calabozo y juzgado por el asesinato de mi padre.

Los consejeros empezaron a hablar todos a la vez.

—¡Pero Kendrick era el favorito de vuestro padre! —gritó Duwayne—. Siempre fue el más leal.

—Tiene que ser un error —dijo Bradaigh.

—¡Todavía estamos investigando este caso! —exclamó Kelvin.

—Dad por concluida la investigación —dijo Gareth—. Ya no es necesaria.

—Todo encaja. —Firth dio un paso adelante—. Kendrick tenía el motivo. Era el primogénito, pero estaba fuera de la línea sucesoria. Esta ha sido su venganza.

Los consejeros intercambiaron miradas de escepticismo.

—Estáis en un error —intervino Aberthol—. Kendrick no es ambicioso. Es un guerrero leal.

Gareth se sintió satisfecho al ver que los consejeros discutían entre ellos. Era justo lo que quería: plantar en sus mentes la semilla de la duda. Había encontrado un chivo expiatorio al que culpar y encerrar. No le concedería juicio alguno. Haría saber al reino que el asunto había concluido de forma rápida y satisfactoria. Y de paso se libraba de un posible pretendiente al trono.

Se apoyó en el respaldo y contempló satisfecho la caótica situación que había creado. Empezaba a pensar que, después de todo, el papel de rey no le venía tan mal.

En realidad le venía como anillo al dedo.

Capítulo dieciséis

THOR llevaba horas caminando con los numerosos miembros de la Legión por una ancha carretera de tierra que parecía no tener fin. Junto a él estaban Reese, O'Connor, Elden y los gemelos, y *Krohn* le seguía de cerca. Se dirigían al lejano Cañón, donde acababa su primer tramo del viaje al Mar Tartuvio.

Después de pasar la noche con Gwen, Thor se levantó con el alba para llegar a tiempo a los barracones. Allí cogió su petate, sus armas y su honda y pudo salir con todos los demás. Le parecía increíble estar a punto de iniciar con los chicos la aventura más grande de su vida, la que los convertiría en hombres hechos y derechos: cien días repletos de peligros. Se notaba la tensión en el aire. Algunos chicos caminaban llenos de ilusión, pero otros permanecían en silencio y parecían asustados. Al parecer, dos chicos de la Legión se habían escapado durante la noche porque tenían miedo de embarcar rumbo a la Prueba de los Cien Días.

Thor se alegraba de que ninguno de sus nuevos amigos se hubiera marchado. No estaba demasiado asustado, tenía otras cosas en que pensar. El recuerdo de la noche pasada con Gwendolyn no se apartaba de su mente: su rostro, su voz, su energía. Era como si la tuviera delante. Había sido un día y una noche de magia, unos momentos inolvidables. Pensar en Gwendolyn le llenaba el corazón de gozo y le hacía sentir que todo estaba bien en el mundo, independientemente de lo que ocurriera durante aquellos cien días. Llevando a Gwendolyn en su corazón, podría soportarlo todo. Tenía una razón para volver con vida.

Juntos recordaron al rey fallecido y se sintieron unidos por la pena. Para Thor fue un alivio compartir su tristeza con ella; le proporcionó el sentimiento de paz que necesitaba. Apenas cerraba los ojos, vislumbraba el lago de aguas transparentes y la isla recóndita donde había estado con Gwendolyn, el lugar más extraordinario que había visto jamás. Estuvieron toda la noche contemplando las estrellas, y Gwendolyn se quedó dormida entre sus brazos. No se desnudaron, pero se estuvieron besando toda la noche, hasta que ella se hizo un ovillo y apoyó la cabeza en su pecho. Era la primera vez que tenía a una joven dormida en sus brazos. En algunos momentos, Gwen lloró, y Thor comprendió que lloraba por su padre.

Se despertó con el alba. Estaba saliendo el primer sol, y una preciosa luz

rojiza iluminaba el horizonte. Aquella silenciosa mañana de verano, Thor se sintió feliz con Gwendolyn dormida en sus brazos. Notaba el calor de su cuerpo, la suave brisa que movía lentamente las ramas de los árboles, y tuvo la sensación de que todo era perfecto. Era la primera vez que se despertaba con tal sentimiento de amor y de armonía con el mundo. Por primera vez, se sentía *deseado* por alguien.

La despedida fue triste. Thor debía regresar corriendo a la Legión. Con las lágrimas rodándole por las mejillas, Gwen le abrazó fuerte durante largo rato, resistiéndose a dejarle marchar.

—Júramelo otra vez —le susurró—. Júrame que volverás.

—Te lo juro.

Thor conservaba en la retina la imagen de Gwen mirándole con ojos llenos de lágrimas y de anhelo. Ahora que marchaba por la carretera con sus hermanos de la Legión, esa imagen le daba fuerzas.

—No tengo muchas ganas de volver a atravesar el Cañón —dijo una voz.

Las palabras de Elden sacaron bruscamente a Thor de su ensoñación. Su amigo miraba con expresión temerosa la silueta del puente en la distancia. Era el Paso del Este, guardado por cientos de soldados alineados.

—Yo tampoco —admitió O'Connor.

—Esta vez será distinto —dijo Reese—. Vamos en grupo. Estaremos poco tiempo en las Tierras Agrestes; enseguida embarcamos. Es el camino más corto para llegar a los barcos, pero no nos adentraremos mucho en el territorio.

—Pero estaremos más allá del Cañón, y puede ocurrir cualquier cosa —dijo Conval.

Todos se quedaron en silencio. Thor oía el retumbar de cientos de botas caminando sobre las piedras, los cascos de los caballos que acompañaban a los guerreros y el jadeo de *Krohn* que corría junto a él. Podía oler los caballos, el sudor de los jóvenes asustados. Él no tenía miedo. Estaba emocionado, nervioso, y anhelaba volver a ver a Gwendolyn.

—Bueno, pensad que cuando volvamos, dentro de tres meses, seremos otros —dijo O'Connor—. Habremos cambiado.

—*Si es que* volvemos —corrigió Reese.

Thor contempló a los jóvenes y a los hombres a su alrededor y pensó que aquel momento no se repetiría. El mundo cambiaba constantemente, a cada minuto. Era difícil conservar algo. Le habría gustado poder congelar el momento que estaba viviendo, pero sabía perfectamente que era imposible.

Por fin llegaron a la base del Paso del Este, donde se detuvieron antes de cruzar el puente. Los miembros de la Legión contemplaban con temor reverencial el larguísimo puente que se perdía en la distancia. A Thor no le extrañó; era la segunda vez que lo veía y seguía impresionándole. El puente colgaba sobre un abismo tan profundo que no se veía el fondo, y aunque estaba repleto de soldados del rey formados en hilera, uno tenía la impresión de que poner un pie allí era emprender un camino sin retorno.

Cuando empezaron a recorrer el puente, en fila india y en silencio, Thor comprendió lo mucho que se jugaban. Esto ya no era un ejercicio de entrenamiento. Cuando abandonaran la protección del Anillo, entrarían en las Tierras Agrestes como auténticos guerreros que luchan a vida o muerte. Cualquiera podía matarlos en cualquier momento.

Todos estaban tensos y tendían a acercarse unos a otros; caminaban apretando la mandíbula, listas las manos sobre la empuñadura de la espada. El viento ululaba y soplabla desde cualquier dirección.. y de repente paraba. Thor no quería mirar hacia abajo pero no pudo evitarlo. Y se arrepintió, porque lo que vio fue un profundísimo abismo que acababa en un fondo de niebla. Tragó saliva, y por enésima vez se asombró del poder que poseía el lugar. *Krohn* gruñó y se acercó a Thor para frotarse contra sus pantorrillas.

Siguieron caminando y caminando. El puente parecía no acabar nunca. De repente se oyó un chillido que provenía de lo alto. Era *Estopheles*, que volaba en círculo sobre ellos. Cuando vio que su halcón bajaba en picado, Thor se cubrió el brazo con la manga y lo levantó, esperando que se posara allí. Pero *Estopheles* llevaba en la garra un objeto que parecía un pergamino. Cuando el pergamino cayó a los pies de Thor, el halcón emitió un chillido y se alejó volando. *Krohn* corrió a cogerlo entre los dientes y se lo llevó a su amo.

—¿Qué es? —preguntó Reese.

—¿Un mensaje? —aventuró O'Connor.

Thor desenrolló el pergamino con mucho cuidado, convencido de que tenía que ser un mensaje para él. En cuanto vio la letra, supo que era de Gwendolyn y lo protegió con celo. Lo sostuvo con manos temblorosas sin dejar de caminar.

Pasarán muchos días hasta que volvamos a vernos, y es posible que no nos veamos nunca más. No encuentro palabras para expresarte cómo me siento. No dejo de pensar en ti. Estaré a tu lado en todo momento, dondequiera que vayas. Tienes mi corazón en tus manos. Espero que lo manejes con cuidado. Piensa en mí y regresa a mi lado. Con todo mi

amor, Gwendolyn —¿Qué es? —preguntó Elden.

—¿De quién es el mensaje que lees? —bromeó Conval.

Thor no respondió. Enrolló el pergamino y se lo metió en el bolsillo. No estaba seguro de querer que los demás conocieran su contenido.

—¿Es de mi hermana? —le susurró Reese.

Thor esperó a que los demás no miraran para hacer un gesto de asentimiento.

Reese pareció comprender.

—Se ha enamorado de ti, amigo. Espero que la trates bien. Es delicada. Y la quiero mucho.

Thor releía mentalmente el mensaje de Gwen, lleno de emoción. Había estado pensando en ella todo el rato, y de repente le caía un mensaje del cielo, como si sus pensamientos se hubieran materializado. Sentía un inmenso amor por Gwen, y ya estaba contando los días que le faltaban para verla. Por primera vez en mucho tiempo tenía algo a lo que aferrarse, un puerto al que regresar.

Todavía tardaron en llegar al otro lado del Cañón. Pisar el suelo de las Tierras Agrestes fue como una sacudida eléctrica. ¡Ya estaban fuera de la protección del escudo de energía! De inmediato, Thor se sintió vulnerable, y a los demás les debió de pasar lo mismo, porque se llevaron las manos a las empuñaduras y se pusieron en posición de alerta. Siguieron un camino que se internaba en un espeso bosque. Se oían extraños ruidos de animales a su alrededor.

Kolk se adelantó y les dirigió unas palabras.

—Tenéis que permanecer juntos y con las armas preparadas. Nos moveremos por estos bosques como un solo hombre. Quedan muchos kilómetros para llegar al océano, donde los barcos nos esperan dispuestos para zarpar, vigilados por nuestros hombres. El ejército del Imperio se encuentra demasiado lejos para causar problemas, pero podemos encontrarnos con asaltantes solitarios. Permaneced alerta.

Caminaron durante horas. El camino se hizo más estrecho y sinuoso a medida que se internaban en el bosque, y el cielo se oscureció. Durante todo el camino siguieron oyendo sonidos de extraños animales, y de vez en cuando el crujir de unas ramas les producía un sobresalto, pero no sufrieron ningún ataque. Thor estaba todo el rato en guardia, y suspiró aliviado cuando horas más tarde el bosque dio paso a un terreno más abierto y vieron a lo lejos el Mar Tartuvio. A sus oídos llegó el batir de las olas, y el aire les trajo un olor a

mar. El terreno se veía despejado, sin un enemigo a la vista. Los barcos de madera les aguardaban con las velas ondeando al viento. Los hombres del rey montaban guardia.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó O'Connor.

—Todavía no —dijo Elden—. Solo hemos llegado hasta los barcos, pero tenemos que cruzar el océano, que es mucho peor.

—Tengo entendido que la isla se encuentra a varios días de distancia —dijo Conval—. Se dice que en el Mar Tartuvio suele haber intenso oleaje y grandes tormentas. Sus aguas están repletas de monstruos y de naves enemigas. Nuestra aventura no ha hecho más que empezar.

Thor contempló la orgullosa silueta de los barcos fondeados, con las blancas velas reluciendo al sol. Estaba emocionado. Habían abandonado el Anillo.

Capítulo diecisiete

EREC estaba en la amplia sala, sentado a la mesa de honor y un poco abrumado por las atenciones del duque, que le había organizado un banquete de bienvenida con cientos de invitados. Desde luego, sabía que era importante en el reino, sobre todo debido a su relación con el rey, pero no esperaba que el duque sacara la alfombra roja. Era el segundo día de celebraciones antes del torneo; si no empezaba pronto a competir, con tanta bebida y tanta comida perdería facultades.

Recostado en los mullidos cojines, echó un vistazo en derredor y observó la amplia gama de atavíos, maneras y acentos de los asistentes, caballeros llegados de los puntos más remotos del Anillo. Le parecieron todos excelentes guerreros. Y aunque el duque estaba seguro de que Erec los vencería, él no daba nada por supuesto. Así se lo habían enseñado. Al día siguiente se celebraría el torneo, y quería hacer un buen papel. Después de todo, representaba al rey, y esto se lo tomaba muy en serio.

Otra cosa era que encontrara esposa. Sonrió para sí al pensar en el tema. En los dos últimos días le habían presentado a las mujeres más bellas del Anillo. De hecho, en la misma sala podía ver a muchas jóvenes bonitas, y la mayoría tenían sus ojos puestos en él. Observó que esto despertaba los celos de algunos hombres, aunque él no se sentía celoso ni competitivo. Todas las mujeres que le habían presentado eran guapas y elegantes, pero para elegir esposa Erec quería fiarse de su instinto, y por alguna razón ninguna de ellas le había despertado una emoción especial. Aunque estaba seguro de que serían excelentes esposas, ninguna era para él.

—Erec, de la Isla Sur del Anillo, permíteme que te presente a Dessbar, de la Segunda Provincia de las Tierras Bajas.

El duque le presentó a otra hermosa joven, en un desfile que parecía no tener fin. Era una bonita damisela vestida de seda blanca de la cabeza a los pies. Le dirigió una simpática sonrisa a Erec y le hizo una graciosa reverencia.

—Es un placer, mi señor.

—El placer es mío —dijo Erec, poniéndose en pie y rozando su mano con los labios.

—Dessbar proviene de Valle Esmeralda y de una noble familia del este. Su madre es prima lejana del rey. Es de sangre noble. Sería una excelente

esposa.

Erec asintió amablemente. No quería ofender a la joven ni al duque.

—Se adivina que es de noble linaje —dijo, con una inclinación de cabeza—. Es un privilegio conocerlos.

Cuando Erec tomó asiento, tanto la joven como el duque parecieron un poco decepcionados, pero él no quería fingimientos. Abordaría la elección de esposa con la misma disciplina con la que se enfrentaba al combate: con voluntad, determinación y concentración.

La fiesta continuó hasta altas horas de la noche. De los fuegos solo quedaban rescoldos y la gente empezaba a marcharse, pero Erec finalmente se había sentado junto a su viejo amigo Brandt e intercambiaba con él historias de batallas.

—¿Recuerdas cuando patrullábamos aquella colina, nosotros cuatro contra toda una compañía de McCloud? —preguntó Brandt.

—Ya lo creo que me acuerdo —asintió Erec.

—Te aseguro que si no llega a ser por ti, no seguiría con vida.

Erec movió la cabeza.

—Fue pura suerte.

—Nada de pura suerte; eres el mejor guerrero del reino.

—Es cierto —corroboró el duque, al otro lado de Erec—. Pobres de los caballeros que se enfrenten mañana contigo.

—No estoy tan seguro —dijo Erec humildemente—. Creo que tienes muy buenos guerreros aquí.

—Cierto, cierto —admitió el duque—. Han llegado de todos los puntos del Anillo. Parece que todos los hombres desean lo mismo: una bella esposa. Dios sabe por qué. ¡En cuanto la conseguimos no pensamos más que en deshacernos de ella!

Los hombres rieron.

—No cabe duda de que la competición será muy reñida —dijo el duque—. Pero tengo plena confianza en ti.

—El único problema —intervino Brandt— es que el ganador debe elegir esposa. Y conociéndote, puede que no elijas a ninguna... ¡y las ofendas a todas!

—No pretendo ofender a nadie —dijo Erec—. Solo que... ¿y si no la he encontrado todavía?

—No me digas que ninguna de estas mujeres te place lo suficiente —dijo con sorpresa el duque—. Has conocido a algunas de las mujeres más bellas de

la corte. Muchos de los hombres aquí reunidos morirían por alguna de ellas... y ciertamente algunos pueden morir mañana.

—No pretendo ofender a nadie —dijo Erec—. No me considero mejor que ninguno de ellos. Al contrario, seguramente muchos de esos caballeros son mejores que yo. Pero... no quiero precipitarme. Creo que cuando encuentre a la mujer adecuada me lo dirá el corazón.

—¡Precipitarte! —exclamó Brandt—. ¡Has tenido veinticinco años para pensarlo! ¿Cuántos más necesitas?

El comentario fue recibido con risas.

—Decídate de una vez, sienta la cabeza con una esposa y únete a nosotros en la desgracia. Después de todo, la desgracia siempre busca compañía. ¡Y tenemos el deber de poblar nuestro reino!

Todos estallaron en risotadas. Erec apartó la mirada, un poco incómodo por el giro que tomaba la conversación. De repente se quedó electrificado al divisar al otro lado de la sala a una joven de unos dieciocho años, con una larga melena rubia y ojos verdes y almendrados. Iba vestida como una criada, con ropas casi harapientas, y pasaba de mesa en mesa sirviendo el vino a los comensales. Mantenía la cabeza gacha, sin mirar a los clientes, en la actitud más humilde que Erec había visto jamás. Parecía desalentada, con la ropa sucia y el pelo descuidado, como si llevara días sin lavárselo. Había otras muchas sirvientas trabajando duramente, y nadie les hacía el menor caso. En la corte, las clases sociales se tomaban en serio, y los sirvientes eran la clase inferior.

Sin embargo, en cuanto Erec le puso la mirada encima, fue como si le hubiera alcanzado un rayo. La chica tenía algo especial, destilaba una dignidad casi aristocrática que la distinguía de las demás.

Cuando la joven se acercó a su mesa para llenar las copas de los invitados, Erec pudo verla de cerca y se quedó sin respiración. Nunca se había sentido así al conocer a alguien, ni siquiera ante miembros de la realeza. Era lo que llevaba toda la vida buscando, el sentimiento que había intuido sin saber si lo experimentaría algún día.

La belleza de la muchacha le había dejado sin habla. Tenía que averiguar quién era.

—¿Quién es esa mujer? —le preguntó al duque.

El duque y otros comensales volvieron la cabeza, esperando ver a una vistosa dama.

—¿Te refieres a Esmeralda, la del vestido azul?

—No. —Erec señaló a la joven con un gesto—. A ella.

El duque y sus amigos se quedaron confusos.

—¿Te refieres a la criada...?

Erec asintió.

El duque se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? Una criada —dijo en tono desdenoso—. ¿Por qué lo preguntas? ¿La conoces?

—No. —Las palabras se le atascaban en la garganta—. Pero me gustaría conocerla.

La joven se acercó para llenar la copa de Erec, pero él estaba tan hipnotizado que se olvidó de alzarla. Finalmente, sus miradas se encontraron. Erec sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor. La joven lo miró.

—Mi señor —dijo. Abrió los ojos de par en par y durante unos segundos lo miró fijamente, como si se conocieran—. Mi señor, ¿queréis que os sirva más vino?

Erec la contemplaba embobado, incapaz de decir nada. Al final, fue ella quien reaccionó y se marchó, aunque en un par de ocasiones volvió la cabeza hacia Erec. En cuanto pudo dejar la jarra de vino, salió corriendo de la sala.

Erec seguía embobado.

—Quiero conocerla —le dijo al duque.

—¿A esa joven? —le preguntó el duque con incredulidad.

—Pero si es una criada —dijo Brandt—. ¿Para qué quieres conocerla?

Erec sabía que aquella era la joven que buscaba.

—Esa es la mujer que quiero. Es mi elegida si gano los torneos.

—¿Tu elegida? —Brandt estaba perplejo.

Tampoco el duque salía de su asombro.

—Podrías elegir a cualquier mujer del reino, a ambos lados del Anillo; a la hija de un aristócrata, a una mujer con una dote tan grande como amplio es el reino. ¿Y eliges a una sirvienta?

Pero las objeciones de sus amigos no hicieron mella en Erec, que seguía con la mirada clavada en el punto por donde la joven había salido corriendo.

—¿A dónde ha ido? Tengo que averiguarlo.

—¿Estás seguro? —preguntó Brandt.

—Cometes un grave error —añadió el duque—. Estás haciendo un desprecio a las mujeres de esta sala, todas de alta alcurnia.

Erec se volvió hacia el duque y le habló con sinceridad.

—No pretendo despreciar a nadie —dijo—. Pero es la mujer con la que

quiero casarme. ¿Me ayudarás a encontrarla?

El duque le hizo una señal a su ayudante, que partió raudo a cumplir el encargo. Luego, esbozó una amplia sonrisa y le puso a Erec la mano en el hombro.

—Es cierto lo que he oído de ti, amigo. No te importa lo que piensen los demás. Esto es lo que aprecio de tu persona. —Suspiró profundamente—. Encontraremos a esa joven sirvienta. ¡Y tendremos boda!

Los invitados que estaban alrededor estallaron en gritos de júbilo y le palmearon la espalda a Erec. Pero él no les prestaba atención; pensaba en la joven que le había robado el corazón. Estaba convencido de que había encontrado al amor de su vida.

Capítulo dieciocho

GARETH estaba de pie junto a la ventana contemplando la Corte del Rey, tal como a su padre le gustaba hacer. MacGil solía salir al exterior y asomarse a los parapetos, pero Gareth prefería quedarse junto a la ventana con las manos entrelazadas a la espalda y mirar a su pueblo sin que nadie le viera.

A *su* pueblo. Ahora eran *sus* súbditos. Le resultaba difícil de asimilar. Desde el día de su coronación, no se había quitado la corona de la cabeza. A pesar de que era verano y hacía calor, tampoco se quitaba la capa blanca y negra de su padre, y seguía aferrando el cetro de oro. Empezaba a sentirse como un rey, un auténtico rey, y lo disfrutaba.

Todo el mundo se inclinaba a su paso. Cada vez que alguien inclinaba la cabeza, él sentía una inyección de adrenalina tan poderosa como no había sentido nunca. Y siempre le estaban mirando, a todas horas.

Lo había logrado. Había matado a su padre sin que nadie se enterara y había despejado lo que obstaculizaba su camino hacia el trono. Ya estaba allí. No había vuelta atrás.

Sin embargo, no sabía qué hacer como rey. Toda su vida soñando con este momento, y ahora ignoraba qué pasos seguir. No le cabía duda de que ser el rey implicaba soledad. Llevaba horas solo en sus aposentos, contemplando la ciudad. En la planta inferior, el consejo le esperaba para una reunión. Gareth había decidido hacerles esperar; le encantaba hacerles esperar. Era el rey, y podía hacerles esperar cuanto quisiera.

Entretanto, se preguntó qué podía hacer para asegurar y aumentar su poder. Lo primero sería encarcelar a Kendrick, y luego ejecutarlo. Era arriesgado que el primogénito, el preferido de la familia, siguiera con vida. Ya había ordenado a los guardias que lo detuvieran, y no pudo evitar una sonrisa al pensar en lo mucho que se sorprendería.

Thor también representaba un peligro. Había estado demasiado cerca del rey, y ¿quién sabe lo que le había dicho el monarca en su lecho de muerte? ¿Y si había identificado a Firth? Thor sería el siguiente en la lista. Había que deshacerse de él. Gareth ya tenía un plan con el que estaba muy satisfecho. Había pagado a un miembro de la Legión para que matara a Thor; tenía que tenderle una emboscada en cuanto llegaran a la Isla de la Niebla y asegurarse de que el joven no regresara.

En cuanto hubiera resuelto el problema de Kendrick y de Thor, le llegaría el turno a Gwendolyn, que también constituía un riesgo. El rey la había designado para ocupar el trono, y el pueblo se podía poner de su parte.

Pero el tema que más le preocupaba era la Espada Dinástica. ¿Debía intentar empuñarla? Si lo lograba, triunfaría: ningún otro monarca de los MacGil había podido levantarla. El pueblo se pondría de su parte y el trono estaría asegurado, porque él se convertiría en el Elegido, el que estaba destinado a dirigir los destinos del reino. Gareth había soñado siempre con levantar esa espada, desde que era un niño. En cierto modo creía que podría.

Por otra parte... no estaba tan seguro.

La puerta de sus aposentos se abrió de golpe, y Gareth volvió la cabeza con gesto indignado. ¿Quién se atrevía a entrar así? Era Firth, que lo miraba aturdido. Últimamente se comportaba de un modo insolente, como si tuviera derecho a una parte de la corona. Tal vez había sido un error nombrarle consejero, se dijo Gareth. Por otra parte, se alegraba de verlo: estaba cansado de tanta soledad. Ya no sabía quién era amigo suyo de verdad, y vivía apartado de todos.

A una indicación de Gareth, los soldados dejaron pasar a Firth y cerraron la puerta. Firth abrazó a Gareth y trató de besarle, pero este le apartó. No estaba de humor para demostraciones; tenía muchas cosas en que pensar.

Firth pareció dolido, pero se recompuso y esbozó una sonrisa.

—Mi señor —dijo, enfatizando el tratamiento—. ¿No te gusta que te llamen así? —Batió las palmas encantado—. ¡Es increíble que seas el rey! Podemos hacer lo que se nos antoje. Todo el mundo está pendiente de nuestros deseos.

—¿Nuestros? —preguntó Gareth secamente.

Firth titubeó.

—Es decir... de tus deseos, mi señor. Puedes pedir lo que quieras, todo el mundo espera tu decisión.

—¿Qué decisión?

—Acercas de la espada —dijo Firth—. Nadie habla de otra cosa en el reino. ¿Intentarás levantarla?

Gareth se quedó mirando a su amigo. No era tan tonto como parecía. A lo mejor no era tan mala idea tenerlo de consejero.

—¿Y qué me sugieres que haga?

—¡Debes hacerlo, por supuesto! Si no lo haces, pensarán que no te atreves siquiera, y entonces deducirán que no tienes que ser el rey. A su modo

de ver, si estás convencido de que debes ocupar el trono, tienes que intentar levantar la espada.

Gareth se quedó pensativo. Tal vez su amigo tenía razón.

—Además, estás *destinado* a ser el rey. —Cogió a Gareth del brazo y lo condujo a la ventana—. Eres el Elegido.

De repente Gareth se sintió muy cansado.

—No es cierto —dijo con sinceridad—. He robado el trono. No me lo dieron.

—Esto no significa que no te esté destinado —dijo Firth—. En esta vida solo obtenemos aquello a lo que estamos destinados. A veces el destino llega a tus manos, y otras veces tienes que atraparlo al vuelo. Esto te hace más digno, mi señor. Piénsalo. Eres el único MacGil que ha tenido que ir a por el trono en lugar de sentarse a esperar que se lo den. ¿Sabes lo que significa eso? En mi opinión significa que eres el único de los MacGil que puede empuñar la espada y reinar para siempre. Y si lo consigues, imagínate: todos los pueblos del Anillo y de más allá se inclinarán ante ti. Podrás unificar el Anillo. Nadie dudará de tu legitimidad.

Firth tenía los ojos brillantes de emoción.

—¡Debes intentarlo!

Gareth se zafó de Firth y atravesó la estancia. Bien pensado, Firth tenía razón; a lo mejor estaba destinado al trono y se juzgaba con excesiva severidad. Después de todo, su padre no habría muerto de no haberlo querido el destino. Tal vez había ocurrido así para que Gareth subiera al trono... Sí, era posible que la muerte de su padre hubiera sido lo mejor para el reino.

Oyó gritos en la Corte del Rey y vio pasar el desfile que celebraba su coronación, con los estandartes y las banderas. Era un día tan bonito que parecía preparado para la ocasión. Firth tenía razón, pensó Gareth: si había llegado al trono era porque el destino lo quería. Debía tomar la decisión más importante de su reinado. Ojalá pudiera pedirle consejo a Argon, pero el druida le detestaba, de modo que no se atrevía a consultarle. Suspiró, se apartó de la ventana y se encaminó a la puerta.

—Di a los guardias que vengan —le ordenó a Firth—. Prepara la cámara dinástica.

Firth aguardaba expectante su explicación.

—Voy a levantar la espada.

Capítulo diecinueve

EL rey McCloud había subido a caballo a lo alto de la Cordillera y desde allí contemplaba con envidia las feraces tierras de los MacGil. Era un bonito día de verano y una cálida brisa agitaba los largos cabellos del monarca, que se encontraba en compañía de sus generales, su hijo y un amplio contingente de hombres. Aquellas eran las tierras que siempre había deseado, lo mismo que su padre y el padre de su padre. Era la mejor parte del Anillo, la más fértil, con los ríos más caudalosos y las aguas más puras. La parte del Anillo que correspondía a los McCloud no estaba mal, pero no era de primera categoría. Los MacGil tenían las viñas de uva más dulce y sus vacas daban mejor leche... Hasta el sol parecía más cálido allí. Pero la situación iba a cambiar: los MacGil habían disfrutado demasiado tiempo de esas ventajas, y ahora todo pasaría a los McCloud.

Por primera vez, McCloud se sintió optimista. Había logrado subir a lo alto de la Cordillera, y eso era buena señal. Los MacGil siempre se mostraban celosos de la Cordillera, siempre vigilaban que los McCloud no encontraran el paso para atravesarla; ni siquiera les permitían subir a la cumbre. Pero esta vez sus hombres se habían abierto paso sin problemas. Quizá porque los MacGil no esperaban un ataque de sus antiguos adversarios, o porque el nuevo rey MacGil era joven y no estaba preparado. McCloud conocía a Gareth. Sabía que no era ni mucho menos como su padre.

El reino no estaba en buenas manos, y él sabía aprovechar una oportunidad cuando se le presentaba. Era una ocasión única para golpear a los MacGil de tal modo que no volvieran a levantar cabeza. Los atacaría en el mismo corazón del reino, antes de que tuvieran tiempo de recuperarse de la muerte del rey. Porque MacCloud sospechaba que todavía no sabían cómo comportarse con aquel monarca novato, y no se equivocaba.

Más aún, estaba seguro de que el asesinato del rey había llevado a una división entre los MacGil. La muerte del monarca había quedado impune, y esto hacía que la unidad se quebrara y el reino se debilitara, señales óptimas para el adversario exterior. Por fin tenían la oportunidad de aplastar a sus adversarios y hacerse con el control del Anillo.

McCloud esbozó una leve sonrisa, tan leve que apenas movió la espesa barba. Sus hombres lo miraban con atención mientras él contemplaba

complacido el paisaje que se desplegaba a sus pies. Los pueblecitos desparramados sobre las colinas parecían la viva estampa de una vida bucólica y tranquila: de las chimeneas salían volutas de humo, las mujeres tendían la ropa y los niños correteaban alrededor, mientras los granjeros cosechaban y atendían el ganado que pastaba en los prados. Lo más importante era que no había patrullas de vigilancia. Los MacGil se estaban volviendo descuidados.

La sonrisa de McCloud se tornó más amplia. Las mujeres, las ovejas... Pronto todo sería suyo.

—¡AL ATAQUE! —gritó.

Sus hombres lanzaron una jubilosa exclamación de guerra y levantaron las espadas en alto antes de lanzarse al galope colina abajo. McCloud iba delante, como siempre, con el pelo largo ondeando al viento, azuzando a su caballo por la empinada pendiente. Nunca se había sentido tan vivo.

Capítulo veinte

SENTADO en la Sala de Armas, Kendrick afilaba su espada. Se había instalado en un largo banco de madera y estaba rodeado de sus compañeros de armas, los miembros de la Plata, pero se sentía decaído. La muerte de su padre le había afectado mucho. La gente nunca entendió que MacGil fuera un verdadero padre para él. A pesar de que MacGil lo quería como a un hijo, su primogénito, todo el mundo lo consideraba un hijo ilegítimo. ¿Por qué? Solo porque su padre había elegido a otra mujer como reina.

Era injusto. Kendrick había asumido su papel de ilegítimo y se había comportado como un buen hijo, reprimiendo sus sentimientos en caso necesario. Pero ahora que su padre ya no estaba y Gareth ocupaba el trono, Kendrick se rebelaba contra la situación. No porque quisiera ser rey, sino porque quería que todo el mundo le reconociera como al primogénito MacGil, tan legítimo como sus medio hermanos.

La piedra de afilar dejaba escapar un agudo chirrido contra el filo de la espada. Kendrick pensó en lo que no llegó a decirle a su padre. Ojalá hubiera tenido oportunidad de darle las gracias por haberle criado como a un hijo. Le habría dicho que no le importaba lo que pensarán los demás, que lo quería como a un padre. Un padre que le había sido arrebatado demasiado pronto. Y sin previo aviso.

Frotó furiosamente la espada sobre la piedra de afilar, como si quisiera sacarle chispas. Estaba decidido a encontrar al asesino de su padre y a matarlo. Repasó mentalmente a los sospechosos una y otra vez, y le apenó pensar que el que le parecía más probable estaba muy cerca: su medio hermano Gareth.

En el fondo sabía que Gareth tenía que estar detrás del asesinato. Recordaba perfectamente lo furioso que se puso cuando el rey eligió a Gwendolyn. Kendrick conocía perfectamente a su medio hermano: era taimado y le envidiaba la primogenitura; siempre había visto a Kendrick como un obstáculo, y no se habría detenido ante nada para conseguir el trono.

Claro que había otros sospechosos: enemigos del reino, enemigos derrotados en las batallas, señores rivales. Estos enemigos eran más fáciles de aceptar porque no eran de la familia. Kendrick se propuso examinarlos uno a uno, pero inevitablemente sus pensamientos volvían a Gareth.

Abandonó un instante su tarea y miró a su alrededor: los miembros de la Plata ponían a punto sus armas. Hacía un tiempo espantoso, el sol de verano había dado paso a la niebla y los chaparrones. Era habitual que después del solsticio cambiara el tiempo, y siempre se había considerado un momento adecuado para poner las armas a punto antes de la nueva temporada.

También era el día en que la Legión partía para la Prueba de los Cien Días. Al pensar en la partida de Thor, su nuevo escudero, Kendrick no pudo evitar una sonrisa. El chico le resultaba muy simpático; esperaba grandes cosas de él.

Alrededor de la mesa estaban sentados otros miembros de la Plata, algunos de ellos mayores que Kendrick, con muchas batallas a sus espaldas. Estaban poniendo sus armas a punto y charlaban amistosamente entre ellos. Kendrick siempre se sentía agradecido de poder estar allí. Le aceptaron como a un miembro de la Plata, aunque desde luego él se lo ganó a pulso. En un primer momento lo recibieron con frialdad, porque suponían que estaba allí por ser quien era y que se mostraría altivo y desagradable. Pero poco a poco se fue ganando el respeto de todos. Kendrick luchaba tan duro como el que más en las batallas. Insistía siempre en que lo trataran como a uno de ellos, y se había ganado su cariño. Con los años se había convertido en el miembro más querido de la familia real, más incluso que el propio rey, y sus compañeros de la Plata lo trataban como a un soldado.

Y eso era precisamente lo que anhelaba Kendrick: ser un miembro respetado de la Plata. No había nada en el mundo que le importara más. Ahora tenía el respeto de todos, lo podía ver en sus caras, y los jóvenes incluso empezaban a considerarle un líder. A la muerte del rey, más de uno se le había acercado para expresarle lo mucho que sentía que no le hubieran coronado. Sus compañeros querían verle en el trono, pero Kendrick sabía que su padre había elegido a Gwen, y sobre todo quería cumplir los deseos de su padre.

Claro que no le gustó que Gareth usurpara el trono. Le preocupaba el futuro del reino. Gwen no estaba preparada para encabezar una revuelta. Por el bien del reino, Kendrick estaría dispuesto a ocupar el trono temporalmente hasta que su hermana fuera más madura y estuviera preparada. Entonces le cedería gustosamente el poder.

Atme, un orgulloso guerrero de pelo y barba de un intenso color rojo, se sentó junto a Kendrick mientras aceitaba el mango de su hacha. Atme provenía de la zona oriental del Anillo y era uno de los mejores amigos de Kendrick. Habían luchado juntos en muchas batallas.

—¿Qué piensas de la ceremonia? ¿Te parece bien que hayan coronado a un hermano más joven? —preguntó Atme con expresión seria.

La pregunta hizo que otros miembros de la Plata miraran a Kendrick expectantes. Era evidente que no confiaban en Gareth y que hubieran querido ver a Kendrick sentado en el trono.

Kendrick titubeó. No sabía cómo responder a la provocativa pregunta de su amigo. Le habría gustado decir que había sido una injusticia, que *Gareth sería un pésimo gobernante y que llevaría el reino al desastre*. Les habría dicho que *el rey debía de estar revolviéndose en su tumba y que había que hacer algo*. Pero no podía decir nada. Solo contribuiría a desmoralizar a los hombres de la Plata, y podría incluso provocar una revuelta. Tenía que pensar qué hacer a continuación, debía medir bien sus palabras.

—Todo se verá a su debido tiempo —dijo, para no mojarse.

Sus compañeros asintieron y desviaron la mirada, como si ya estuvieran satisfechos con su respuesta, pero Kendrick sabía que no era así.

Las puertas de la sala se abrieron de repente con gran estrépito, dejando paso a la Guardia del rey. Era insólito que se atrevieran a entrar de esta manera en la sala de la Plata, y además armados. Kendrick no había visto nunca una situación igual. Los miembros de la Plata, avezados guerreros, se volvieron hacia los causantes del estrépito y aguardaron una explicación. Kendrick se preguntó si había algún problema y se dijo que tal vez venían en busca de ayuda.

Los miembros de la Guardia del rey se encaminaron hacia Kendrick con expresión severa y se detuvieron ante él. Uno de ellos, que había estado muy próximo a su padre, dio un paso al frente y habló en tono formal, como si leyera un edicto.

—Kendrick del Clan MacGil del Reino Oeste del Anillo —dijo con semblante grave—. Vengo a anunciaros que estáis arrestado. Habéis sido acusado de traición y participación en el asesinato del rey MacGil.

Kendrick se quedó sin habla. Un escalofrío le recorrió la espalda. En la sala todos contuvieron el aliento y sus compañeros se pusieron lentamente de pie. El aire se tornó irrespirable y un pesado silencio descendió sobre la Sala de Armas.

Kendrick se puso de pie. No entendía nada. Rápidas escenas de su vida desfilaron ante sus ojos. Miró a Darloc con atención y comprendió que el guardia no estaba bromeando.

—Darloc —dijo, pronunciando lentamente cada palabra, intentando

mantener la calma—. Me conoces desde que era niño. Sabes que esta acusación no es cierta.

Darloc apenas parpadeó. Cuando habló, su voz tenía un deje de tristeza.

—Mi señor. Me temo que mis opiniones personales no cuentan. No soy más que un sirviente del rey y llevo a cabo lo que se me ha ordenado. Perdonadme, por favor. Tenéis razón. No puedo creer semejante tontería, pero he de servir al rey. Debo limitarme a cumplir órdenes.

Al mirarle a la cara, Kendrick comprendió que el guardia estaba muy incómodo en su posición de ejecutor de una orden injusta y se compadeció de él.

No podía creer que Gareth se atreviera a acusarle de la muerte de su padre. Quería decir que se sentía amenazado y tenía algo que ocultar; por eso necesitaba un chivo expiatorio, por improbable que fuera. La idea de que su hermano estaba relacionado con el asesinato adquiría cada vez más sentido. Ahora estaba seguro de que Gareth había matado al rey, y la ira se encendió en su pecho. Sintió un imperioso deseo de hacer justicia.

—Lo siento, Kendrick. Debo arrestaros —dijo Darloc, haciendo una señal a uno de sus hombres.

El soldado dio un paso al frente, pero Atme se levantó y, rápido como una centella, desenvainó la espada y se colocó delante de Kendrick.

—Si le tocáis a Kendrick un pelo de la cabeza tendréis que enfrentaros conmigo —dijo con voz profunda.

Un ruido metálico de espadas inundó la sala. Decenas de oficiales de la Plata se pusieron de pie para enfrentarse a la Guardia del rey.

Darloc se quedó estupefacto. Demasiado tarde, comprendió que había sido un error presentarse en los cuarteles de la Plata. El reino estaba al borde de una guerra civil.

Capítulo veintiuno

DESDE la playa, Gwen se despedía del barco de vela que zarpaba con Thor a bordo. El mar estaba agitado, y ella se había acercado demasiado al agua; las olas le golpeaban en las piernas con tanta fuerza que la hacían tambalearse. Thor estaba al timón y le decía adiós con la mano, pero *Estopheles*, posado sobre su hombro, clavaba en ella una mirada de mal agüero que la hizo estremecerse.

Thor sonreía. Pero Gwen vio que la espada que llevaba al cinto se soltaba y se hundía en el mar sin que él pareciera enterarse, porque seguía despidiéndose sonriente. Gwen sintió miedo por él.

El mar se agitó todavía más, y las aguas de azul cristalino se tornaron oscuras y espumosas. El barco se balanceaba violentamente sobre las olas. Pero Thor seguía sonriendo como si no ocurriera nada. Gwen no entendía lo que estaba pasando. Incluso el cielo se oscureció de repente y se tiñó de escarlata, como si las nubes hubieran enrojecido de rabia. Se desató una tormenta. Los relámpagos iluminaron el cielo. Un rayo desgarró las velas del barco y provocó un incendio a bordo. Pero el navío siguió alejándose, cada vez más rápido, arrastrado por las corrientes.

—¡THOR! —gritó Gwen. Siguió gritando su nombre mientras el barco en llamas desaparecía en un horizonte teñido de rojo.

Abatida, agachó la cabeza. Una ola más fuerte le dio en el pecho y le hizo perder pie. Manoteó en el aire buscando algo a que aferrarse, pero no encontró nada y se vio arrastrada por poderosas corrientes. Una ola le dio en la cara, dejándola sin respiración.

Gwen chilló.

Cuando abrió los ojos se encontró en la habitación de su padre. Era de noche y hacía mucho frío. Un sinfín de antorchas encendidas —demasiadas— iluminaban el cuarto con luz trémula. Su padre estaba de espaldas a ella, de pie junto a la ventana. Aunque no le podía ver la cara, Gwen supo de inmediato que era su padre. Llevaba la capa real de pieles y parecía más alto y fornido de lo que había sido en vida. Gwen se acercó a él.

—Padre.

Se quedó horrorizada cuando el rey volvió hacia ella un rostro descompuesto, en el que asomaba el hueso, con los ojos sobresaliendo en las

órbitas. Con expresión de tristeza, el rey le tendió la mano.

—¿Por qué no vengas mi muerte? —se lamentó.

Gwen ahogó un sollozo y corrió a abrazar a su padre, pero él retrocedió y cayó por la ventana sin que ella pudiera impedirlo. Gwen lanzó un chillido y se asomó. Su padre se precipitaba a un oscuro y profundo abismo, tan profundo que parecía llegar a las entrañas de la tierra. Ni siquiera lo oyó llegar al fondo.

Un triquitraque a sus espaldas le hizo volver la cabeza. La corona de su padre rodaba sobre el suelo de un lado a otro de la habitación, produciendo un sonido hueco que iba aumentando de volumen. Finalmente, la corona se quedó quieta en medio de la habitación vacía.

Gwen oyó de nuevo la voz de su padre.

—¿Por qué no me vengas?

Se despertó sobresaltada y se incorporó de golpe en la cama, respirando agitadamente. Se frotó los ojos y corrió a la ventana, intentando desprenderse de la horrorosa pesadilla que acababa de tener. Cogió un pequeño cuenco de agua junto a la ventana y se mojó la cara antes de asomarse al exterior.

Amanecía. Empezaba a asomar el primer sol, y la Corte del Rey estaba en calma. Al parecer, Gwen había sido la primera en levantarse. Había tenido un sueño espantoso que más parecía una visión que una pesadilla, y todavía estaba agitada. Ver a Thor a punto de morir a bordo del barco... parecía un mensaje, como si se hubiera asomado al futuro. La idea de que Thor iba a morir le rompía el corazón.

Y también estaba la espantosa visión de su padre, con el rostro medio descompuesto. Incapaz de conciliar el sueño tras una visión tan real, se puso a recorrer su cuarto de un extremo a otro.

Casi automáticamente, empezó a vestirse, aunque era más temprano de lo habitual. Tenía que hacer algo, cualquier cosa, lo que fuera con tal de encontrar al asesino de su padre.

Acababa de amanecer cuando Godfrey empezó a recorrer los pasillos del castillo, todavía solitarios. Era la primera vez que estaba solo y sobrio en muchos años, y se sentía un poco raro. No recordaba cuánto tiempo hacía desde que pasara un día entero sin beber, o a solas, sin sus amigos borrachines. Comprendió que esta sensación de soledad y de seriedad era la que la gente debía de experimentar a diario. Le pareció terrible. Menudo aburrimiento. Se moría por volver a la taberna con sus amigos y olvidarse de todo. No estaba hecho para la vida real.

Sin embargo, por primera vez en su vida resistió sus impulsos y se obligó a seguir. El hecho de ver cómo enterraban a su padre le había afectado mucho. Algo había empezado a crecer en su interior: una sensación de descontento y de incomodidad que no había experimentado nunca. Se sentía a disgusto en su propia piel. Por primera vez, se vio a sí mismo tal como era, examinó su forma de vida hasta el momento, su probable futuro, y la imagen no le resultó en absoluto agradable.

Lo mismo le ocurría con sus amigos. Los contempló con nuevos ojos y no le gustaron. Esa misma mañana, el sabor de la cerveza le disgustó. Por primera vez en mucho tiempo sentía la cabeza clara y el ánimo sereno. Necesitaba pensar con claridad, porque algo en su interior —un impulso que no acababa de entender— le impelía a ir en busca del asesino de su padre.

Tal vez fuera su propio sentimiento de culpa. Había tenido mala relación con su padre, y esta podía ser su última oportunidad para redimirse y ganarse su aprobación, la aprobación que su padre le había negado en vida. Si encontraba al asesino de su padre podría expiar su culpa.

Por otra parte, aquello le parecía injusto. Le enfurecía pensar que su hermano Gareth —un tipo manipulador y mezquino, sin corazón, que no se preocupaba más que de sí mismo— ocupaba el trono. Godfrey había conocido a muchos tipos así, podía olerlos a la legua. Veía el brillo de maldad y de ambición en los ojos de su hermano. No le cabía ninguna duda de que Gareth carecía de escrúpulos y era capaz de jugar muy sucio. Estaba seguro de que tenía algo que ver con la muerte del rey.

Subió unos escalones, dobló por un pasillo y llegó al tramo final que llevaba a la habitación de su padre. Se le encogió el corazón. El recuerdo del día en que su padre le llamó y le hizo una serie de reproches estaba demasiado fresco en su memoria. Siempre le había resultado antipático este último tramo a los aposentos del rey.

Se detuvo frente a la puerta. Era una puerta en arco, con una hoja muy gruesa. Se preguntó cuántos MacGil habían pasado bajo su dintel. Resultaba extraño verla sin los guardias que solían vigilarla. Godfrey nunca había visto la puerta sin guardias, pero ahora parecía como si nadie recordara a su padre. Empujó el picaporte de hierro y la puerta se abrió con un chirrido.

Al entrar sintió la presencia de su padre, su vitalidad. La cama estaba hecha, con la ropa dispuesta sobre el cobertor. Su capa seguía colgada en una esquina y las botas descansaban frente a la chimenea. Por la ventana abierta entró una ráfaga de aire frío. Godfrey se estremeció; era como si su padre

estuviera en ese instante frente a él. Cuando la brisa agitó las cortinas que pendían del dosel, pareció que su padre le hablaba.

Lleno de tristeza, recorrió la estancia sin saber qué buscaba. Era la habitación donde su padre había sido asesinado, pensó con un escalofrío. Tal vez encontraría una pista que había pasado desapercibida para los demás. Aunque suponía que las autoridades habían peinado la habitación, quería intentarlo. *Necesitaba* intentarlo, para su propia tranquilidad.

Estuvo buscando sin encontrar nada, hasta que una voz de mujer le sobresaltó. No esperaba a nadie.

—¡Godfrey!

Volvió la cabeza. Era su hermana pequeña, Gwendolyn.

—Me has asustado —dijo—. Pensaba que estaría solo.

—Lo siento. —Gwen entró y cerró la puerta tras ella—. Es muy temprano. He visto la puerta abierta. Yo tampoco esperaba encontrarte aquí.

Godfrey estudió a su hermana con ojos entrecerrados. Parecía alterada, perdida.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Yo podría preguntarte lo mismo —respondió Gwen—. Es muy temprano. Si estás aquí es que te has sentido impulsado a venir, lo mismo que yo.

Godfrey miró a su alrededor para comprobar que nadie podía verlos ni oírlos, y se dijo que se estaba volviendo paranoico. Asintió lentamente. Le tenía mucho cariño a Gwen, que era sensible y compasiva. Era la única de sus hermanos que nunca le juzgaba, la única capaz de confiar en él y de concederle una segunda oportunidad. A ella podía decírsele todo.

—Tienes razón —dijo—. Me he sentido impulsado a venir. De hecho, ha sido un impulso irresistible.

—A mí me ha pasado lo mismo —dijo Gwen—. La muerte de nuestro padre ha sido demasiado repentina y violenta. No podré relajarme ni disfrutar de la vida hasta que no encontremos a su asesino. He tenido una pesadilla horrible que me ha traído hasta aquí.

Godfrey asintió. Lo entendía perfectamente.

Al observar a su hermana recorriendo la habitación con expresión de angustia, comprendió lo mucho que estaba sufriendo. De todos los hermanos, Gwen era la que estaba más unida a su padre.

—Pensé que a lo mejor encontraría algo —dijo Godfrey, volviendo a mirar debajo de la cama y en todos los rincones—. Pero no he visto nada raro.

Gwen recorría lentamente la estancia, observando con atención cada detalle.

—¿De qué son estas manchas?

Godfrey se acercó a mirar. En el suelo de piedra se distinguía apenas el débil contorno de una mancha que conducía hasta la ventana. A la luz del sol pudieron verla con más claridad: era sangre. Godfrey sintió un escalofrío. Aquellas manchas que cubrían el suelo y las paredes eran de la sangre de su padre.

—Tuvo que ser una lucha violenta —dijo Gwen, siguiendo el rastro.

—Es horrible —dijo Godfrey.

—No sé lo que esperaba encontrar aquí, pero a lo mejor ha sido una pérdida de tiempo. No veo nada especial.

—Ni yo —dijo Godfrey.

—Puede que sea mejor mirar en otros sitios.

—¿Dónde?

Gwen se encogió de hombros.

—En otro sitio, pero aquí no.

Godfrey se estremeció. Quería marcharse cuanto antes de aquella horrible habitación. Y no le cabía duda de que a su hermana le pasaba lo mismo.

Los dos se encaminaron con decisión a la salida, pero entonces Godfrey vio algo que le hizo detenerse de golpe.

—Espera. Mira esto.

Se acercó a la chimenea y señaló una mancha de sangre en la pared.

—No es como las demás. Está en otra parte de la habitación y es más clara.

Los hermanos contemplaron la mancha y se miraron con aire interrogativo.

—Podría ser del arma del asesino —dijo Godfrey—. Tal vez intentaba esconderla en la pared.

Tocó la pared buscando una piedra suelta, pero no la encontró. Gwen señaló la chimenea.

—Aquí —dijo.

Godfrey no conseguía ver nada.

—Junto a la columna de humos. ¿Ves el agujero en la pared? Es un vertedero de los desechos.

—¿Y qué?

—Hay más manchas de sangre alrededor. Mira el cañón por donde sale el humo.

Se arrodillaron y metieron la cabeza en el hogar para mirar. Gwen tenía razón. El rastro de las manchas conducía al vertedero.

—El puñal cayó por aquí. El asesino lo tiró al recipiente de los desechos.

Los dos hermanos se miraron. Ya sabían lo que tenían que hacer.

—Vamos a la cámara de los desechos —dijo Godfrey.

Godfrey y Gwendolyn bajaron por la empinada escalera de caracol que conducía a las entrañas del castillo. Godfrey, que nunca había llegado tan abajo, empezó a sentirse mareado. Por fin llegaron a una enorme puerta de hierro.

—Supongo que hemos llegado a la zona de la servidumbre, y me imagino que aquí se encuentra la sala de los desechos —dijo.

—Vamos a ver —dijo Gwendolyn.

Godfrey llamó a la puerta. Al cabo de un rato, se oyeron unos pasos y apareció un rostro grave y solemne que les contemplaba impasible. Era un viejo criado que llevaba toda su vida sirviendo en el castillo.

—¿Qué deseáis?

Godfrey miró a Gwen, y esta le animó a seguir con la mirada.

—¿Está aquí la sala de los desechos? —preguntó.

—Así es —dijo el criado—. Y también la antecocina. ¿Qué habéis venido a hacer aquí?

Godfrey iba a responder cuando el hombre entrecerró los ojos, como intentando recordar.

—Un momento. ¿Sois los hijos del rey? —En su rostro se dibujó una expresión de respeto—. Lo sois. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Dio un paso atrás y abrió la puerta.

Estaban en las entrañas del castillo, que Godfrey nunca había visitado, pese a que había vivido allí toda su vida. Era una sala amplia y mal iluminada, con varios fuegos encendidos sobre los que bullían enormes calderos, y mesas de madera para preparar la comida. Allí trabajaban decenas de criados, aunque ahora solo estaba presente el que les había abierto la puerta.

—Llegáis en un momento especial —dijo—. No hemos empezado a preparar el almuerzo. Pronto llegarán los demás criados.

—No importa —dijo Godfrey—. No hemos venido por eso.

—¿Dónde está la letrina general? —preguntó Gwen.

El criado la miró atónito.

—¿La letrina del castillo? —repitió—. ¿Para qué queréis saberlo?

—Por favor, enseñádnosla —pidió Godfrey.

El hombre se quedó mirándolos con una expresión muy seria en su rostro alargado, de mejillas hundidas. Finalmente dio media vuelta y los condujo al otro lado de la sala, hasta un gran pozo de piedra que albergaba un caldero de hierro tan grande que se necesitaban por lo menos dos personas para transportarlo, y que parecía rebosar de todos los desechos de los habitantes del castillo. Los desechos caían al recipiente por un canal de desagüe que debía de llegar de hasta lo alto. El olor era tan intenso que Godfrey retrocedió.

Haciendo un esfuerzo, se acercó al recipiente con Gwen para examinar las paredes del pozo. Pero por más que se esforzaron, no vieron manchas ni nada extraño.

El caldero estaba vacío.

—No encontraréis nada —dijo el criado—. Lo vaciamos cada hora.

Godfrey suspiró. Probablemente estaban perdiendo el tiempo. Él y Gwen intercambiaron una mirada de frustración. Se hizo un largo silencio que finalmente interrumpió el criado.

—¿Se trata de mi señor? —preguntó.

—¿Tu señor? —preguntó Gwen.

—El que ha desaparecido.

—¿Quién ha desaparecido? —preguntó Godfrey.

—Desapareció una noche y no volvió nunca al trabajo. Hay rumores de que lo asesinaron.

Godfrey y Gwen se miraron.

—Cuéntanos un poco más —pidió Gwen.

Pero antes de que el criado pudiera responder se abrió una puerta al otro lado de la sala y entró un hombre de aspecto sorprendente. Era bajo y ancho, pero lo que llamaba la atención era su espalda, completamente torcida, jorobada y deforme. Además, cojeaba, y se adivinaba que le costaba un esfuerzo levantar la cabeza. El hombre se acercó a ellos lentamente y miró alternativamente a Godfrey y al criado. Luego saludó con una inclinación.

—Es un honor para nosotros recibir vuestra visita, señores —dijo.

—Seguro que Steffen sabe más de este asunto que yo —dijo el otro criado en tono acusador. Estaba claro que no le tenía simpatía al jorobado.

Dicho esto, el criado se retiró y dejó a los dos hermanos a solas con el jorobado.

—Steffen, ¿podemos hablar un momento contigo? —preguntó Gwen en tono tranquilizador.

Steffen se retorció las manos con inquietud.

—No sé lo que os habrá dicho, pero no dice más que mentiras y habladurías —dijo, poniéndose a la defensiva—. Yo no he hecho nada malo.

—Claro que no —se apresuró a decir Godfrey.

No le cabía duda de que Steffen tenía algo que ocultar, y quería saber de qué se trataba. Estaba convencido de que tenía relación con la muerte de su padre.

—Queremos hacerte unas preguntas acerca de nuestro padre, el rey —añadió Gwen—. ¿Recuerdas si ocurrió algo fuera de lo corriente la noche en que murió? ¿Sabes si cayó un arma por el vertedero?

Steffen mantenía la cabeza baja y se movía intranquilo.

—No he visto ningún puñal —dijo.

—¿Y cómo sabes que era un puñal? —le preguntó Godfrey.

Por la mirada culpable de Steffen, Godfrey comprendió que lo había pillado en una mentira. No cabía duda de que el jorobado ocultaba algo. Steffen no respondió y continuó retorciéndose las manos con la cabeza gacha.

—No sé nada —repetía—. No he hecho nada malo.

Godfrey y Gwen intercambiaron una mirada. Ahora estaban seguros de que habían descubierto algo importante, pero el jorobado no quería decirles nada más.

Godfrey decidió cambiar de táctica. Se acercó a Steffen y le puso una mano sobre la joroba. El criado le miró con expresión de culpabilidad, como un chiquillo cogido en falta. Godfrey le dirigió una mirada severa.

—Sabemos lo que le ha pasado a tu señor —se inventó—. O nos dices lo que queremos saber sobre el asesinato de nuestro padre o te encerramos en el calabozo y no vuelves a ver la luz del sol. Tú eliges.

Godfrey se sintió imbuido de la fuerza de su padre; la sangre de una larga estirpe de reyes corría por sus venas. Nunca había tenido tal seguridad en sí mismo, nunca se había sentido tan orgulloso de ser un MacGil. Y esta vez estaba seguro de contar con la aprobación de su padre.

Steffen debió de notarlo, porque al cabo de un rato dejó de retorcerse, levantó la cabeza y asintió.

—Si os lo cuento, ¿no iré al calabozo?

—Te lo prometo —respondió Godfrey—. Si no has tenido nada que ver con la muerte de mi padre, no te encerraremos.

Steffen se humedeció los labios y, tras meditarlo un rato, respondió:
—De acuerdo. Os lo contaré todo.

Capítulo veintidós

SENTADO con sus compañeros en un largo banco de madera en la cámara de boga, con *Krohn* instalado a sus pies, Thor manejaba un pesado remo. Llevaban días remando al sol y estaban empapados en sudor, preguntándose cuándo acabaría ese suplicio. La travesía no tenía fin. Al principio las velas los transportaron rápidamente, pero cuando se calmó el viento, los jóvenes tuvieron que ponerse a remar.

Thor, sentado más o menos en mitad del largo y estrecho navío, entre Reese y O'Connor, se preguntó cuánto tiempo podrían aguantar remando. Nunca había hecho un esfuerzo tan prolongado; estaba agotado y le dolía todo el cuerpo: los hombros, las muñecas, los antebrazos, los bíceps, la espalda, el cuello..., hasta las nalgas. Las manos le temblaban y tenía las palmas desolladas. Algunos chicos se habían desmayado de agotamiento. La isla parecía estar en el fin del mundo. Thor rezaba para que volviera a soplar el viento.

Al llegar la noche no les permitieron más que un breve descanso. Podían dormir en turnos de quince minutos, mientras otros los relevaban. Thor se tumbó en el banco con *Krohn* acurrucado a su lado. Era la noche más oscura que había visto jamás, pero el firmamento estaba repleto de titilantes estrellas rojas y amarillas. Afortunadamente, seguía haciendo buen tiempo y la noche no era demasiado fría. Acariciado por la húmeda brisa marina, Thor se quedó dormido, pero lo despertaron minutos más tarde. Se preguntó si esto formaba parte de la Prueba de los Cien Días, si era una forma de endurecerlos.

El hambre le hacía rugir el estómago y se preguntó qué otras penalidades tendrían que afrontar y si podría soportarlas. Apenas les habían dado comida la noche anterior: un pedacito de carne salada y una botellita de ron. Thor le dio la mitad de la carne a *Krohn*, que inmediatamente pidió más. Se sentía fatal por no tener nada más que darle al leopardo, pero él mismo también llevaba varios días alimentándose muy mal. Empezaba a echar de menos las comodidades del hogar.

—¿Cuánto durará esto? —oyó que un chico le preguntaba a otro.

—Lo suficiente para matarnos —dijo otro entre jadeos.

—Tú ya has estado en la isla —le dijo uno a un chico de más edad que remaba con rostro grave—. ¿Cuánto falta para que lleguemos?

El chico mayor, que era alto y musculoso, se encogió de hombros.

—No sabría decirte. Todavía no hemos llegado a la pared de lluvia.

—¿Pared de lluvia?

En lugar de responder, el chico siguió remando trabajosamente. El barco volvió a quedar en silencio y solo se oían los golpes de los remos contra el agua.

Por enésima vez, Thor contempló el agua con los ojos entrecerrados para protegerse del resplandor. Le encantaba el color amarillo del agua, más clara en algunos puntos, sobre todo en la superficie, donde se distinguían algunas criaturas extrañas que nadaban en la estela del barco, como si no quisieran perderlo de vista. Vio una serpiente de color púrpura, casi tan larga como la eslora del barco, con multitud de cabezas distribuidas por todo el cuerpo. Las cabezas sobresalían de vez en cuando del agua y abrían y cerraban la boca, mostrando unos dientes afilados como cuchillos. Thor se preguntó si era su forma de respirar o si intentaba cazar algunos insectos al vuelo. O tal vez les estaba amenazando.

No podía imaginarse qué extraños seres vivían allá donde iban. Intentó no pensar en ello. Era un lugar tan remoto que podían encontrar cualquier cosa. ¿Formaría esto parte del entrenamiento? Tenía la espantosa sensación de que así era.

A pocos metros de Thor, un chico alto y delgado que había visto antes en los campos de juego cayó desvanecido sobre el remo. Luego se inclinó hacia un lado y se derrumbó sobre el suelo de madera. Thor lo recordaba de los ejercicios con los escudos. Era el chico al que hicieron correr alrededor del campo porque se negó a hacer el ejercicio con los escudos. Thor sintió lástima entonces, y volvió a sentirla. Sin pensarlo un momento, se levantó del asiento y se acercó al chico. Sabía que estaba prohibido moverse del sitio, pero no pudo evitar acudir en ayuda de un compañero. Le dio la vuelta y vio que estaba congestionado por el sol, con la piel quemada y los labios secos y agrietados. Respiraba débilmente.

—¡Levántate! —le dijo, agitándole un poco.

El chico parpadeó.

—No puedo más —dijo el chico con voz débil.

—¡Levántate! —insistió Thor en un susurro—. Tienes que ponerte de pie antes de que te descubran tumbado en el suelo.

—¡THORGRIN! —gritó Kolk. De una patada en los riñones lo envió unos metros más allá. Thor cayó de bruces sobre el suelo de madera—. ¿QUÉ

DEMONIOS ESTÁS HACIENDO?

Thor estaba furioso, pero logró contenerse y se limitó a mirar a su superior.

—¡Se ha desmayado y quería ayudarlo! —protestó.

—No abandones NUNCA tu asiento. Bajo NINGÚN concepto. Aquí no hay niños de pecho. Si se cae, que se caiga.

Al ver a Kolk de pie, con los brazos en jarras, Thor sintió una oleada de rabia. Más que la patada, le indignaba que le gritaran delante de todos. Kolk se mostraba a veces demasiado duro e hiriente. Algún día se vengaría de él.

El leopardo corrió junto a Thor y le enseñó los dientes a Kolk, que prefirió no acercarse y se limitó a señalar el asiento.

—¡Vuelve a tu sitio! ¡O yo mismo te echaré de este barco! —gritó.

Thor había empezado a ponerse de pie cuando vio algo detrás de su jefe que le puso los pelos de punta.

—¡CUIDADO! —gritó, señalando detrás de Kolk.

El oficial volvió la cara, pero ya era demasiado tarde. De no ser porque Thor se lanzó sobre él y lo tiró al suelo, no lo habría contado. Una fracción de segundo más tarde, una bala de cañón pasó volando justo por donde acababa de estar Kolk, casi le rozó la cabeza, chamuscó la barandilla y cayó con un gran chapoteo en el agua. Afortunadamente, aparte de astillar un poco la barandilla no causó más daños.

Gracias a que Thor había dado el aviso, los chicos de la Legión agacharon la cabeza a tiempo. Al oír que la bala de cañón caía al mar, levantaron la cabeza como un solo hombre. En el horizonte, un enorme navío negro se acercaba a gran velocidad. Llevaba una bandera amarilla con un escudo negro en el centro del que sobresalían unos cuernos.

—¡Navío del Imperio! —gritó Kolk.

Navegaba directo hacia ellos, con un centenar de soldados a bordo, y les apuntaba con un gran cañón. Las fuerzas estaban desequilibradas: ellos tenían un barco más grande, equipado con un cañón y con más soldados. Peor aun, se trataba de los salvajes del Imperio, seres altos y musculosos, de piel rojiza, ojos amarillos y un par de cuernos en sus calvas cabezas; bajo el pequeño triángulo que ostentaban a modo de nariz tenían mandíbulas anchas, dientes afilados como navajas y dos largos colmillos que sobresalían. Su aspecto era amedrentador: de pie sobre la cubierta, blandían sus espadas y parecían regocijarse ante la posibilidad de abordarles.

—¡TRIPULACIÓN! —gritó Kolk, poniéndose de pie.

Los chicos se pusieron en marcha. Thor no entendía lo que ocurría ni lo que tenían que hacer, pero los de más edad llevaron la iniciativa.

—¡ARQUEROS AL FRENTE! —gritó Kolk—. ¡Tensad las cuerdas! Los demás, prended fuego a las puntas de las flechas.

Los mayores, más disciplinados, cogieron arcos y flechas y corrieron hacia popa. Mientras tanto, los más jóvenes mojaban trapos en aceite y envolvían con ellos las saetas antes de prenderles fuego.

Thor también buscó una oportunidad para ayudar. En cuanto vio a un arquero que no tenía ayudante, corrió a prepararle la flecha encendida. Decenas de arqueros dispararon a un tiempo sus saetas de fuego. Muchas cayeron al agua con un silbido, pero otras alcanzaron la cubierta del navío enemigo. Sin embargo, ninguna llegó al velamen, su verdadero objetivo. Los salvajes sabían perfectamente qué hacer: saltaron sobre las flechas encendidas para apagarlas. La primera andanada no había tenido ningún efecto. El barco del Imperio, en cambio, pudo volver a disparar el cañón.

—¡AL SUELO! —rugió Kolk.

Thor fue uno de los primeros en tirarse al suelo, y obligó a *Krohn* a echarse también. Se oyó un cañonazo y la bala pasó silbando sobre sus cabezas. Esta vez se llevó un buen trozo de la barandilla. Las astillas de madera volaron por todas partes.

—¡DISPARAD DE NUEVO! —gritó Kolk.

Los arqueros volvieron a sus puestos. Thor preparó rápidamente otra flecha encendida para el arquero. Esta vez el barco estaba más cerca y tuvieron más suerte. El navío del Imperio seguía acercándose a toda velocidad. Probablemente imaginaban que estaban tan cerca —apenas veinte metros de distancia— que las flechas no podrían afectarles.

Este fue su gran error, porque decenas de flechas encendidas alcanzaron el velamen, que pronto empezó a arder.

—¡AL SUELO! —gritó Kolk.

Los salvajes les lanzaban enormes lanzas. Thor oía los silbidos de las lanzas a su alrededor y el impacto de las que se clavaban en la cubierta. Volvió la cabeza al oír un grito y vio que uno de sus compañeros, un chico al que no conocía, se agarraba el brazo alcanzado por una lanza. Afortunadamente, los demás no parecían seriamente heridos, y ninguno había fallecido. Casi todos se habían puesto a cubierto.

El barco del Imperio estaba ya tan cerca que Thor podía distinguir los ojos amarillos de los salvajes. Su navío estaba ardiendo, pero ellos no

parecían preocuparse y seguían remando con ímpetu para abordarles. *Krohn* gruñía y les enseñaba los dientes.

—¡RECUPERAD LAS LANZAS Y DISPARADLAS CONTRA ELLOS!
—gritó Kolk.

Los chicos se pusieron inmediatamente en marcha y corrieron a arrancar las lanzas clavadas en la madera. Thor tuvo que emplear todas sus fuerzas para arrancar una que se había clavado muy profundamente. Vio que las lanzas de Reese y Elden caían al agua. Muchas se quedaban cortas, de modo que fueron pocas las lanzas que alcanzaban el barco enemigo.

Thor apuntó contra un cabo que sostenía el mástil principal del navío enemigo. Cerró los ojos y se concentró. Le inundó una oleada de energía y de calor y se dejó arrastrar por esa fuerza. Avanzó unos pasos, echó el tronco hacia atrás y arrojó la lanza con todas sus fuerzas.

En cuanto la lanza salió disparada, Thor supo que daría en el blanco. Era un tiro perfecto.

La lanza partió limpiamente en dos el grueso cabo, y la vela principal, que estaba en llamas, se vino abajo. En un momento, el barco estaba ardiendo, y se oyeron los gritos de los salvajes. El navío empezó a bambolearse y finalmente se escoró, haciendo caer a muchos salvajes al mar.

La tripulación de la Legión acogió el hundimiento con vítores de victoria. Thor se preguntó si se habrían dado cuenta de que todo había sido a causa de su lanza. Un chico desconocido le dio una palmada en la espalda.

—Buen tiro —dijo.

Otros chicos lo miraban con expresión de admiración. Thor se sintió orgulloso. Al ver el barco del Imperio y comprender que estaban en territorio hostil, había tenido miedo, pero ahora le parecía que no había nada imposible. De hecho, si podían hacer frente a esto, podrían con todo lo demás.

Un grito resonó en cubierta.

—¡LA FLOTA DEL IMPERIO!

El vigía del barco, instalado en la cofa, señalaba el horizonte.

Todos corrieron a babor para mirar. Thor se quedó horrorizado cuando vio en el horizonte lo que parecía la flota naval del Imperio. Era imposible enfrentarse a tantos navíos. No lograrían llegar al Anillo antes de que les alcanzaran. Entonces se oyó un grito:

—¡LA PARED DE LLUVIA!

Thor miró hacia estribor. El horizonte estaba ocupado por lo que parecía una pared de agua. Resultaba extraño, porque el día seguía despejado y el

cielo estaba azul, pero por estribor se veía una pared de lluvia inmóvil, como una cascada en mitad del mar.

—¿Qué es eso? —le preguntó a Reese.

—Es la frontera con el Mar de los Dragones.

—¡A LOS REMOS! ¡TENEMOS QUE LLEGAR A LA PARED DE LLUVIA! —gritó Kolk.

Y por primera vez Thor notó el miedo en su voz.

Los chicos ocuparon su lugar en los bancos y empezaron a remar con todas sus fuerzas. El barco se movió con rapidez hacia la pared de lluvia, y de repente se vio atrapado por una poderosa corriente que lo arrastraba. Los barcos del Imperio se hicieron más pequeños en el horizonte.

—¿No nos seguirán? —le preguntó Thor a Reese.

—No querrán atravesar la pared de lluvia.

—¿Por qué? —preguntó Thor.

—Es demasiado peligroso. No se arriesgarán. Tras esa pared hay un mar repleto de monstruos.

Thor miró pensativo las aguas.

—Pero si es demasiado peligroso para ellos, ¿cómo podremos sobrevivir nosotros?

Reese movió la cabeza con aire pensativo.

—No tenemos otro remedio.

Thor ya oía el rugido del agua cayendo sobre el mar, y millones de gotitas le humedecieron el rostro. Era un alivio que los barcos del Imperio hubieran dejado de perseguirles, pero ahora el peligro estaba delante.

Pronto quedaron empapados en agua helada. La cortina de lluvia no les dejaba ver nada. Caía sobre ellos con tanta fuerza que tuvieron que agarrarse al mástil. Thor se soltó sin querer y se deslizó sobre la cubierta mojada hasta el otro costado del barco. El agua se le metía en las orejas, en los ojos, en la boca..., apenas le dejaba ver ni respirar. No dejaba de preguntarse: pero si estas aguas son demasiado peligrosas para el Imperio, ¿qué clase de criaturas y de peligros nos esperan al otro lado?

PRÓXIMAMENTE...

El tercer libro de El Anillo del Hechicero.